BOC BRUGUERA-BOLSILIBRO CLUB

ASIMOV

Lucky Starr-2

LOS PIRATAS DE LOS ASTEROIDES

SHOUT
SHARE
IT

Annotation

El sistema solar ha sido colonizado por la Tierra, unificada bajo el gobierno del Consejo de Ciencias.

En el ejambre de asteroides que orbitan entre Marte y Júpiter, como antaño en los archipiélagos del Caribe, se ocultan los feroces corsarios del espacio, que han sustituido el velero por la astronave y el trabuco por el rayo desintegrador. Pero tras sus correrías y pillajes se esconde una amenaza mucho mayor, un terrible misterio que Lucky Starr, joven agente especial del Consejo de Ciencias, deberá desentrañar.

- Isaac Asimov
  -
  - 1. LA NAVE CONDENADA
  - 2. SABANDIJAS DEL ESPACIO
  - 3. DUELO DE PALABRAS
  - 4. DUELO DE VERDAD
  - 5. EL ERMITAÑO EN LA ROCA
  - 6. ¿QUE SABRÁ EL ERMITAÑO?
  - 7. HACIA CERES
  - 8. BIGMAN SE HACE CARGO
  - 9. EL ASTEROIDE INEXISTENTE
  - 10. EL ASTEROIDE EXISTENTE
  - 11. FRENTE A FRENTE
  - 12. NAVE CONTRA NAVE
  - 13. ¡INVASIÓN!
  - 14. HACIA GANÍMEDES VÍA EL SOL
  - 15. PARTE DE LA RESPUESTA
  - 16. TODA LA RESPUESTA

Isaac Asimov
Lucky Starr — Los piratas de los asteroides

A Frederick Pohl, ese amable y contradictorio individuo…»

1. LA NAVE CONDENADA

¡Quince minutos para la hora cero!

El Atlas aguardaba el instante de la partida. Las limpias y bruñidas líneas de la nave espacial relucían en la poderosa luz artificial que llenaba el cielo nocturno de la Luna. Su proa apuntaba hacia arriba, hacia el firmamento. La rodeaba el vacío; la superficie rocosa y muerta del suelo lunar se extendía por debajo. El número de su tripulación era cero: no había ningún ser viviente a bordo.

El doctor Héctor Conway, Consejero Jefe de Ciencias, preguntó:

—¿Qué hora es, Gus?

Las oficinas del Consejo en la Luna no le resultaban cómodas. De hallarse en la Tierra, desde su despacho, en el piso más alto de esa masa de piedra y acero llamada Torre de la Ciencia, le sería posible contemplar, a través de la ventana, las luces de Ciudad Internacional.

Aquí, en la Luna, los decoradores se habían esmerado. Las oficinas tenían ventanas tapiadas con brillantes dibujos que representaban escenas terrestres. Estaban pintadas con colores naturales y juegos de luces internas las iluminaban con mayor o menor intensidad a lo largo del día para simular la mañana, el mediodía o la noche. Aun durante las horas de descanso, una pálida luminosidad, un brillo azul oscuro las cubría.

Con todo, para un hombre de la Tierra, como Conway, no bastaba. Sabía muy bien que tras los cristales de las ventanas sólo hallaría miniaturas pintadas y que, por detrás de ellas, se hallaría con otra habitación o bien con la sólida roca lunar.

El doctor Augustus Henree, el interlocutor de Conway, miró su reloj. Mientras chupaba su pipa, le respondió:

—Quince minutos aún. No tiene sentido que te preocupes. El Atlas está en perfectas condiciones. Yo mismo lo he inspeccionado ayer.

—Lo sé —El cabello de Conway era blanco puro y junto al doctor Henree, delgado y de cara afilada, parecía mayor, aunque ambos tenían la misma edad—. Es Lucky el que me preocupa.

—¿Lucky?

—Sí. He cogido el hábito, creo. —Conway sonrió con timidez—. Hablo de David Starr. En estos días he oído que todos le llaman Lucky. ¿No te has enterado?

—Lucky Starr, ¿eh? El nombre le sienta. ¿Pero qué ocurre con él? Esta idea es suya, después de todo.

—Exacto. Es el tipo de idea que él suele tener. Creo que la próxima será atacar el consulado de Sirio en la Luna.

—Ojalá lo haga.

—No bromees. A veces pienso que tú lo apoyas en su idea de que todo debe hacerlo como tarea de un solo individuo. Por esto he venido a la Luna; quiero vigilarlo de cerca a él y no a la nave espacial.

—Si a eso has venido, Héctor, no estás atendiendo la tarea.

—Oh, vaya, no puedo estar tras él todo él tiempo, como una gallina clueca. Pero Bigman está con él; le he dicho al hombrecito que lo despellejaría vivo si Lucky se decide a invadir el Consulado de Sirio solo.

Henree se echó a reír.

—Te digo que lo hará —gruñó Conway—. Y lo que es peor es que logrará lo que se proponga, por supuesto.

—Excelente, entonces.

—¡Sólo falta que tú lo alientes y alguna vez se arriesgará demasiado, y ya sabes lo valioso que es para perderlo!

John *Bigman* Jones se contoneaba sobre el piso formado por grandes placas cuadradas, llevando con mucho cuidado su vaso de cerveza. No había campos de seudo-gravedad fuera de la misma ciudad, de modo que allí, en el espaciopuerto, cada uno debía hacer como mejor pudiese para marchar por una zona de gravedad lunar. Por fortuna, John Bigman Jones había nacido y se había criado en Marte, donde la gravedad era sólo dos quintos de la normal, de modo que su situación actual no era tan mala. En este momento pesaba unos ocho kilogramos, en Marte pesaría veinte y en la Tierra cuarenta y ocho.

Se encaminó hacia el centinela, que lo había observado con mirada divertida. El centinela llevaba el uniforme de la Guardia Nacional Lunar y estaba acostumbrado a la baja gravedad.

John *Bigman* Jones dijo:

—Eh, tú, no te estés allí tan triste; te he traído una cerveza, tómatela a mi salud.

El centinela le echó una mirada sorprendida y luego, con pesar, repuso;

—No puedo; estoy de servicio, ya lo ves.

—Oh, vaya. En fin, me haré cargo yo. Soy John Bigman Jones; llámame Bigman.

Bigman le llegaba al centinela hasta el hombro, y éste no era un individuo muy alto, pero tendió la mano como si la otra que tenía que estrechar llegara desde abajo.

—Soy Bert Wilson. ¿Eres de Marte? —el guardia miró las botas altas de Bigman, de intenso bermellón; nadie, excepto un horticultor marciano, se dejaría coger desprevenido en el espacio con semejante calzado.

Bigman les echó una mirada orgullosa.

—Has adivinado. Hace una semana que estoy atascado aquí.

¡Gran espacio! ¡Qué rocosa es la Luna! ¿Ninguno de vosotros va a la superficie?

—Algunas veces, cuando es necesario. No hay mucho que ver allá afuera.

—Estoy seguro de que a mí me sentaría bien. Detesto estar sitiado aquí.

—Allí hay una salida a la superficie.

Bigman siguió la dirección que señalaba el pulgar del sargento, hacia sus espaldas. Muy poco iluminado, dada la distancia que los separaba de Ciudad Lunar, el corredor se estrechaba hacia una abertura en la pared. Bigman dijo:

—No tengo traje.

—Aunque lo tuvieras no podrías ir. Durante un tiempo no se permite pasar a nadie sin permiso especial.

—¿Qué ocurre?

—Hay una nave espacial allí —bostezó Wilson— que va a partir —miró su reloj— dentro de unos quince minutos. Tal vez las cosas se calmen después de la partida. No sé bien qué ocurre.

El centinela se balanceó sobre la superficie convexa de sus suelas de contrapeso, mientras observaba cómo el último trago de cerveza se escurría por la garganta de Bigman y preguntó:

—Dime, ¿has comprado la cerveza en el bar de Patsy? ¿Había mucha gente?

—Está vacío. Oye, en quince segundos puedes ir allá y beberte una. Como no tengo nada que hacer, me quedaré aquí para cuidar de que no ocurra nada mientras tanto.

Wilson miró con añoranza hacia la puerta del bar de Patsy:

—Será mejor que no.

—Es cosa tuya.

En apariencia, ni uno ni otro se percató de la figura que se deslizaba por el corredor, detrás de ellos, y se filtraba por la salida que daba al espacio exterior.

Los pies de Wilson, casi independientes, lo llevaron en dirección al bar, pero sólo unos centímetros. Luego, el centinela dijo:

—¡No! Será mejor que no.

Diez minutos para la hora cero.

Había sido idea de Lucky Starr. Él se hallaba en la oficina terrestre de Conway el día en que llegaron noticias de que el transporte espacial Waltham Zachary había sido saqueado por los piratas, su cargamento desaparecido, sus oficiales convertidos en cuerpos congelados en el espacio y la mayoría de los hombres cautivos. La nave misma había pretendido entablar una débil resistencia y los daños que recibiera fueron excesivos para que los piratas se dignaran llevarla consigo. No obstante habían cogido todos

los elementos desmontables: por supuesto el instrumental e incluso los motores.

Lucky dijo:

—El cinturón de asteroides es nuestro enemigo. Más de mil rocas en el espacio.

—Más que eso —Conway apagó la colilla de su cigarrillo—. ¿Pero qué podemos hacer?

Aunque el Imperio Terrestre se dispusiera a preocuparse de la situación, los asteroides representan un problema demasiado amplio. Una docena de veces hemos barrido los nidos de piratas en ellos, y cada vez hemos permitido que los problemas se reprodujesen. Veinticinco años atrás, cuando… El científico de los cabellos canos se interrumpió en mitad de la frase. Veinticinco años atrás los padres de Lucky habían sido asesinados en el espacio y él mismo, un niño, había sido abandonado casi a la deriva. Los ojos calmos y oscuros de Lucky no denotaron ninguna emoción. El joven prosiguió:

—Es que ni siquiera sabemos dónde están los asteroides.

—Por supuesto que no. Cien naves espaciales tendrían que trabajar durante cien años para transmitir la información correspondiente a los asteroides mensurables. Y aun así, la influencia de Júpiter modificará las órbitas asteroidales una y otra vez.

—Con todo, deberíamos intentarlo. Si enviamos una nave, los piratas tal vez no sepan que se trata de una tarea imposible, y quizá teman las consecuencias de esa expedición con fines cartográficos. Si se divulga la noticia, la nave podría ser atacada.

—¿Y entonces qué?

—Podríamos enviar una nave automática, bien equipada, pero sin tripulantes humanos.

—Sería muy caro.

—Pero quizá valga la pena. Podríamos equipar la nave con cohetes salvavidas programados para que abandonen automáticamente la nave cuando los instrumentos capten la radiación de energía de un motor hiper-atómico acercándose. ¿Qué crees que harían los piratas?

—Reducir los cohetes salvavidas a virutas de metal, abordar la nave y llevarla a su base.

—O a una de sus bases. Exacto. Y si ven que los cohetes salvavidas intentan alejarse, no se sorprenderán de no hallar tripulación a bordo. Después de todo, se trataría de una nave de investigación, desarmada. En ese caso, se supone, la tripulación no presentaría batalla.

—¿Y adonde quieres llegar?

—También podríamos preparar la nave para que explote en cuanto su temperatura se eleve por encima de los veinte grados

absolutos, como ocurrirá en cuanto sea llevada a un hangar en los asteroides.

—¿Propones una trampa para bobos?

—Una gigantesca, que destroce todo un asteroide. Podría hacer añicos docenas de naves piratas. Además, en los observatorios de Ceres, Vesta, Juno o Palas se alcanzaría a ver el relámpago. Y luego, localizaríamos a los pirarías supervivientes; de ese modo se obtendría, una valiosa información.

—Oh, comprendo.

Y entonces se inició el equipamiento del *Atlas*.

La figura furtiva en el túnel que conducía hacia la superficie de la Luna se movió con prisa y seguridad. Los controles sellados de la cámara de aire de salida cedieron al rayo filiforme de una pistola micro-térmica. El metálico disco blindado osciló. Los dedos enguantados de negro se movieron veloces; el disco fue restituido a su posición inicial y soldado con un rayo más potente de la misma pistola micro-térmica.

La puerta interna de la cámara de aire se abrió, pero la alarma que habitualmente sonaba en ese caso, permaneció silenciosa esta vez, ya que no funcionaron los circuitos colocados tras el disco metálico. La figura penetró en la cámara de aire y la puerta se cerró tras ella.

Por delante se abrió la puerta exterior que se enfrentaba con el vacío; el individuo desenrolló entonces del plástico que llevaba bajo el brazo y se revistió con él: una especie de saco lo cubrió por entero y los ojos aparecieron tras una banda estrecha de material siliconado transparente; en la cintura, una pieza especial sostenía un cilindro pequeño de oxígeno líquido, conectado a un tubo corto que se introducía en la parte superior. Era un traje semi-espacial, diseñado para atravesar pequeñas distancias sobre superficies sin aire, que no podía ser utilizado por períodos mayores de media hora.

Bert Wilson, inquieto, giró la cabeza.

—¿Has oído eso?

Bigman bostezó sin ganas.

—No he oído nada.

—Juraría que era la puerta de una cámara de aire al cerrarse. Pero no ha sonado la alarma por ahora.

—¿Tendría que haber sonado?

—Sí, por supuesto. Tienes que saber cuándo se abre una puerta. Y hay una campanilla que suena cuando sale el aire; cuando no, se ve una luz encendida. De lo contrario cualquiera podría abrir la otra puerta y hacer que se escapara todo el aire de un corredor o de una nave espacial.

—Vale. Si no ha sonado la alarma, no hay de qué preocuparse.

—Oh, no estoy tan seguro.

Con largas zancadas de seis metros dada la gravedad lunar, el guardia recorrió el espacio hasta la puerta de la cámara de aire.

Al pasar, se detuvo ante un panel de controles en la pared y activó tres grupos de lámparas de gas de mercurio, iluminando todo el sector con una luz que no tenía nada que envidiar a la del sol.

Bigman le seguía, brincando y siempre con el riesgo de efectuar un aterrizaje forzoso sobre sus narices.

Wilson había desenfundado su desintegrador. Inspeccionó la puerta y se volvió hacia el corredor vacío.

—¿Estás seguro de no haber oído nada?

—Nada —dijo Bigman—. Claro que no estaba atento.

Cinco minutos para la hora cero.

El polvo lunar se elevaba a medida que la figura cubierta por el traje espacial se movía, lenta, hacia el *Atlas*. La nave brillaba al resplandor de la luz terrestre, pero en la superficie sin aire de la Luna no proyectaba ni la más mínima sombra en el espacio que la circundaba, excepto a uno de sus lados, el que daba a la entrada al puerto.

En tres brincos, la figura avanzó con movimientos lentos hacia esa sombra, atravesando el espacio iluminado.

Una vez junto a la escalera de acceso, comenzó a subir sorteando los escalones de diez en diez; así llegó hasta la entrada de la nave. Tras un breve manipuleo de los controles, la cámara de aire se abrió para cerrarse casi de inmediato.

El *Atlas* tenía un pasajero. ¡*Un* pasajero!

El centinela permaneció junto a la cámara de aire del corredor y la observaba como dudando.

Bigman hablaba sin pausa:

—He estado aquí durante casi una semana. Me he tenido que estar controlando para no meterme en ningún jaleo. Y eso no es nada bueno para un pendenciero espacial como yo; no he tenido oportunidad de…

El inquieto centinela le interrumpió:

—Tranquilo, amigo. Mira, tú eres un buen chico y todo eso, pero hablaremos del asunto otro día. —Por unos segundos observó el cierre de control y luego se dijo a sí mismo: «Es gracioso.»

Bigman resollaba amenazador. Su cara diminuta estaba encarnada. Cogió al centinela por el codo y le hizo girar; al hacerlo estuvo a punto de perder su propio equilibrio.

—¡Eh, tú! ¿A quién has llamado chico?

—¡Déjame en paz!

—¡Un momento! Pongamos esto en claro. No te pienses que yo permitiré que alguien me empuje sólo porque no soy tan alto como los demás. Ponte en guardia. ¡Venga! ¡Defiéndete o te romperé las narices

de un puñetazo!

Bigman giraba en torno a su presunto oponente, amenazándole con sus puños.

Wilson le miró con total asombro:

—¿Qué te sucede? Déjate de tonterías.

—Tienes miedo, ¿eh?

—No puedo pelear mientras estoy de guardia. Además, no he querido molestarte. Tengo una tarea que cumplir y no puedo perder tiempo contigo.

Bigman bajó los puños.

—Mira, parece que la nave está partiendo.

No se percibía ningún sonido, por supuesto, ya que el sonido no se transmite a través del vacío, pero bajo los pies de ambos hombres el suelo vibraba con suavidad, al ritmo martilleante del escape de los cohetes de una nave espacial que iniciaba su trayectoria.

—Sí, allá va. —Una honda arruga surcó la frente de Wilson—. Vaya, creo que no tiene sentido que informe sobre el asunto. De todos modos ya es tarde.

Ya se había olvidado de controlar el cierre de la puerta.

¡Hora cero!

El hoyo revestido de cerámica, abierto bajo el *Atlas*, recibía toda la furia ígnea de los cohetes principales. Lenta y majestuosamente, la nave espacial partía, elevándose en toda su masa imponente. La velocidad fue en aumento. Su proa surcó el cielo negro hasta que la nave se convirtió en una estrella más entre las estrellas y, por último, desapareció en el infinito.

El doctor Henree observó su reloj por quinta vez y dijo:

—Bien, ha partido. Debe de haber partido ya. —Con la boquilla de su pipa apuntó hacia un dial.

Conway interpretó el gesto:

—Veamos qué nos dicen las autoridades del puerto.

Cinco segundos más tarde, ambos observaban en el visor una toma del puerto vacío.

El hoyo estaba abierto aún y, a pesar de la bajísima temperatura del lado oscuro de la Luna, todavía se veían vapores.

Conway sacudió la cabeza:

—Era una hermosa nave.

—Aún lo es.

—Sólo puedo pensar en ella en pasado. Dentro de pocos días será una lluvia de metal fundido. Es una nave perdida.

—Esperemos que en algún lugar haya luego una base pirata también perdida.

Henree sacudió la cabeza con tristeza.

Ambos se volvieron en el momento en que la puerta se abrió.

Bigman franqueó el umbral. Su rostro estaba cruzado por una enorme sonrisa.

—Ah, sí, buena idea la de venir a Ciudad Lunar. Puedes sentir cómo pierdes kilos a cada paso que das. —Se impulsó con los pies y brincó un par de veces—. Si hicieras esto allí afuera llegarías al techo y te verías como un perfecto tonto.

Conway frunció el ceño.

—¿Dónde está Lucky?

—Yo sé dónde está —repuso Bigman—. Yo sé dónde está en todo momento. Eh, el *Atlas* acaba de partir.

—Ya lo sé —dijo Conway—. ¿Dónde está Lucky?

—En el Atlas, por supuesto. ¿En qué otro lugar pensaban que podría estar ahora?

2. SABANDIJAS DEL ESPACIO

El doctor Henree soltó su pipa, que rebotó sobre el piso de linelita, pero él no le prestó atención.

—¿Qué?

Conway enrojeció; junto al blanco níveo de su cabello, el rostro se le destacaba más aún.

—¿Es una broma?

—No. Se embarcó cinco minutos antes de que comenzara la ignición. Yo le estaba hablando al centinela, un tío que se llama Wilson, y no dejé que se entrometiera. He tenido que pelear con el tipo y tal vez lo habría puesto fuera de combate con un uno-dos —con bruscos golpes al vacío hizo la demostración— pero se echó atrás.

—¿Se lo has permitido? ¿No nos has dicho nada?

—¿Y cómo? Yo tengo que hacer lo que Lucky diga. Y él me ha dicho que debía embarcarle en el último minuto y sin que nadie lo supiera, porque usted o el doctor Henree querrían detenerlo.

Conway habló con acento plañidero:

—Lo ha hecho. ¡Por el espacio! Gus, tendría que haber sabido que no era posible confiar en este hombrecito marciano. ¡Bigman, eres un tonto! Tú sabes que esa nave es una trampa para bobos.

—Lo sé. Lucky también lo sabe. Y dice que no envíen otras naves detrás de él o todo el plan se arruinará.

—Se arruinará de todos modos, ¿no? Dentro de una hora habrá gente viajando tras él.

Henree sacudió la manga de su amigo:

—Será mejor que no, Héctor. No sabemos qué es lo que ha planeado, pero podemos confiar en que se las arreglará para salir bien parado de cualquier situación con la que. Tenga que enfrentarse. Opino que lo mejor será no inmiscuirnos.

Conway se dejó caer sobre un sillón, tembloroso de ira y ansiedad, Bigman explicó:

—Me ha dicho que lo hallaré en Ceres y también, doctor Conway, ha dicho que usted debe controlar sus arrebatos.

—¡Tú…! —comenzó Conway a responder, y Bigman salió de la oficina a toda prisa.

La órbita de Marte ya había quedado atrás y el sol se reducía velozmente.

Lucky Starr amaba el silencio del espacio. Luego de haberse graduado y a partir de su incorporación al Consejo de Ciencias, el espacio se había convertido en su hogar, más que cualquier otra superficie planetaria. Y el *Atlas* era una nave cómoda; estaba aprovisionada como para una tripulación completa, y lo único que

faltaba era lo que se podría haber consumido en el trayecto hasta los asteroides. En todos los aspectos el *Atlas* tendría que parecer como si, hasta el instante del abordaje pirata, hubiese estado con todos sus hombres a bordo.

De modo que Lucky comió bistec sintético de los huertos venusinos, pastas marcianas y pollos terrestres deshuesados.

«Aumentaré de peso», pensó, observando el firmamento.

Estaba lo suficientemente cerca como para poder ver los asteroides mayores. Allí estaba Ceres, el más importante de todos, con un diámetro que superaba los ochocientos kilómetros. Vesta se hallaba al otro lado del Sol, pero Juno y Palas eran visibles.

De utilizar el telescopio de la nave, hallaría más, cientos más, tal vez miles. Los asteroides eran, por cierto, innumerables.

Alguna vez se había elaborado la teoría de la existencia de un planeta situado entre Marte y Júpiter que, muchas eras geológicas antes, había estallado en fragmentos; pero no era así. Porque, en realidad, el villano era Júpiter. Su enorme influencia gravitacional perturbaba el espacio en un campo de cientos de millones de kilómetros en los evos durante los cuales se formara el Sistema Solar. Jamás podrían unirse en un único planeta las piedras cósmicas esparcidas entre Marte y Júpiter, a causa de la fuerza de atracción de éste último.

Seguirían constituyendo una miríada de pequeños cuerpos celestes.

Cuatro de los asteroides mayores tenían un diámetro de doscientos kilómetros o más; luego, los mil quinientos siguientes oscilaban entre tres y quince kilómetros de diámetro; luego, había varios miles (nadie sabía con exactitud cuántos) cuyos diámetros estaban por debajo de los tres kilómetros y docenas de miles más pequeños aún y que, sin embargo, eran tanto o más voluminosos que la Gran Pirámide.

Tal era su cantidad que los astrónomos los denominaron «las sabandijas del espacio».

Los asteroides estaban diseminados por toda la zona intermedia entre Marte y Júpiter, y cada uno describía su propia órbita. Ningún otro sistema planetario conocido por el hombre en toda la Galaxia poseía un cinturón asteroidal similar.

En cierto sentido esto era bueno. Los asteroides constituían puntos de escala en los viajes hacia otros planetas. Pero en otro sentido era malo. Todo criminal que lograra huir a los asteroides se hallaba a salvo de captura, aun en el peor de los casos. No existía fuerza policial que fuese capaz de registrar cada una de esas montañas que flotaban en el espacio.

Los asteroides menores eran tierra de nadie. Habían sido

instalados observatorios astronómicos en el más grande, el macizo Ceres.

En Palas había minas de berilo, en tanto que en Vesta y Juno existían importantes centros de reabastecimiento de combustible. Pero aun así restaban cincuenta mil asteroides mensurables sobre los cuales el Imperio Terrestre no tenía poder. Unos pocos eran aptos como puerto seguro. Algunos eran demasiado pequeños para más de un único cohete-crucero, con espacio adicional, tal vez, para un abastecimiento para seis meses de combustible, comida y agua.

Y era imposible realizar un mapa de todos ellos. Tampoco en los antiguos tiempos preatómicos, anteriores a los viajes espaciales, cuando sólo se conocían los mil quinientos de mayor tamaño, había sido posible localizarlos en un mapa. Sus órbitas habían sido cuidadosamente calculadas mediante observación telescópica y, sin embargo, algunos asteroides se habían «perdido» y luego habían sido «hallados» nuevamente.

Lucky desechó sus ensoñaciones. El sensitivo ergómetro estaba captando pulsaciones que provenían del exterior. En un segundo se colocó frente al tablero de control.

La energía constante que manaba del sol, ya fuera directa o a través de los reflejos de relativa debilidad surgidos de los planetas, era suprimida por el aparato. Por lo tanto, lo que ahora registraba, eran las características pulsaciones de energía de un motor hiper-atómico.

El solitario tripulante del *Atlas* accionó la conexión con el ergógrafo y el gráfico de esa energía se materializó en un conjunto de líneas; el joven fue interpretando el papel a medida que aparecía en la máquina y sus mandíbulas se endurecieron.

Siempre era posible que el *Atlas* cruzara su trayectoria con la de una nave normal de carga o de pasajeros, pero el gráfico revelaba lo contrario. La nave que se aproximaba poseía motores de diseño avanzado y distintos de los que cualquier nave espacial terrestre pudiera llevar.

Transcurrieron cinco minutos antes de que los datos fuesen suficientes para calcular la distancia y la dirección de la fuente de energía.

Preparó la placa visora para observación telescópica y el campo estelar se colmó de motas. Con extremo cuidado buscó por entre las infinitamente silenciosas, infinitamente distantes e infinitamente inmóviles estrellas, hasta que el relampagueo de un movimiento fue captado por sus ojos y los cuadrantes de lectura del ergómetro indicaron un múltiple cero.

Era una nave pirata. ¡Sin duda! Podía definir sus contornos a partir de la mitad qué brillaba al sol y por las luces del puerto que titilaban en la mitad en sombras. Era una nave esbelta y graciosa que

se advertía veloz y maniobrable. Y también tenía un aire extraño, algo distinto en su línea.

Diseño de Sirio, pensó Lucky.

Observó en la pantalla cómo crecía la nave espacial más y más. ¿Sería como ésta la nave que su padre y su madre vieron en el último día de sus vidas?

No recordaba, casi, a sus padres. Pero había visto fotografías de ellos y había escuchado relatos sin fin acerca de Lawrence y Barbara Starr de boca de Henree y Conway. Habían sido inseparables el alto y grave Gus Henree, el colérico y perseverante Héctor Conway y el ágil y risueño Larry Starr. Juntos habían asistido a la universidad, juntos se habían graduado, habían accedido al Consejo los tres a la vez y todas sus tareas las llevaron a cabo en equipo.

Y luego, Lawrence Starr había sido ascendido y asignado a un alto cargo en Venus. El, su mujer y su hijo de cuatro años recorrían la trayectoria hacia Venus, cuando la nave pirata los atacó.

Por años, lleno de amargura, Lucky se había preguntado cómo transcurrió esa hora final en la nave destinada a la muerte. Primero, los controles principales de la nave averiados en la popa, cuando aún pirata y víctima estaban separadas. Luego, la voladura de las puertas exteriores de las cámaras de aire y el abordaje. Tripulación y pasajeros se vestían con trajes espaciales, por precaución ante la pérdida de aire cuando las cámaras fueron destruidas. Los tripulantes armados y a la expectativa. Los pasajeros apiñados en los compartimentos interiores, sin mucha esperanza.

Mujeres llorando; niños gimiendo de terror.

Su padre no estaba entre los que se escondían. Su padre era miembro del Consejo. Se había armado para luchar; Lucky estaba seguro de ello. Tenía un recuerdo, muy breve, grabado a fuego en su mente. Su padre, un hombre alto y robusto, estaba de pie con un desintegrador apuntando y, en el rostro, la expresión de lo que debió ser uno de los pocos instantes de fría ira en su vida, en el momento en que la puerta del cuarto de controles caía dentro entre una nube de negro humo.

Y su madre, con el rostro húmedo y sucio, pero visible a través de la mascarilla del traje espacial, lo colocaba en un cohete salvavidas muy pequeño.

«No llores, David, nada ocurrirá.»

Esas eran las únicas palabras que recordaba que su madre hubiese dicho alguna vez.

Luego hubo un trueno a sus espaldas y él se sintió comprimido contra una pared.

Lo hallaron en el cohete salvavidas dos días después, al recibir sus mensajes automáticos de auxilio.

El gobierno organizó inmediatamente una terrible campaña contra los piratas de los asteroides y el Consejo facilitó, en ese sentido, cada uno de los mínimos datos obtenidos en años de trabajo silencioso. Para los piratas resultó evidente que atacar y matar hombres clave del Consejo de Ciencias era un mal negocio. Tan pronto como se localizaba un escondite en los asteroides, se lo reducía a cenizas y la amenaza de los piratas se redujo a revoloteos vacilantes por un período de veinte años.

Pero más de una vez Lucky se había preguntado si se habría asesinos de logrado localizar la especifica nave pirata que llevaba a los sus padres. No había modo de saberlo.

Y ahora la amenaza revivía, en forma menos espectacular, pero mucho más peligrosa. La piratería ya no era tarea de individuos aislados. Había adquirido la apariencia de un ataque organizado al comercio terrestre. Más aún: a partir de la naturaleza de la estrategia seguida, Lucky estaba convencido de que una mente, una única mano directiva táctica estaba por detrás de todo ello. Y sabía que él tendría que enfrentarse con esa única mente.

Una vez más arrojó una mirada al ergómetro. El registro de energía mostraba ahora marcas elevadas. La otra nave estaba dentro de la distancia en la que la cortesía espacial exige mensajes rutinarios de mutua identificación. Es decir, que se hallaba a la distancia en la que, habitualmente una nave pirata haría sus primeros movimientos hostiles.

El piso retembló bajo los pies de Lucky.

No era una bala desintegradora proveniente de la nave enemiga, sino la conmoción que producía la partida de un cohete salvavidas. Las pulsaciones de energía se habían vuelto tan fuertes como para activar los controles automáticos en ellos instalados.

Otra sacudida. Y otra. Cinco en total.

Observó la nave que se acercaba. A menudo los piratas atacaban a los salvavidas, en parte por la macabra diversión que ello les ocasionaba, en parte para evitar testigos que describiesen la nave atacante, suponiendo que no lo hubiesen hecho ya, a través de las ondas sub-etéricas.

Sin embargo, esta vez la nave pirata ignoró los salvavidas. Se aproximó hasta la distancia de abordaje. Sus garfios magnéticos se desplegaron y se adhirieron a la estructura exterior del *Atlas* y las dos naves, ahora, estrechamente unidas, iniciaron una marcha común en el espacio.

Lucky aguardó.

Oyó que la cámara de aire se abría y luego se cerraba. Oyó pasos y el sonido de los cierres de los cascos que luego dio paso al sonido de voces.

No se movió.

Una figura apareció en la puerta. Se había quitado el casco y los guantes, pero aún llevaba el traje espacial cubierto de hielo. Es común que esto ocurra con los trajes espaciales, cuando el portador pasa de una temperatura de cero absoluto, o cercana a él, en el espacio, al aire tibio y húmedo del interior de una nave. El hielo comenzaba a fundirse.

El pirata advirtió la presencia de Lucky sólo después de haber avanzado un metro dentro del cuarto de control. Y se detuvo, con la cara paralizada en una mueca casi cómica de sorpresa. Lucky tuvo tiempo de notar el ralo cabello negro, la nariz grande, y la cicatriz blanca que iba de la fosa nasal al incisivo, dividiendo el labio superior en dos partes desiguales.

Con absoluta calma Lucky soportó el escrutinio perplejo del pirata. No temía ser reconocido. Los hombres del Consejo en actividad siempre operaban en forma casi anónima, con la idea de que una cara muy conocida disminuiría su capacidad de acción. El propio rostro de su padre había aparecido en las pantallas sub-etéricas sólo después de su muerte. Con fugaz amargura Lucky pensó que tal vez una publicidad mayor podría haber prevenido el ataque pirata. Pero, por supuesto, era una tontería y él no lo ignoraba. En el momento en que los piratas habían visto a Lawrence Starr el ataque había avanzado lo suficiente como para no poder ser detenido.

Lucky dijo:

—Tengo un desintegrador. Lo utilizaré solamente si tú echas mano al tuyo. No te muevas.

El pirata abrió la boca y luego volvió a cerrarla. .

Lucky habló una vez más:

—Si quieres llamar a tus compañeros, puedes hacerlo.

El pirata le miró lleno de sospechas, pero con los ojos bien fijos en el desintegrador de su interlocutor, vociferó:

—¡Por el espacio centelleante! Aquí hay un tipo con un juguete encima.

Se oyó una carcajada de respuesta y una voz que gritaba:

—¡Calla!

Otro hombre penetró en la sala de control.

—Hazte a un lado, Dingo.

El individuo se había quitado todo el traje espacial y su aspecto producía una sensación de incongruencia a bordo de la nave. Sus ropas debían provenir del sastre más a la moda en Ciudad Internacional y, sin duda, eran más adecuadas para una fiesta elegante en la Tierra que para el abordaje de una nave en el espacio. Su camisa tenía la textura de la mejor seda, la que sólo se consigue con el hilado más caro de *plastex;* la iridiscencia del tejido era sutil y de ningún

modo ostentosa; de no ser por el cinturón ricamente ornamentado, los pantalones ceñidos al tobillo y la camisa habrían pasado por una única prenda, pues su color combinaba a la perfección. Los puños de la camisa hacían juego con el cinturón y, al cuello, llevaba una banda de tejido ligero, azul cielo. Su cabello castaño y abundante se veía rizado y con el aspecto de recibir frecuentes cuidados.

El individuo era media cabeza más bajo que Lucky, pero teniendo en cuenta su porte y su actitud, el joven miembro del Consejo de Ciencias comprendió que estaría errado si juzgaba por la vestimenta de petimetre que se trataba de un hombre blando.

Tras acercarse, el nuevo personaje se presentó:

—Mi nombre es Antón. ¿Querrás bajar tu arma?

—¿Y que me maten?

—Puede que te matemos, pero no en este mismo momento. Antes necesito hacerte algunas preguntas.

Lucky no dejó de apuntar con su desintegrador.

Antón intentó nuevamente:

—Te doy mi palabra —un leve rubor tiñó sus mejillas—. Es mi única virtud, tal como los hombres la entienden, pero siempre mantengo mi palabra.

Lucky bajó su arma; Antón cogió el desintegrador y se lo tendió al otro pirata.

—Llévatelo, Dingo, y no regreses por aquí —se giró hacia Lucky —. Los demás pasajeros se habían marchado en los cohetes salvavidas, ¿verdad?

—Es una trampa evidente, Antón… —respondió Lucky, pero su interlocutor le interrumpió:

—Capitán Antón, *por favor* —y sonrió, pero sus fosas nasales se dilataron.

—De acuerdo, es una trampa, capitán Antón. Es evidente que tú sabías que esta nave no llevaba pasajeros ni tripulación. Lo sabías mucho antes de abordarla.

—¿De verdad? ¿Cómo lo has sabido tú?

—Te has aproximado a la nave sin hacer señales ni disparos de advertencia; no has desarrollado demasiada velocidad; has ignorado los cohetes salvavidas cuando se alejaron; tus hombres han abordado la nave sin precauciones, como si no pensaran en la posibilidad de que alguien les opusiera resistencia; el hombre que me halló traspuso la puerta con el desintegrador enfundado. Las conclusiones son claras.

—Estupendo. ¿Y qué haces tú en una nave sin tripulación ni pasajeros?

Con aire torvo, Lucky respondió:

—He venido a verte a ti, capitán Antón.

3. DUELO DE PALABRAS

La cara de Antón no se alteró.

—Ahora me estás viendo.

—Pero no en privado, capitán —los labios de Lucky se cerraron con fuerza.

Antón echó una veloz mirada a su alrededor. Una docena de sus hombres, todos interrumpidos en mitad de su tarea de quitarse los trajes espaciales, se había reunido en el compartimiento y observaban y oían con gran interés.

Antón enrojeció apenas y alzó la voz:

—Cada uno a lo suyo, basuras. Quiero un informe completo acerca de la nave. Y tened las armas preparadas. Puede que haya más hombres a bordo, y si algún otro es sorprendido como Dingo, lo arrojaré por una de las puertas exteriores.

Hubo un movimiento mínimo.

De pronto la voz de Antón se dejó oír, convertida en un grito:

—¡De prisa! ¡De prisa! —con un gesto veloz y reptante desenfundó su desintegrador—. Contaré hasta tres antes de disparar. Uno…, dos…

Y ya se habían marchado.

El pirata se enfrentó a Lucky nuevamente. Sus ojos relampagueaban y sus fosas nasales contraídas dejaban escapar el aire y aspiraban con movimientos bruscos.

—La disciplina es muy importante —resolló—. Deben temerme. Deben temerme más que a ser capturados por la Policía Espacial Terrestre. Y así una nave es un único cerebro y un único brazo. *Mí* cerebro y *mi* brazo.

Sí, pensó Lucky*, un cerebro y un brazo, ¿pero cuál? ¿El tuyo?*

Casi infantil, amistosa y franca, la sonrisa de Antón relucía otra vez.

—Ahora dime qué quieres.

Lucky proyectó su pulgar un par de veces hacia el desintegrador, aún listo para dispararse. Sonrió también él y dijo:

—¿Estás por disparar? Si es así, adelante.

Antón se alteró.

—¡Espacio! Sí que tienes nervios de acero. Dispararé cuando me venga en gana. ¿Cómo te llamas?

—Williams, capitán.

—Eres un hombre alto, Williams; se te ve fuerte. Y, sin embargo, yo con la presión de mi dedo puedo matarte. Creo que es muy instructivo. Dos hombres y un desintegrador es todo el secreto del poder. ¿Has pensado alguna vez acerca del poder, Williams?

—Algunas veces.

—Es lo único que le da significación a la vida. ¿No crees?

—Quizá.

—Veo que estás ansioso por entrar en materia. Comencemos, pues. ¿Por qué estás aquí?

—He oído hablar de los piratas.

—Nosotros somos hombres de los asteroides, Williams. No nos corresponde ninguna otra palabra.

—Estoy de acuerdo con ello. He venido a unirme a los hombres de los asteroides.

—Nos halagas, pero mi dedo está aún sobre el contacto del desintegrador. ¿Por qué?

—La vida es muy limitada en la Tierra, capitán. Un hombre como yo puede ser contable o ingeniero. Hasta podría dirigir una factoría o sentarse tras un escritorio y votar en las reuniones de directorio. Y eso no significa nada. Sea lo que fuere, será rutina. Yo podría llegar a descubrir mi vida del principio al fin. No habría aventura, ni ninguna incertidumbre.

—Eres un filósofo, Williams. Prosigue.

—Y están las colonias, pero no me atrae la vida de horticultor en Marte o de centinela de tanques en Venus. Lo que me subyuga es la vida en los asteroides. Allí vives entre la dureza y el peligro. Un hombre puede elevarse hasta la posición de poder que tú tienes. Y como has dicho, el poder da sentido a la vida.

—¿Y te has embarcado en una nave espacial vacía?

—Ignoraba que estuviese vacía. Debía embarcarme de algún modo y en cualquier cosa. Los pasajes espaciales legítimos son muy caros y un pasaporte a los asteroides, en estos días, no se obtiene con facilidad. Me había enterado de que esta nave integraba una expedición cartográfica, así se decía, y que se dirigía a los asteroides. De modo que he estado aguardando hasta el instante de la partida. Ese ha sido el momento en que todos estaban ocupados en los preparativos y las puertas exteriores aún abiertas. Un amigo mío ha puesto al centinela fuera de circulación.

»He supuesto que descenderíamos en Ceres. Para cualquier expedición a los asteroides ésa es la base principal. Llegado allí, me parecía simple esfumarme sin problemas. La tripulación estaría compuesta por astrónomos y matemáticos. Les quitas las gafas y los dejas ciegos; les apuntas con un desintegrador y se te mueren de terror. Una vez en Ceres, me conectaría con los pi…, los hombres de los asteroides de una u otra manera. Simple.

—Sólo que has tenido la gran sorpresa al recorrer la nave ¿No es eso? —preguntó Antón.

—Te lo diré. Nadie a bordo, y antes de que lograra comprenderlo,

antes de que comprobase que realmente *no había* nadie a bordo, ya partía la nave.

—¿Y cómo ha sido, Williams? ¿Cómo ha sido que has deducido tu situación?

—No la he deducido; la he comprobado por mí mismo.

—Bien, veremos qué se puede averiguar. Tú y yo juntos —hizo un gesto con el desintegrador y ordenó, secamente—: Ven.

El jefe pirata se encaminó hacia el corredor central de la nave. Un grupo de hombres emergió de una de las puertas. Comentaban con breves palabras lo que habían visto, pero callaron al ver los ojos de Antón, quien les dijo:

—Acercaos.

Los hombres obedecieron. Uno de ellos se atusó el bigote entrecano con el dorso de la mano y dijo:

—Nadie más a bordo de la nave, capitán.

—Bien. ¿Qué me dices de la nave?

En un principio habían sido cuatro. Ahora otros hombres se unían al grupo.

La voz de Antón se hizo más fuerte.

—¿Qué pensáis todos vosotros de la nave?

Dingo se abrió paso entre sus compinches.

Se había quitado el traje espacial y Lucky pudo verlo tal como era. Y no resultaba una figura agradable. Era muy corpulento, pesado, y sus brazos se arqueaban apenas y pendían, sueltos, de los hombros voluminosos. Había abundantes pilosidades oscuras en los nudillos de sus dedos y la cicatriz del labio superior se estremecía. Sus ojos midieron a Lucky.

—No me gusta —dijo.

—¿No te gusta la nave? —preguntó Antón, con sequedad.

Dingo dudó por un segundo. Luego enderezó sus hombros y sus brazos y afirmó:

—Apesta.

—¿Por qué? ¿Por qué lo dices?

—La podríamos desguazar con un abrelatas. Pregúntale a los demás y verás que están de acuerdo conmigo. A este cesto lo han armado con palillos. En menos de tres meses se hará trizas.

Hubo murmullos de asentimiento. El hombre de los bigotes grises dijo:

—Excúseme usted, capitán, pero los conductores están a la vista; es un trabajo que no vale nada. Ya casi tienen la capa aislante quemada.

—Las soldaduras parecen haber sido hechas de prisa —dijo otro —. La han preparado así —haciendo chasquear los dedos índice y pulgar.

Antón preguntó:

—¿Y repararla?

—Nos llevaría un año y un domingo —repuso Dingo—. No merece la pena. Además no lo podríamos hacer aquí. Tendríamos que llevarla a una de las rocas.

Antón se volvió hacia Lucky y explicó con tono suave:

—Siempre nos referimos a los asteroides bajo el nombre de «rocas», ¿comprendes?

Lucky asintió con la cabeza.

Antón prosiguió:

—En apariencia mis hombres no se interesan por esta nave. ¿Por qué crees que el gobierno terrestre habrá enviado una nave vacía y en tan pésimo estado?

—Cada vez me siento más confundido con este asunto —respondió Lucky.

—Pues prosigamos con nuestra investigación.

Antón abrió la marcha. Lucky le siguió de cerca. Los hombres marchaban por detrás, en silencio. El joven sintió que su nuca le escocía. La espalda de Antón estaba relajada, tranquila, ya que él no temía la posibilidad de un ataque por parte de su seguidor. Pero, a espaldas de Lucky, avanzaban diez hombres armados y carentes de escrúpulos.

Fueron examinando los pequeños compartimentos, diseñados para economizar al máximo el espacio. Encontraron el cuarto de computación, el pequeño observatorio, el laboratorio fotográfico, la cocina y las literas.

Se deslizaron hacia el nivel inferior a través de un tubo curvo y estrecho dentro del cual el campo artificial de gravedad estaba neutralizado, de modo que cualquier dirección podía ser «arriba» o «abajo», a voluntad. Lucky fue enviado hacia abajo el primero y Antón le siguió. Y lo hizo tan de cerca que Lucky apenas tuvo el tiempo necesario para dejar libre la vía, mientras sus piernas se habían encorvado con la repentina recuperación de peso; el jefe pirata ya estaba encima de él y sus pesadas botas espaciales cayeron a unos pocos centímetros de la cara del hombre del Consejo de Ciencias.

Lucky recuperó el equilibrio y se volvió con ira en los ojos, pero Antón estaba allí, de pie, sonriendo complacido, y su desintegrador apuntaba al corazón de Lucky.

—Mil perdones —dijo el pirata—. Por fortuna eres muy ágil, según veo.

—Sí —murmuró Lucky.

En el nivel inferior se hallaban el compartimiento de motores y el de la central energética. Además, los anclajes de los cohetes salvavidas. Recorrieron los depósitos de combustible de alimentos y de

agua, los renovadores de aire y el escudo atómico.

Antón preguntó con voz tranquila:

—¿Qué piensas de todo esto? Todo falso, quizá, pero no veo nada fuera de lugar.

—Es difícil decirlo así, sin más ni más —repuso Lucky.

—Pero tú has vivido en esta nave durante varios días.

—Sí, pero no he gastado mi tiempo en investigaciones. Sólo he aguardado a llegar a alguna parte.

—Oh, eso has hecho. Bien, arriba, entonces.

Lucky fue el primero en el tubo para subir. Pero esta vez, apenas tocó el piso, de un brinco felino se hizo a un lado.

Transcurrieron varios segundos antes de que Antón emergiese del tubo.

—¿Nervioso? —inquirió.

Lucky se sonrojó.

Uno tras otro, aparecieron los piratas. Antón no aguardó a todos ellos, sino que se encaminó por el corredor.

—Mira —dijo—, tal vez creas que hemos recorrido toda la nave. Casi todos lo asegurarían. Hasta tú mismo, ¿no dirías que la hemos recorrido por completo?

—No —respondió Lucky con voz calmosa—, no lo diría. No hemos ido al lavabo.

Antón frunció el ceño y por varios segundos el gesto afable se borró de su rostro; una ira ciega y violenta relampagueó en sus facciones.

Luego todo se desvaneció. Se acomodó el cabello que le caía sobre la frente, observando con interés el dorso de su mano izquierda.

—Bien, veremos qué hay allí.

Muchos de los piratas silbaron y los restantes emitieron exclamaciones del más diverso calibre cuando la puerta se abrió.

—Muy bonito —murmuró Antón—. Muy bonito. Lujurioso, se podría decir.

¡Y lo era! Sin duda alguna. Había duchas separadas, tres en total, con grifos para agua jabonosa -templada- y agua pura -caliente o fría-. Había también media docena de lavabos de cromo-marfil, provistos de jabón líquido, secadores de cabello, masajeadores vibratorios. Nada de lo necesario se había olvidado.

—¡Vaya! Nada de esto es falso —observó Antón—. Es como un programa de la cadena sub-etérica, ¿eh, Williams? ¿Qué opinas tú de esto?

—Estoy confundido.

La sonrisa de Antón se desvaneció como la estela de una nave espacial lanzada a toda velocidad.

—Yo no lo estoy. Dingo, ven aquí.

El jefe pirata se volvió hacia Lucky:

—Es un problema simple. Aquí tenemos una nave sin tripulación a bordo, equipada del modo más económico posible, como si hubiese sido preparada muy de prisa, pero con un lavabo que es la última palabra. ¿Por qué? Supongo que, justamente, se ha tratado de colocar la mayor cantidad posible de tuberías *dentro* del lavabo. ¿Y por qué? Para que no pensemos que uno o dos de los caños son falsos… ¿Cuál es, Dingo?

Dingo pateó un caño.

—No lo patees, maldito idiota. Desármalo.

Dingo obedeció. Una pistola micro-térmica emitió su rayo por un segundo. El pirata extrajo un manojo de conductores.

—¿Qué es eso, Williams? —preguntó Antón.

—Conductores —fue la respuesta seca.

—Eso ya lo sé yo, estúpido. —Una furia repentina lo invadía—. ¿Qué más? *A ti* te pregunto qué más. Estos conductores están preparados para hacer estallar toda la carga de atomita que haya a bordo, tan pronto como llevemos la nave a nuestra base.

Lucky se sobresaltó.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Te sorprende? ¿No sabías que ésta era una enorme trampa? ¿No sabías que se ha pensado que nosotros llevaríamos la nave a nuestra base para repararla? ¿No sabías que también han pensado que explotaríamos nosotros y la base y que quedaríamos reducidos a cenizas calientes? Tú estás aquí como cebo, para que nos engañemos por completo. ¡Pero yo no soy tonto!

Los piratas estrecharon su círculo. Dingo se relamía.

Con un movimiento veloz Antón levantó el desintegrador y no había piedad, ni siquiera sombra de piedad, en sus ojos.

—¡Aguarda! ¡Gran Galaxia! ¡Aguarda! No sé nada de todo esto. No tienes derecho a matarme sin motivos. —Los músculos de Lucky estaban tensos, listos para la pelea final, antes de la muerte.

—¡No tengo derecho! —los ojos de Antón centelleaban, pero su desintegrador dejó de apuntar—. Y te atreves a decir que no tengo derecho. En esta nave tengo todos los derechos.

—No puedes matar a un hombre valioso. La gente de los asteroides necesita de buenos hombres. No desprecies a uno sin motivos.

Un murmullo repentino, inesperado, se elevó de entre los piratas. Una voz dijo:

—Tiene buenas agallas, capitán. Podemos usarlo…

La voz se apagó cuando Antón echó una mirada en su dirección.

El jefe pirata se enfrentó a Lucky:

—¿Por qué eres un hombre valioso, Williams? Respóndeme y lo

tomaré en cuenta.

—Le puedo hacer frente a cualquiera aquí. A puño limpio o con cualquier arma.

—¿Ah, sí? —los dientes de Antón quedaron al descubierto—. ¿Habéis oído, vosotros?

Hubo un gruñido afirmativo.

—Tú eres el desafiante, Williams. Cualquier arma. ¡Estupendo! Si sales de ésta con vida, no te mataré. Podrás ocupar un puesto en mi tripulación.

—¿Tengo tu palabra, capitán?

—Tienes mi palabra y yo jamás quebranto mi palabra. La tripulación me ha oído. Si sales de ésta con vida.

—¿Contra quién pelearé?

—Con Dingo. Uno de los buenos. Quienquiera que logre vencerlo es *muy* bueno.

Lucky midió la enorme masa de huesos y nervios de pie frente a él; los ojillos del pirata brillaban con anticipada alegría y, con pesar, se dijo que estaba de acuerdo con el jefe.

Sin embargo, con voz firme, preguntó:

—¿Con armas o a puño limpio?

—¡Armas! Cilindros impelentes, para ser exacto. Cilindros impelentes en el espacio completamente abierto.

Por unos segundos Lucky no logró conservar una expresión neutra.

Antón sonrió.

—¿Temes que la prueba no sea adecuada para ti? No temas. Dingo es el mejor hombre con un cilindro impelente en todo nuestro grupo.

El corazón de Lucky estaba a punto de detenerse. Este tipo de duelo era sólo para expertos. ¿Quién no lo sabía? En sus días de estudiante lo había practicado como un juego.

En una pelea contra un profesional, significaba la muerte. ¡Y él no era un profesional!

4. DUELO DE VERDAD

Los piratas se apiñaron en la parte exterior del *Atlas* y de su propia nave de diseño sirio. Algunos estaban de pie, sostenidos por el campo magnético de sus botas; otros, a fin de favorecer la visión, estaban suspendidos de cortos cables magnéticos unidos al casco del navío espacial.

A una distancia de ochenta kilómetros dos planchas metálicas habían sido fijadas para cumplir las veces de vallas. Comprimidas a bordo de la nave, las planchas metálicas no medían más de diez centímetros cuadrados; al desplegarse en el espacio libre, se revelaron como piezas laminadas de berilo al magnesio, de treinta metros de lado cada una. En el vacío no mostraban estar averiadas y nada empañaba el brillo del metal; ambas giraban y los reflejos centelleantes del sol en sus superficies pulidas emitían rayos que eran, sin duda, visibles a mucha distancia.

—Conocéis las reglas —la voz de Antón sonaba recia en los oídos de Lucky y, tal vez, también en los de Dingo.

El joven divisaba la figura de su contendiente, cubierta por el traje espacial, como una mancha de luz a más de un kilómetro de distancia. El cohete salvavidas que los había llevado hasta el lugar ya se alejaba, en su camino de regreso hacia la nave pirata.

—Conocéis las reglas —repitió la voz de Antón—. El primero que sea obligado a retroceder hacia su propia portería es el perdedor. Si ninguno de los dos retrocede a su portería, perderá aquel cuya arma impelente quede agotada primero. No habrá tiempo límite. No hay posición fuera de juego. Tenéis cinco minutos para colocaros en vuestros puestos. El arma impelente no puede ser utilizada hasta que se dé la voz de iniciación del duelo.

No hay posición fuera de juego, pensó Lucky. Aquí está la trampa. Los duelos con cilindros impelentes, practicados como deporte legal, no podían desarrollarse a más de ciento sesenta kilómetros de distancia de un asteroide que, por lo menos, debía tener ochenta y cinco kilómetros de diámetro; el cuerpo celeste proyectaría una atracción gravitacional pequeña, pero significativa sobre los contendientes; tal atracción no llegaría a afectar la movilidad; en cambio, sería suficiente para rescatar al participante que se hallara a kilómetros de distancia en el espacio con su arma impelente agotada. Si no era recogido por el cohete de rescate, sólo tenía que permanecer inmóvil y, en el término de horas o a lo sumo de uno o dos días, sería atraído hacia la superficie del asteroide.

Aquí, por otra parte, no había asteroide alguno de ese tamaño en cientos de miles de kilómetros a la redonda. Una impulsión podría

continuar en forma indefinida. Su fin podría o no estar en el Sol, largo tiempo después de que el desafortunado participante del duelo hubiese muerto por asfixia, cuando su oxígeno se agotase. En tales condiciones, lo normal era entender que, cuando uno u otro de los duelistas pasara fuera de los límites prefijados, se aguardaría hasta su regreso al campo de lucha.

Decir «no hay posición fuera de juego» equivalía a decir «hasta la muerte».

La voz de Antón llegaba clara y firme a través de los kilómetros de espacio vacío que lo separaban del receptor de radio situado en el casco de Lucky. Su orden fue:

—Dos minutos para el comienzo; ajustad las señales luminosas en los trajes.

Lucky levantó su mano hasta el pecho y accionó el interruptor allí conectado. La lámina metálica coloreada que, momentos antes estuviera magnéticamente adherida a su casco, ahora giraba. Era una valla en miniatura.

Unos segundos antes, la figura de Dingo no había sido más que un punto oscuro; ahora, de pronto, se presentó titilando como una llama rojiza. Su señal propia, como había observado Lucky antes de partir de la nave, era verde y las planchas metálicas eran de blanco puro.

Aun en este momento, una porción de la mente de Lucky se hallaba bien lejos. Muy al inicio de la situación, había intentado plantear una objeción:

—Mira, todo esto me parece muy bien, te lo aseguro. Pero mientras estemos allí fuera, una nave de patrullaje del gobierno terrestre podría…

Lleno de desdén Antón repuso:

—No tengas cuidado. Ninguna nave de patrullaje tendrá el valor necesario para adentrarse tanto entre las rocas. Tenemos cien naves al alcance de nuestra llamada, mil rocas en las que podríamos ocultarnos si nos es imprescindible la retirada. Ponte el traje.

¡Cien naves espaciales! ¡Mil rocas! Si esto era verdad, hasta ahora los piratas no habían mostrado jamás su real poderío. ¿Qué podía ocurrir?

—¡Un minuto! —anunció la voz de Antón a través del espacio.

Sin vacilaciones, Lucky cogió sus dos armas impelentes. Eran objetos en forma de L conectados mediante tubos de una goma especial y flexible a los cilindros llenos de bióxido de carbono líquido, a altísima presión que estaban ceñidos a su cintura. En épocas anteriores, los tubos se fabricaban con malla metálica; pero, aunque el material era más fuerte, también resultaba más pesado, y se sumaba al impulso y a la inercia de las armas. En los duelos de impulsión apuntar y disparar con rapidez era esencial. Tan pronto como se

inventó la silicona fluorada, y ya que podía mantenerse como una goma flexible a la temperatura del espacio, sin experimentar cambios por la influencia directa de los rayos del sol, este material más liviano había sido universalmente adoptado para los tubos de conexión.

—¡Preparados! ¡Disparen! —gritó Antón.

Una de las armas impelentes de Dingo, por un instante, disparó su reguero. El bióxido de carbono líquido del cilindro burbujeó con violencia, convertido en gas, y brotó por el orificio diminuto del arma. El gas se congeló en un hilo de cristales pequeñísimos, a quince centímetros del punto de emersión; en el medio segundo necesario para que se formara la línea de cristales, ésta ya alcanzaba kilómetros de longitud, y se desplazaba en una dirección, en tanto que Dingo lo hacía en la contraria.

Era, en miniatura, una nave espacial y la estela de sus cohetes.

Por tres veces el «hilo de cristal» relampagueó y se perdió en la distancia; apuntaba hacia el espacio, en dirección contraria a la posición de Lucky y cada vez Dingo ganaba velocidad en dirección a su rival. En ese instante era muy arriesgado evaluar la situación.

El único cambio visible era el gradual aumento de intensidad de las señales luminosas del traje de Dingo, pero Lucky sabía que la distancia entre ambos se acortaba en forma violenta.

Lo que el joven miembro del Consejo de Ciencias ignoraba era la estrategia adecuada, la defensa más eficaz. Aguardó a que los movimientos ofensivos de su adversario se desarrollaran.

Dingo, a causa de su gran volumen, ya se dibujaba como una sombra humanoide, con cabeza y cuatro extremidades, y se dirigía hacia un lado, sin hacer nada por disparar contra su oponente. Parecía bastarle con desplazarse hacia la izquierda de Lucky.

Pero éste aguardó aún. El coro de gritos confusos que resonaba, momentos antes, en su casco, se había disipado; su origen estaba en los transmisores abiertos de los piratas.

Aunque se hallaban demasiado distantes para ver a los duelistas, podían seguir el avance de las señales luminosas y los relámpagos de los disparos de bióxido de carbono. «Aguardan algo», pensó Lucky.

Y de pronto se produjo.

Una estela de bióxido de carbono y luego otra surgieron de la derecha de Dingo y su trayectoria era directa hacia su adversario.

Lucky elevó su arma impelente, listo para disparar hacia abajo y evitar un acercamiento de posiciones. «La estrategia más segura, pensó, es ésta, moverse lo menos posible y con la mayor lentitud posible, a fin de conservar el bióxido de carbono.»

Pero Dingo ya no avanzaba en dirección a Lucky. Disparó en línea recta, hacia el frente, y comenzó a retroceder. Lucky lo observó y ya era tarde cuando sus ojos advirtieron el rayo de luz.

La línea de bióxido de carbono que Dingo disparara en último término avanzó hacia adelante, pero él se había desplazado hacia la izquierda y otro tanto ocurrió con la estela de cristales. Las dos impulsiones combinadas hicieron que el disparo fuese directamente hacia el joven e hiciera blanco en su hombro izquierdo.

Lucky sintió que una verdadera explosión lo abatía. Los cristales eran delgados, pero larguísimos y se movían a kilómetros por segundo y todos se estrellaron contra su traje en lo que pareció la mínima fracción de un parpadeo. La figura de Lucky se estremeció y en los oídos del joven resonaron las palabras aprobatorias de los piratas:

—¡Le has dado, Dingo!

—¡Qué disparo!

—En línea recta a su valla. ¡Míralo!

—¡Estupendo! ¡Estupendo!

—¡Mira cómo gira el bufón!

Pero por detrás de esa algarabía, hubo murmullos que parecían menos entusiásticos.

Lucky giraba o, más bien, sus ojos veían girar el cielo y todos los astros que en él había. Las estrellas atravesaban la placa visora de su casco como blancas estelas, como si ellas mismas fueran chispas de billones de cristales de bióxido de carbono.

No podía ver más que innumerables trazos lumínicos confusos. Por un segundo pareció que la explosión le había arrebatado la capacidad de pensamiento.

Un nuevo blanco, esta vez a la altura de la boca del estómago, y otro en la espalda, lo impulsaron más lejos aún en su camino mortal a través del espacio.

Debía hacer algo, porque de lo contrario Dingo haría de él un balón de fútbol de uno a otro extremo del Sistema Solar. Antes que nada debía detener el movimiento giratorio y recuperar su equilibrio. Ahora rodaba con una trayectoria diagonal, el hombro izquierdo casi unido a su muslo derecho; apuntó su arma en dirección opuesta y los regueros luminosos de bióxido de carbono se expandieron del caño una y otra vez.

Las estrellas hicieron más lenta su marcha, hasta convertirse en puntos definidos, casi inmóviles. El cielo tornó a ser el cielo familiar del espacio.

Una estrella titilaba con fuerza, con un brillo sin igual. Lucky sabía que se trataba de su propia valla. Casi en posición diametralmente opuesta, refulgía la señal de rojo furioso de Dingo. No podía impulsarse hacia el otro lado de su plancha metálica, porque, en ese caso el duelo estaría concluido y él sería el perdedor. Más allá de la plancha y a un kilómetro y medio de ella era la regla normal que fijaba la situación de fuera de combate. Por otra parte, no se podía

permitir una mayor cercanía con respecto de su oponente.

En línea recta por encima de su cabeza elevó su pistola impelente y disparó. Durante un largo minuto mantuvo el contacto abierto y en los sesenta segundos experimentó la fuerza de la presión sobre la parte superior de su casco, mientras su marcha se aceleraba en pronunciado descenso.

Era una maniobra desesperada, porque en un minuto arrojó al espacio una carga de gas que le hubiera bastado para media hora.

Dingo, lleno de furia, gritó con voz ronca:

—¡Maldito cobarde! ¡Puerco cochino!

Los gritos de los espectadores también se elevaron con ira.

—¡Míralo cómo huye!

—Ha huido. ¡Dale alcance, Dingo!

—Eh, Williams, pelea.

Lucky vio el destello encarnado de la luz de su enemigo.

Debía mantenerse en movimiento. No podía hacer otra cosa. Dingo era un experto y podía hacer blanco en un meteorito de tres centímetros en el instante en que lo viese caer. Con pesadumbre, Lucky pensó que él podría hacer blanco en Ceres, siempre que estuviese a menos de dos kilómetros.

Hizo uso alternativo de sus armas impelentes. A izquierda, a derecha; luego, de prisa a la derecha, a la izquierda y a derecha nuevamente.

Pero era inútil. Dingo parecía ser capaz de prever sus movimientos, de adelantarse en línea oblicua, de avanzar siempre, inexorable.

Lucky sintió que las gotas de sudor recorrían su frente y de pronto percibió el silencio.

No le era posible recordar el momento mismo en que se había producido, pero se había concretado como la ruptura de un hilo, en forma abrupta. En un instante las risas y los gritos de los piratas, se habían convertido en el silencio mortal del espacio, donde ningún sonido sería oído jamás.

¿Habría traspuesto el límite del alcance de las naves? ¡Imposible! Aun los más simples radiotransmisores de un traje espacial podían abarcar varios kilómetros en el espacio. Elevó al máximo el dial de captación en su pecho.

—¡Capitán Antón!

Pero fue la ruda voz de Dingo la que respondió.

—No grites. Te oigo muy bien.

Lucky ordenó:

—¡Pide una tregua! Hay alguna avería en mi radio.

Dingo estaba cerca nuevamente y ya se advertía su forma humana. Una línea relampagueante de cristales y se aproximó aún

más.

Lucky trató de alejarse, pero el pirata no le daba respiro.

—Ninguna avería —explicó Dingo—. Está «tocada». He aguardado para esto. Podría haberte sacado del campo hace largo rato, pero he estado aguardando a que tu radio quedara fuera de combate. He «tocado» un pequeño transistor antes de que te pusieras el traje. Pero puedes hablar conmigo todavía. Tiene un alcance de dos o tres kilómetros ahora. Vaya, al menos podrás hablar conmigo por unos minutos más.

Paladeó su propia chanza entre rotundas carcajadas.

Lucky dijo:

—No comprendo.

La voz de Dingo, al responder, sonaba cruel y amenazante:

—Tú me cogiste en la nave con mi desintegrador en la funda. Me has tenido en una trampa. Me has hecho pasar por tonto. Nadie me pone una trampa y no permito que nadie me haga pasar por tonto y viva mucho tiempo después de eso. Y no te dejaré escapar a otro lugar para terminar contigo. ¡Te liquidaré aquí mismo! ¡Ahora mismo!

Dingo estaba muy cerca ahora. Lucky casi podía distinguir sus facciones por detrás de la placa de glasita de su casco.

El joven consejero abandonó sus intentos de fluctuar de un lado a otro. Eso lo conduciría, concluyó, a estar siempre fuera de condiciones de maniobrabilidad. Se decidió por volar en línea recta, alejándose a buena velocidad mientras la presión del bióxido de carbono se lo permitiese.

Pero ¿y luego? ¿Tendría que contentarse con morir en medio de la huida?

Debía presentar pelea. Apuntó hacia Dingo pero ya no estaba cuando la línea de cristales atravesó el espacio en que, un instante atrás, él *había* estado. Repitió el intento una y otra vez. Pero Dingo era un demonio para evadirse.

Y luego, Lucky sintió el duro impacto de un disparo de su contrincante y se halló girando nuevamente. Con desesperación trató de detenerse, pero antes de que lo lograra su cuerpo y el del pirata chocaron con fuerza.

Dingo lo cogió por el traje, abrazándolo con rudeza.

Casco contra casco. Visor contra visor.

Lucky veía la cicatriz blanca que hendía el labio superior de su contrincante; la vio ensancharse mientras Dingo sonreía:

—Hola, muchacho. Encantado de verte.

Por un segundo Dingo se separó, en apariencia, al aflojar sus brazos. Los muslos del pirata oprimían las rodillas de Lucky y su fuerza simiesca inmovilizaba al joven, cuyos músculos intentaron liberarse de la prisión, pero sin lograrlo.

La separación parcial de Dingo sólo tenía por objeto liberar sus brazos, uno de los cuales se elevó sosteniendo la pistola impelente, mientras disparaba. El impacto recayó, directo, sobre la placa visora del casco y la cabeza de Lucky se dobló hacia atrás, bajo el poder del disparo repentino y mortal. El brazo inexorable tornó a elevarse, en un balanceo, mientras el otro sostenía por detrás la nuca del joven.

—Quieto —gruñó el pirata—, que estoy a punto de liquidarte.

Lucky sabía que ésa era la más literal de las verdades, a menos que actuara de prisa. La glasita era resistente y flexible, pero resistiría sólo mientras el metal lo hiciese.

Levantó el dorso de su mano enguantada y empujó hacia atrás el casco de Dingo, extendiendo el brazo. El pirata echó la cabeza a un lado y se liberó del brazo de Lucky, y por segunda vez empuñó ambas pistolas impelentes.

Lucky dejó caer sus armas, que quedaron suspendidas de sus tubos de conexión, y con un movimiento veloz y certero cogió los tubos de las pistolas de Dingo. Los dedos de sus guantes de acero convirtieron el material flexible en hilos; en sus brazos, los músculos se tensaron hasta que la sensación de dolor lo detuvo; sus mandíbulas se petrificaron en el esfuerzo y la sangre brincó en sus sienes.

Dingo, con la boca desfigurada en una mueca de gozo anticipado, no veía más que el rostro descompuesto de su víctima a través de la placa visora transparente: era un rostro contorsionado por el terror, pensaba el pirata.

Una vez más refulgió un disparo. Una diminuta estrella relumbró en el lugar en que el metal había sido tocado.

Luego sucedió algo más y todo el universo pareció enloquecer.

Primero uno y luego, casi inmediatamente, el otro, ambos tubos conectores de las dos pistolas impelentes de Dingo se abrieron y una incontrolable corriente de bióxido de carbono emergió de cada uno de los tubos averiados.

Los restos de ambos conectores se retorcieron como víboras enloquecidas y Lucky se sintió arrojado, dentro de su propio traje, a uno y otro lado, en violenta reacción frente a la fuerza aceleratoria incontrolable.

Dingo aulló, sorprendido y furioso y su abrazo cedió.

Ambos estaban casi separados, pero Lucky se cogió con fuerza de un tobillo del pirata.

La potencia de la corriente de bióxido de carbono disminuyó, y Lucky se fue alzando por la pierna de su contrincante, alternando ambas manos para izarse.

En apariencia estaban detenidos, ahora.

Las últimas bocanadas de gas no les habían impreso ningún movimiento rotativo perceptible.

Los tubos de las armas de Dingo estaban muertos, sueltos, extendidos hacia abajo. Todo parecía quieto, tan quieto como la muerte misma.

Pero era una ilusión. Lucky sabía que ambos se movían a kilómetros por segundo en cualquiera que fuese la dirección en que los había impulsado el bióxido de carbono. Estaban los dos solos y perdidos en el espacio.

5. EL ERMITAÑO EN LA ROCA

Ahora Lucky estaba sobre la espalda de Dingo y sus muslos le apretaban la cintura.

Le habló con tono suave y terminante:

—¿Me oyes, Dingo, no es verdad? No sé dónde estamos ni hacia dónde vamos, pero tú tampoco lo sabes. De modo que nos necesitamos mutuamente, Dingo. ¿Harás un pacto conmigo? Tú puedes saber dónde estamos porque tu radio puede llegar hasta las naves, pero no puedes regresar sin bióxido de carbono. Yo tengo bastante para los dos, pero te necesito para que guíes.

—Al espacio contigo, ¡basura! —vociferó Dingo—. Cuando haya terminado contigo, *yo* tendré los cilindros impelentes.

—No lo creo —respondió Lucky con frialdad.

—También te piensas que los has despistado a ellos. ¡Adelante! ¡Adelante, cochino embaucador! ¿Y qué ganarás? El capitán vendrá por mí donde quiera que esté y tú estarás por allí, flotando a la deriva, con el casco deshecho y la sangre congelada sobre tu cara.

—No, amigo mío. Hay algo en tu espalda, y tú lo sabes. Quizá no lo puedas sentir a través del metal, pero está aquí. Te lo aseguro.

—Una pistola impelente. ¿Y qué? Eso no quiere decir nada mientras estemos juntos.

Pero sus brazos cesaron de contorsionarse para coger a Lucky.

—No soy un profesional de duelos a pistola impelente —Lucky parecía contento de poder declarar tal cosa—. Pero aun así sé mucho más que tú acerca de este tipo de pistolas. Los disparos se intercambian a kilómetros de distancia. No hay resistencia de aire que aminore la velocidad o cambie el curso de la corriente de gas, pero hay resistencias internas. Siempre se produce alguna turbulencia en la corriente. Los cristales se entrechocan y su velocidad disminuye. La línea de gas se hace más ancha. Si no hace blanco, se esparce en el espacio y se desvanece, pero si hace blanco, aún puede golpear como la coz de una mula, después de kilómetros de recorrido.

—¡Por el espacio! ¿De qué me estás hablando? ¿Adónde quieres ir a parar con esa palabrería?

El pirata se revolvió con fuerza de toro y Lucky gruñó mientras estrechaba sus piernas en torno a la cintura de Dingo.

—A algo muy simple: ¿qué crees tú que ocurre cuando el bióxido de carbono hace blanco a cinco centímetros de distancia, antes de que una turbulencia haya disminuido su velocidad o haya ampliado la anchura de la corriente? No intentes adivinarlo, te lo diré yo: puede cortar en dos tu traje y, por supuesto, también tu cuerpo.

—¡Tonterías! ¡Estás chalado!

Dingo profirió cuanta palabrota integraba su léxico, pero de pronto, todos sus movimientos se aquietaron.

—Inténtalo, pues —invitó Lucky—. ¡Anda, muévete! Mi pistola está contra tu traje y tengo el dedo en el contacto. ¡Inténtalo!

—Me tomas por tonto —gruñó Dingo— No has vencido en buena ley.

—Mi visor tiene una fisura —dijo Lucky— Los hombres sabrán quién es el tonto. Te doy medio minuto para que te decidas o no, a aceptar el pacto.

Los segundos transcurrieron en silencio.

Lucky advirtió el movimiento de la mano de Dingo y dijo:

—Adiós, Dingo.

El pirata, aterrado, gritó:

—¡Aguarda! *¡Aguarda!* Estoy ampliando mi onda de emisión —luego llamó—, capitán Antón…, capitán Antón…

El regreso a las naves espaciales les llevó una hora y media.

El *Atlas* se movía otra vez por el espacio, dentro de la estela de la nave pirata. Sus circuitos automáticos habían sido cambiados por controles manuales y tres de los piratas integraban ahora su tripulación y controlaban el vuelo. Y, como antes, en la lista de pasajeros había un solo nombre: Lucky Starr.

El joven estaba confinado en una cabina y podía ver a sus guardianes únicamente cuando ellos le llevaban sus raciones. Las raciones del *Atlas,* pensaba Lucky, o lo que de ellas quedara. La mayor parte de la comida y del equipo no necesario para la maniobra inmediata de la nave había sido transportada al navío pirata.

Los tres piratas, juntos, le llevaron su primera comida. Eran hombres secos, bronceados por el implacable sol del espacio.

En silencio le entregaron la bandeja, inspeccionaron la cabina con gran precaución y permanecieron allí, de pie, mientras el prisionero abría las latas y aguardaba a que el contenido se entibiara; luego se llevarían las sobras.

Lucky les dijo:

—Siéntense, caballeros. No tienen que permanecer de pie mientras yo como.

No respondieron. Uno de ellos, el más flaco y descarnado de los tres, con una nariz que en alguna pelea había resultado rota y ahora estaba desviada hacia un lado, y una nuez que se proyectaba, aguda, hacia afuera, miró a sus compañeros, como si se sintiera movido a aceptar la invitación. Pero no halló ningún eco entre sus compañeros.

La comida siguiente vino de la mano de Nariz Rota, solo. El hombre dejó la bandeja, volvió hasta la puerta y la abrió. Luego de mirar a uno y otro lado en el corredor, cerró la puerta nuevamente y dijo:

—Me llamo Martín Maniu.

Lucky sonrió:

—Y yo Bill Williams. Los otros dos no quieren hablar conmigo, ¿eh?

—Son amigos de Dingo. Pero yo no lo soy. Tal vez seas un hombre del gobierno, como piensa el capitán, tal vez no lo seas. No sé. Pero, para mí personalmente, quien le haga a esa basura de Dingo lo que tú le has hecho, es buena persona. Ese Dingo es astuto y pega fuerte. Me venció una vez, en un duelo con pistolas impelentes, hace tiempo, cuando yo era nuevo; casi me incrustó en un asteroide. Y sin motivo. Después aseguró que había sido un error, pero mira, él no es de los que cometen errores con una pistola de ésas. Te has hecho muchos amigos, sí señor, al traer a rastras a esa hiena.

—Me alegro mucho.

—Pero cuídate de él. No lo olvidará jamás. No te quedes solo con él en los próximos veinte años. Te lo advierto. No es cuestión de vencerlo. En este caso está el engaño ése de cortar el metal con el bióxido de carbono. No hay quien no se ría de él y se ha puesto malo con el chiste. Y te aseguro que está muy furioso; es lo mejor que le ha ocurrido hasta ahora. Hombre, espero que el jefe te acepte y es casi seguro que lo hará.

—¿El jefe? ¿El capitán Antón?

—No, el jefe, el tipo importante. Eh, tú, la comida que tenías a bordo es muy buena. Especialmente la carne —el pirata hizo chasquear los labios con fuerza—. Te puedes enfermar comiendo estas papillas de levadura, sobre todo si estás solo y a cargo de la nave.

Lucky limpiaba los restos de su comida.

—¿Quién *es* ese tipo?

—¿Quién?

—El jefe.

Maniu se encogió de hombros.

—¡Espacio! No lo sé. No pensarás que un tipo como yo se lo va a cruzar a cada instante; alguno de los compañeros ha hablado de él. Y además tiene que haber *algún* jefe.

—Es complicada la organización.

—Hombre, hasta que te metes dentro, no lo sabes. Oye, yo estaba casi muerto cuando llegué aquí. Ya no sabía qué hacer. Y pensé: bueno, asaltaremos unas cuantas naves y luego cogeré lo mío y me marcharé. Cualquier cosa era mejor que morirse de hambre, como yo me moría.

—¿Y no ha sido así?

—*No.* Jamás he estado en una expedición de ataque. Pocas veces interviene uno de nosotros. Van unos pocos, como Dingo; *él sale* todo el tiempo y le gusta a esa basura. La mayoría de las veces, cuando

vamos, nos dan algunas mujeres. —El pirata sonrió—. Hasta he tenido mujer y un hijo. Ahora te costaría creerlo, ¿no? Pues sí, teníamos un proyecto propio: nuestra nave espacial. Muy de vez en vez tengo que cumplir alguna misión en el espacio, como ahora, por ejemplo. Es una vida tranquila, y tú podrías llevarla si te unes a nosotros. Un chico guapo como tú puede conseguir mujer en un segundo y asentarse. Y también hallarás mucha acción, si es eso lo que buscas. ¡Sí, señor! Bill, espero que el jefe te acepte.

Lucky le acompañó hasta la puerta.

—Y ahora, ¿adonde vamos?, ¿a una de las bases?

—A alguna de las rocas, creo. La que esté más cerca. Te quedarás allí hasta que llegue la orden. Es lo que se hace siempre. —Al cerrar la puerta, agregó—: No le digas a los muchachos, ni a nadie, que he estado hablando contigo, ¿eh, chico?

—No tengas cuidado.

Con suavidad, lentamente, una vez solo, Lucky acomodó su puño en la palma de su mano. ¡El jefe! ¿Eran simples habladurías? ¿Chismorreos? ¿O tenían algún significado? ¿Y qué quería decir el resto de la conversación? Debía aguardar. ¡Galaxia! Si Conway y Henree tuvieran el sentido común suficiente como para no interferir por un tiempo.

Lucky no tuvo oportunidad de ver la «roca» cuando el *Atlas* se aproximó, hasta que, precedido por Martín Maniu y seguido por un segundo pirata, emergió de la cámara de aire y se halló en el espacio, con un asteroide a menos de cien metros de sus pies.

Era un asteroide típico; Lucky estimó que su largo mayor no llegaría a cuatro kilómetros. Era anguloso y escarpado, como si se tratara del pico de una montaña que un gigante hubiese arrancado para arrojar al espacio. El lado que recibía luz del sol se veía grisáceo y castaño, y era evidente que rotaba; las sombras, cambiantes, se deslizaban sin cesar.

Al abandonar la cámara de aire saltó hacia abajo, hacia la superficie rocosa, flexionando sus piernas. La roca flotó lentamente, elevándose hacia él. Cuando sus manos tocaron el suelo, la inercia lo forzó a dejar caer su cuerpo, en un lentísimo movimiento, hasta que logró cogerse de una piedra y pudo ponerse de pie.

Se irguió; la roca casi ofrecía la ilusión de una superficie planetaria. Sin embargo, por detrás de los picos más cercanos, nada había que no fuese el mismo espacio. Las estrellas, visiblemente móviles mientras la roca tiraba, se veían como definidos brillos intensos. La nave espacial, que había sido puesta en órbita en torno a la roca, permanecía inmóvil arriba.

Un pirata señaló el camino hacia una elevación rocosa que en nada se diferenciaba de las otras; el individuo recorrió los quince

metros de distancia en dos largos pasos. Mientras aguardaban, una sección de la piedra se deslizó hacia un costado y de la abertura surgió una figura vestida con traje espacial.

—Muy bien, Herm —dijo uno de los piratas, con voz áspera—, aquí está. Lo dejamos a tu cuidado ahora.

La voz que sonó a continuación en el receptor de Lucky era suave y fatigada:

—¿Cuánto tiempo permanecerá conmigo, caballeros?

—Hasta que regresemos a buscarle. Y no hagas preguntas.

Los piratas se volvieron y saltaron hacia arriba. La gravedad de la roca no podía detenerlos; flotaron suavemente y luego de unos minutos, Lucky vio un diminuto reflejo de cristales, cuando uno de los hombres corrigió su dirección mediante una pequeña pistola impelente, usada en forma rutinaria con esos fines y que integraba el equipamiento básico de cualquier traje. Su depósito de gas estaba en unos cartuchos diminutos, llenos de bióxido de carbono.

Transcurrieron unos minutos y los cohetes traseros de la nave espacial dejaron ver su resplandor rojo y se inició su nueva trayectoria.

Era inútil intentar ver en qué dirección se marchaba la nave, Lucky lo sabía muy bien, sin conocer en qué lugar del espacio se hallaban. Y exceptuando la vaga noción de que ése era un punto en el cinturón de asteroides, nada más sabía por ahora.

Tan honda era su preocupación que casi se sobresaltó al oír la voz suave del hombre del asteroide, que decía:

—Esto *es* hermoso. Me asomo tan pocas veces afuera, que a menudo olvido el espectáculo, ¡mire allá!

Lucky giró hacia su izquierda. El sol, pequeño, asomaba por encima del borde quebrado de la roca; por un momento su brillo fue tan intenso que se hizo imposible mirarlo directamente. Era una moneda de oro resplandeciente. El cielo, negro unos minutos antes, seguía viéndose negro y las estrellas refulgían sin merma. Y esto se debía a la carencia de aire en un mundo en que no existía el polvo para dispersar la luz del sol y convertir al cielo en una máscara de azul profundo.

El hombre del asteroide dijo:

—Dentro de unos veinticinco minutos se pondrá otra vez. En ocasiones, cuando Júpiter está muy cerca, lo puedes llegar a ver, como una pequeña bola de mármol, con sus cuatro satélites, como chispas alineadas en formación de batalla. Pero sólo ocurre cada tres años y medio. Y ésta no es la época.

En forma brusca, Lucky preguntó:

—Esos hombres le han llamado Herm, ¿es ése su nombre?, ¿es usted uno de ellos?

—¿Me pregunta si soy un pirata? No. Pero admitiré que soy algo así como un encubridor. Y mi nombre no es Herm; ésa es una expresión que ellos utilizan para los ermitaños en general. Mi nombre, señor, es Joseph Patrick Hansen, y ya que debemos ser compañeros en un lugar tan estrecho y durante un período indefinido, espero que seamos amigos.

Y tendió una mano recubierta por el guante metálico que Lucky cogió.

—Yo soy Bill Williams —dijo—. ¿Dice usted que es un ermitaño? ¿O sea que vive aquí todo el tiempo?

—Así es.

Lucky arrojó una mirada a las pobres astillas de granito y sílice y frunció el ceño.

—No se ve muy acogedor este sitio.

—A pesar de todo, intentaré hacer lo que pueda para que usted se sienta cómodo.

El ermitaño tocó un punto en la roca a través de la cual emergiera, y una parte de la piedra rodó hasta dejar libre una abertura.

Lucky advirtió que los bordes estaban biselados y recubiertos de ultrium o algún material parecido, para asegurar un cierre hermético.

—¿Quiere usted entrar, señor Williams? —invitó el ermitaño.

Lucky aceptó. El sector de roca se cerró a sus espaldas. Tan pronto como la puerta se hubo cerrado, una diminuta luz de flúor se encendió, disipando la oscuridad; se hizo visible una pequeña cámara de aire, no mayor de lo que se necesitaba para dos personas.

Una lucecita roja centelleó y el ermitaño dijo:

—Puede usted abrir su casco. Ya tenemos aire.

Y mientras hablaba, él mismo puso en ejecución su orden.

Lucky lo imitó, aspirando bocanadas de aire fresco y claro. No estaba mal. Era mejor que el aire de la nave espacial. Sin lugar a dudas.

Pero fue cuando la puerta interna de la compuerta se abrió, que el viento se abatió sobre Lucky en una fuerte ráfaga.

6. ¿QUE SABRÁ EL ERMITAÑO?

En la Tierra, Lucky había visto muchas salas lujosas como ésta. Medía más de nueve metros de largo, por seis de ancho y nueve de altura. Una galería la circundaba; por debajo y por arriba de ella se veían anaqueles con libros en microfilme. Un proyector de pared se asentaba sobre un pedestal; en otro, igual al primero, brillaba como una joya una maqueta de la Galaxia. La iluminación era por completo indirecta.

Tan pronto como puso un pie en la sala, sintió la atracción creada por motores de seudo-gravedad. No estaba al nivel de la normal en la Tierra; su percepción le indicaba que debía hallarse entre la normal de Marte y la de la Tierra. Resultaba así una deliciosa sensación de liviandad, unida a una atracción que permitía coordinar por entero los movimientos musculares.

El ermitaño se había quitado el traje espacial y lo había colgado sobre una pila blanca de plástico, dentro de la cual la fina capa de hielo que recubría al traje podría fundirse al calor del aire húmedo de la sala.

Hansen era un hombre alto y erguido, de cara rosada y facciones suaves, pero su cabello era blanco, al igual que sus hirsutas cejas, y gruesas venas le recorrían el dorso de las manos.

Con notoria cortesía preguntó:

—¿Me permite ayudarle con su traje?

Lucky volvió a la realidad.

—Oh, está bien —se desvistió con rapidez—. Tiene usted un lugar poco común aquí.

—¿Le agrada? —sonrió Hansen—. Me ha llevado muchos años ponerlo en estas condiciones. Aunque no sólo esto constituye mi pequeño hogar.

Parecía estar colmado de un sosegado orgullo.

—Me imagino que no —repuso Lucky—. Ha de haber una sala de máquinas para la luz y la calefacción y para mantener constante el campo de seudo-gravedad. Además, debe tener aquí un purificador de aire y re-abastecedor, provisión de agua, de alimentos, en fin, ese tipo de cosas.

—Así es.

—No parece tan mala la vida de ermitaño.

El solitario, era evidente, se sentía a la vez orgulloso y halagado.

—No tiene por qué serlo —dijo—. Siéntese, Williams, tome asiento. ¿Algo para beber?

—No, gracias. —Lucky se arrellanó en un sillón; el asiento y el respaldo, normales en apariencia, ocultaban un suave campo

magnético que cedía al peso sólo hasta establecer un equilibrio que adaptaba la superficie del sillón a cada curva del cuerpo—. ¿Aunque quizá usted pueda ofrecerme una taza de café?

—Sin duda.

El viejo se dirigió a un compartimiento.

En pocos segundos regresó con un par de tazas de café fragante y caliente.

El brazo del sillón de Lucky, bajo la presión adecuada de la mano de Hansen, dejó ver una estrecha superficie de apoyo y el ermitaño colocó allí una de las tazas. Luego se detuvo un instante, observando al joven.

—¿Sí? —Lucky lo observó a su vez.

Hansen sacudió la cabeza:

—Nada. Nada.

Ambos estaban frente a frente. Las luces en los rincones más alejados de la sala se debilitaron y sólo la zona inmediata a los dos hombres tenía una luminosidad suficiente para la visión.

—Ahora, si usted puede excusar la curiosidad de un hombre viejo —dijo el ermitaño—, querría preguntarle por qué ha venido hasta aquí.

—No he venido. Me han traído —dijo Lucky.

—Es decir que usted no es un… —Hansen hizo una pausa.

—No, no soy un pirata. Por lo menos, no todavía.

Hansen apoyó su taza; su rostro denotaba cierta preocupación.

—No comprendo. Quizá he dicho algo que no debería haber dicho.

—No se preocupe usted. Seré uno de ellos dentro de poco tiempo.

Lucky terminó su café y luego, eligiendo las palabras con especial cuidado, comenzó a relatar cómo había abordado el *Atlas* en la Luna, y prosiguió hasta llegar al actual momento.

Hansen escuchó absorto.

—Y ahora que ha visto cómo es esta vida, ¿está usted seguro, joven, de que esto es lo que quiere hacer?

—Estoy seguro.

—¿Por qué, por el amor de la Tierra?

—Por eso exactamente: por el amor de la Tierra y por lo que ella me ha hecho. No es lugar para vivir. ¿Por qué ha venido *usted* a vivir aquí?

—Oh, es una larga historia. Pero no tema, ni se alarme, no se la contaré. Hace años compré este asteroide para utilizarlo como lugar para unas vacaciones breves, y sucedió que me gustó. Fui ampliando mi sala de estar, comprando algún mobiliario y libros en microfilme en la Tierra poco a poco. Y dé pronto me hallé con que tenía aquí todo lo que necesitaba; ¿por qué no quedarme aquí en forma permanente?,

me dije. Y así lo he hecho.

—Muy bien. ¿Por qué no? Ha sido una decisión inteligente. Allá todo es una catástrofe; demasiada gente; demasiados trabajos rutinarios; casi imposible partir hacia algún planeta y, sí lo logras, es para hacer un trabajo manual. Ya no hay oportunidades para un hombre, a menos que elija vivir en los asteroides. Todavía no tengo los años suficientes como para quedarme quieto, como usted. Para un hombre joven, ésta es una vida libre y estimulante. Siempre existe la posibilidad de convertirse en jefe.

—Los que ahora son jefes no gustan de los tipos jóvenes con ideas acerca del mando en sus cabezas. Antón, por ejemplo; ya lo he visto y le conozco.

—Tal vez, pero hasta el momento no ha quebrantado su palabra —respondió Lucky—. Me ha dicho que si vencía a ese Dingo, tendría oportunidad para unirme a los hombres de los asteroides. Y parece que estoy a punto de obtener mi oportunidad.

—Pues parece que usted está aquí y eso es todo. ¿Qué ocurrirá si él vuelve con la prueba, o lo que él denomine prueba, de que usted es un espía del gobierno?

—No la tendrá.

—Pero supongamos que sí, sólo para desembarazarse de usted.

El rostro de Lucky se ensombreció y una vez más Hansen le observó con aire curioso, frunciendo el entrecejo.

Lucky repitió:

—No la tendrá. Él puede utilizar a un hombre que sea de los buenos y lo sabe. Además, ¿por qué me está predicando? Usted está fuera del asunto, pero juega al balón con ellos.

Hansen bajó los ojos.

—Es verdad. No debería inmiscuirme en sus cosas. Es que, al haber estado solo tanto tiempo, hablo en exceso cuando viene alguna persona, nada más que para oír el sonido de las voces. Vaya, ya estamos sobre la hora de la cena. Me será grato comer con usted, en silencio, si lo prefiere. O tal vez podamos hablar de cualquier otro tema de su elección.

—Pues… gracias, señor Hansen. No estoy molesto, se lo aseguro.

—Estupendo.

Lucky siguió a Hansen; transpusieron una puerta y se hallaron en una pequeña despensa con anaqueles careados de comida enlatada y concentrados de toda especie. Ninguna de las marcas era familiar para Lucky. En cambio, el contenido de cada bote estaba indicado con letras de brillantes colores, impresas en relieve sobre el metal.

Hansen explicó:

—He tenido, en otro tiempo, la costumbre de conservar carne fresca en un cuarto especial refrigerado. En un asteroide, como usted

sabrá, siempre es posible obtener la temperatura adecuada. Pero desde hace un par de años sólo puedo comprar este tipo de alimentos.

Escogió media docena de botes de los anaqueles, más un envase de leche concentrada.

Luego pidió a Lucky que cogiera de un anaquel inferior una garrafa sellada de cuatro litros de agua.

El ermitaño acomodó la mesa de prisa. Los botes eran de los del tipo de auto-calentamiento y en su interior venían provistos de los cubiertos adecuados.

Con aire divertido, Hansen observó:

—Tengo un valle entero colmado hasta los topes con los botes que tiro: una acumulación de veinte años.

La comida era, por cierto, excelente, pero su sabor tenía un dejo extraño. Se trataba de alimentos a base de levadura, es decir, del tipo que sólo el Imperio Terrestre estaba en condiciones de producir. En ningún otro punto de la Galaxia, la presión del número de habitantes era tan grande y, por consiguiente, las bocas a alimentar tantas, como para que se hubiera desarrollado la cultura alimenticia de la levadura. En Venus, donde se obtenía la mayor parte de los productos de levadura, era posible manufacturar una variedad casi ilimitada de imitaciones de comida: bistecs, nueces, mantequilla, golosinas. Y todo era tan nutritivo como cualquiera de esas cosas en su estado originario, natural. Sin embargo, el paladar de Lucky advertía que el sabor no era del todo venusiano. Todo tenía un especial e indefinible gustillo.

—Excúseme por ser tan curioso —interrogó—, pero todo esto cuesta dinero, ¿no es verdad?

—Oh, sí, y yo tengo algo. Tengo cuentas en la Tierra y tienen fondos. Mis letras siempre han sido pagadas, o al menos lo fueron hasta hace menos de dos años.

—¿Y qué sucedió entonces?

—Las naves de abastecimiento no han llegado hasta aquí en este último tiempo. Demasiado riesgo: los piratas. Ha sido un golpe duro. Pero yo tengo una buena provisión de la mayoría de los alimentos. No sé cómo se las compondrán los otros.

—¿Los otros?

—Los otros ermitaños. Somos varios cientos en total. Y no todos han tenido mi misma suerte. Muy pocos son los que han logrado que su espacio vital sea tan cómodo como éste, pero, con todo, tienen lo esencial. Por lo común, son individuos mayores, como yo: sus mujeres han muerto, los hijos han crecido, el mundo se ha tornado distinto y extraño, y entonces se alejan, buscan la soledad. Si han hecho algunos ahorros, en principio pueden adquirir un asteroide pequeño. El gobierno no interfiere; si el asteroide tiene menos de ocho kilómetros

de diámetro, es suyo. Luego, si alguno lo desea, puede comprar un receptor sub-etérico y estar en contacto con el universo. O, de lo contrario, puede comprar libros en microfilmes, o conseguir reseñas de noticias que llegan en las naves de abastecimiento una vez al año. La otra alternativa es comer, dormir, descansar y aguardar la hora de la muerte, si uno lo prefiere. A veces querría saber algo más de todos ellos.

—¿Y por qué no los trata?

—Muchas veces he sentido ese impulso, pero ninguno de ellos es persona de trato fácil. Y, después de todo, han venido aquí para estar solos, y yo mismo he venido a eso.

—Pero… ¿y qué ha hecho usted cuando las naves de abastecimiento dejaron de traer alimentos?

—En un primer momento, nada. Supuse que, sin duda, el gobierno se encargaría de aclarar la situación, y además yo había almacenado provisiones suficientes para meses. En realidad, con un cierto racionamiento, podría haber aguantado todo un año, tal vez. Pero luego ha venido la nave pirata.

—¿Y usted entró en tratos con ellos?

El ermitaño se encogió de hombros. Sus cejas se juntaron en un gesto de preocupación y la comida finalizó en silencio.

Al levantarse de la mesa, Hansen reunió los botes y los cubiertos y los situó dentro de un recipiente adosado a la pared que daba a la despensa. Lucky oyó un sonido apagado de metal que choca contra otro metal; pronto se restableció el silencio.

Hansen explicó:

—El campo de seudo-gravedad no llega al tubo de residuos; una bocanada de aire y caen al valle del que le he hablado antes, aunque está a más de un kilómetro y medio de distancia.

—Supongo —dijo Lucky— que si la bocanada de aire fuese apenas más fuerte, usted se desembarazaría de todos los botes y los cubiertos.

—Sí, claro. Creo que la mayoría de los ermitaños lo hacen. Tal vez todos lo hagan. Sin embargo, es una idea que no me agrada. Sería malgastar el aire y también el metal. Quizá algún día podamos utilizar esos botes. ¿Quién puede saberlo? Además, aunque muchos de esos objetos se diseminarían en el espacio, estoy seguro de que otros girarían en torno a este asteroide como lunas pequeñas y es poco edificante pensar que estás acompañado en tu órbita por tus propios desperdicios. ¿Tabaco? ¿No? ¿Le molestará si fumo?

Encendió un cigarro y con la mirada tranquila prosiguió.

—Los hombres de los asteroides no pueden abastecerme de tabaco con regularidad, de modo que éste se ha convertido en un placer raro para mí.

Lucky preguntó:

—¿Ellos le abastecen de todas las demás provisiones?

—Sí, así es. Agua, recambios para las máquinas, unidades de energía. Es un arreglo mutuo.

—¿Y usted qué hace por ellos?

El ermitaño observó largamente la punta encendida de su cigarro.

—No mucho. Ellos utilizan esta roca. Bajan aquí con sus naves y yo no informo al respecto. Aquí dentro no llegan y lo que hagan afuera no es asunto mío. Y no quiero enterarme. Es lo más seguro. En algunas ocasiones me dejan hombres aquí, como lo han hecho ahora con usted, y luego los recogen. Pienso que a veces se detienen aquí para reparar alguna avería menor. A cambio de todo esto me traen lo que necesito.

—¿Aprovisionan a todos los ermitaños?

—No lo sé. Quizá.

—Sería necesaria una cantidad importante de provisiones. ¿De dónde las obtendrán?

—Capturan naves espaciales.

—No han de bastar para abastecer a centenares de ermitaños y a sí mismos. Necesitarían una importante cantidad de naves espaciales.

—Pues no lo sé.

—¿Y no le interesa? Es muy fácil la vida que usted lleva aquí, pero quizá la comida que acabamos de consumir provenga de una nave cuya tripulación está convertida en cadáveres congelados que giran en torno de algún otro asteroide, como desperdicios humanos. ¿Nunca ha pensado en ello?

El ermitaño enrojeció y un gesto de dolor se dibujó en sus facciones:

—Usted se toma venganza porque antes le he estado predicando. Tiene razón, ¿pero qué puedo hacer yo? No he abandonado ni traicionado al gobierno; ellos me han abandonado y traicionado. En la Tierra, mi estado paga impuestos, ¿por qué no recibo protección, pues? De buena fe yo he registrado este asteroide en la Oficina Terrestre del Mundo Exterior, o sea que forma parte del dominio terrestre. Tengo todo el derecho del mundo a pedir protección contra los piratas. Si esto no ocurre en forma inmediata, si mi proveedor me dice fríamente que no podrá traerme nada más a ningún precio, ¿qué se supone que debo hacer?

»Usted me dirá que podría volver a la Tierra. Pero ¿cómo abandonar todo esto? Tengo un mundo de mi propiedad aquí; mis libros en microfilme, los grandes clásicos que amo. Hasta tengo una copia de Shakespeare, un filme directo de las páginas de un antiguo libro impreso. Tengo comida, bebida, soledad: en ninguna otra parte del universo me llegaré a sentir tan cómodo como aquí.

»Pero no crea que ha sido una elección simple, sin embargo. Tengo un transmisor sub-etérico; puedo comunicarme con la Tierra. También tengo una pequeña nave que puede cubrir la breve trayectoria hasta Ceres. Los hombres de los asteroides lo saben, pero confían en un principio, soy un elemento accesorio en realidad.

»Los he ayudado y esto, en el plano legal, me convierte en un pirata. Significará cárcel y tal vez ejecución si regreso. De lo contrario, si logro probar mi inocencia, los hombres de los asteroides no olvidarán. Donde quiera que vaya, podrán hallarme, a menos que el gobierno me garantice protección total y de por vida.

—Pues se diría que está usted en mala situación —comentó Lucky.

—¿Sí? —preguntó el ermitaño—. Quizá podría obtener esa protección total con un apoyo adecuado.

Ahora le tocaba el turno a Lucky:

—Pues no lo sé.

—Creo que sí.

—No comprendo.

—A cambio de ayuda, le haré una advertencia.

—*Yo* nada puedo hacer. ¿Cuál es su advertencia?

—Aléjese del asteroide antes de que Antón y sus hombres regresen.

—Jamás. He venido aquí a unirme con ellos, no para tener que regresar.

—Si no se aleja, tendrá que quedarse para siempre. Muerto. No le permitirán integrar ninguna tripulación. Usted no llena las condiciones imprescindibles.

El rostro de Lucky se torció en un gesto de ira.

—¡Por todos los espacios! ¿De qué me está hablando?

—Otra vez. Cuando te enojas lo veo claramente. Tú no eres Bill Williams, hijo. ¿Qué parentesco tienes con Lawrence Starr, del Consejo de Ciencias? ¿Eres el hijo de Starr?

7. HACIA CERES

Los ojos de Lucky se empequeñecieron y el joven sintió que los músculos de su brazo derecho se ponían en tensión, como si pretendieran buscar un desintegrador que no hallarían ni en sus bolsillos ni en una cartuchera.

Pero no efectuó ningún movimiento. Con voz controlada preguntó:

—¿Hijo de quién? ¿De qué me está hablando?

—Estoy seguro. —El ermitaño se inclinó hacia adelante y cogió una mano de Lucky; su rostro adoptó una expresión seria—. He conocido muy bien a Lawrence Starr. Hemos sido amigos. Una vez, cuando yo estaba en un aprieto, me ayudó. Y tú eres su viva imagen. No puedo equivocarme.

Lucky rechazó la mano de su interlocutor.

—Lo que usted dice no tiene sentido.

—Oye, hijo, puede que para ti sea importante no revelar tu identidad; tal vez no te fías de mí. Bien, no te pido que lo hagas. He colaborado con los piratas y lo he admitido. Pero, de todos modos, escúchame. Los hombres de los asteroides tienen una buena organización. Tal vez les lleve semanas, pero si Antón sospecha de ti, no se detendrán hasta que hayan verificado hasta el aire que respiras. Ninguna historia falsa los engañará. Tarde o temprano sabrán la verdad sobre quién eres tú. ¡Tenlo por seguro! Conocerán tu verdadera identidad. Vete, ya te lo he dicho, ¡vete!

—Si fuera yo la persona que usted dice —preguntó Lucky—, ¿no se está arriesgando? Creo haber entendido que usted me ofrece su nave para alejarme.

—Sí.

—¿Y qué hará *usted* cuando los piratas regresen?

—No estaré aquí. ¿No lo comprendes? Quiero ir contigo.

—¿Y dejar todo lo que tiene aquí?

Hansen dudó por un instante.

—Sí, es duro. Pero no tendré otra oportunidad como ésta nuevamente. Tú eres persona de influencia; debes serlo. Quizá perteneces al Consejo de Ciencias, y estás aquí en misión secreta. A ti te creerán. Podrías protegerme, abogar por mí, impedir un juicio, cuidar que los piratas no puedan perjudicarme. Podría ser muy importante para el Consejo, jovencito. Les diré todo lo que sé acerca de los piratas. Cooperaré en todo lo que esté a mi alcance.

—¿Dónde está guardada su nave? —preguntó Lucky.

—¿Es un pacto, entonces?

La nave espacial era muy pequeña. Llegaron hasta ella

atravesando, de uno en fondo, un estrecho corredor, nuevamente vestidos con sus trajes espaciales. Lucky inquirió:

—¿Se puede ver Ceres con el telescopio de la nave?

—Sí, por supuesto.

—¿Lo puede reconocer sin posibilidad de equivocarse?

—Sí, sin duda.

—A bordo, entonces.

La pared delantera de la caverna carente de aire, que servía de anclaje a la nave, se abrió tan pronto como los motores de la nave fueron activados.

—Radio control —explicó Hansen.

La nave tenía combustible y provisiones.

Se movió con suavidad, elevándose desde su amarradero hacia el espacio con la facilidad y los movimientos libres que sólo se daban cuando la fuerza de gravitación era virtualmente nula. Por primera vez, Lucky observó desde el espacio el asteroide de Hansen. De una mirada abarcó el valle de los botes desechados, más brillante que la roca que lo rodeaba, en el preciso momento en que estaba a punto de pasar a la sombra.

Hansen volvió a la carga.

—Ahora dímelo: eres el hijo de Lawrence Starr, ¿verdad?

Lucky se había armado con un desintegrador y un cinturón completo de cartuchos. Al hablar, estaba atando la cartuchera a su cintura.

—Me llamo David Starr. Pero todos me conocen por Lucky.

Entre los asteroides, Ceres es un monstruo.

Tiene ochocientos kilómetros de diámetro y, sobre su superficie, un individuo de estatura media puede llegar a pesar un kilogramo completo. Su forma es casi esférica y cualquiera que se le acerque lo suficiente en el espacio, puede pensar que es un planeta respetable.

Y, sin embargo, si la Tierra fuese hueca, habría que arrojar cientos de cuerpos como Ceres para llenarla por entero.

Bigman aguardaba, de pie sobre la superficie de Ceres; su figura estaba aumentada por el traje espacial, cargado hasta estallar con pesas de plomo; sus botas también tenían una suela especial, de plomo. Había sido idea suya, pero no tuvo resultado positivo. Con toda esa sobrecarga, su peso no le bastaba para impedir que cualquier movimiento le hiciera correr el peligro de proyectarse hacia el espacio.

Había llegado a Ceres varios días atrás, en el mismo vuelo espacial que trajera desde la Luna a Conway y a Henree, y aquí estaba, aguardando este momento, aguardando que Lucky Starr les hiciera saber en un mensaje de radio que estaba por llegar. Gus

Henree y Héctor Conway se habían comportado muy nerviosamente; temían por Lucky, pensaban que podría morir, se preocupaban. Él, Bigman, estaba más tranquilo. Lucky podía superar cualquier inconveniente. Y él les había dicho justamente eso a ambos científicos. Cuando el mensaje de Lucky llegó, por fin, les volvió a repetir las mismas palabras.

Pero, de todos modos, sobre la superficie helada de Ceres, sin nada que hiciera las veces de valla entre él y las estrellas, se permitió experimentar una inconfesable sensación de alivio.

Desde el lugar en que estaba instalado, veía con claridad la cúpula del observatorio, cuya parte inferior se hundía apenas tras el horizonte cercano. Era el observatorio más grande de todo el Imperio Terrestre, por una causa muy lógica.

En la zona del Sistema Solar que llegaba hasta la órbita de Júpiter, los planetas Venus, Tierra y Marte tenían atmósfera propia y, por ello, se prestaban poco para la observación astronómica. El aire se interponía, aun cuando fuera tan poco denso como el de Marte, y borraba los detalles menudos; por lo común, hacía oscilar las imágenes de los astros y dañaba su recepción.

Dentro de la órbita de Júpiter, el cuerpo celeste más grande y sin aire era Mercurio, pero estaba tan cercano al Sol que el observatorio de su zona crepuscular se especializaba en observación solar. Telescopios relativamente pequeños bastaban.

El segundo cuerpo, en la escala de tamaños, era la Luna, y también en este caso, las circunstancias obligaban a la especialización.

La previsión del estado del tiempo en la Tierra, por ejemplo, se había convertido en una ciencia exacta y de largo alcance, ya que el aspecto de la atmósfera terrestre podía observarse en su totalidad desde una distancia de casi cuatrocientos mil kilómetros.

Y el tercer cuerpo sin aire, dentro de la misma escala, era Ceres y, además, resultó ser el mejor de los tres. Su gravedad casi inexistente permitía pulir y transportar enormes lentes y espejos sin el peligro de ruptura y sin el problema de que se combaran debido a su peso. La estructura del tubo del telescopio no necesitaba refuerzos especiales. La distancia entre Ceres y el Sol era tres veces mayor que la distancia entre éste y la Luna; en cambio, su luz tenía una octava parte de su potencia en el asteroide. Su rápido movimiento de rotación mantenía casi constante la temperatura en el asteroide. O sea que Ceres era el lugar ideal para la observación de las estrellas y de los planetas exteriores.

El mismo día de la víspera, Bigman había visto Saturno a través del telescopio reflector de veinticinco metros; pulir el enorme espejo de ese aparato había exigido veinte años de duro y constante trabajo.

—¿Cómo me veo? —había preguntado.

Y todos rieron.

—No es posible verte a ti —le dijeron.

Los especialistas ajustaron cuidadosamente los controles; eran tres los hombres que lo hacían, coordinando cada uno de sus movimientos hasta que lograron un enfoque satisfactorio. Las débiles luces rojas empalidecieron y en el tope del negro vacío en tomo al cual estaban sentados apareció un globo de luz. Un toque a los controles y la figura quedó enfocada con nitidez.

Bigman emitió un silbido de perplejidad.

¡Era Saturno!

Era Saturno, de casi un metro de diámetro, exactamente igual a como lo había visto desde el espacio una docena de veces. Su triple anillo brillaba con intensidad y se veían tres cuerpos marmóreos, similares a la Luna; por detrás, relucía el polvo espeso de muchas estrellas. Bigman quiso caminar en torno a la figura para ver cómo se vería desde distintos ángulos, pero la imagen no cambió.

—No es más que una ilusión —le explicaron—; la verás siempre igual desde cualquier punto que la observes.

Ahora, desde la superficie del asteroide, Bigman veía con sus propios ojos el planeta; era un punto blanco, pero más brillante que los otros puntos blancos, las estrellas. Tenía el doble de luminosidad de la que podía verse desde la Tierra, ya que estaba trescientos veinte millones de kilómetros más cerca. La Tierra misma estaba al otro lado de Ceres, cercana a un sol del tamaño de un guisante, y la Tierra no constituía un espectáculo muy extraordinario, porque el sol siempre la empequeñecía. El casco de Bigman vibró de pronto con el sonido de llamada de su radio receptor, que se hallaba abierto.

—Eh, chiquitín, sal de allí. Una nave está a punto de llegar.

Bigman se sobresaltó con el sonido y dio un brinco que hizo bailotear sus extremidades, mientras gritaba:

—¿A quién has llamado chiquitín?

Pero el interlocutor reía con ganas.

—¿Cuánto cobrarás por dar lecciones de vuelo, pequeño?

—A ti te haré pequeño —vociferó Bigman, lleno de furia. Su cuerpo ya había superado el punto superior de su parábola y con lentitud y entre oscilaciones comenzaba a descender una vez más—. ¿Cómo te llamas, listo? Dime tu nombre y te abriré la panza cuando baje y me quite este aparejo.

—¿Y tú crees que alcanzarás a mi panza? —fue la respuesta burlona.

Bigman podría haber estallado en mil trocitos diminutos si no hubiese visto una nave espacial describiendo una trayectoria oblicua en el horizonte.

Y trató de correr con largos y desmañados pasos sobre la

superficie nivelada que hacía las veces de espaciopuerto en el asteroide, mientras intentaba determinar la exacta posición en que aterrizaría la nave.

Surgieron los chorros de vapor que permitirían un contacto suave con la superficie y cuando las compuertas se abrieron y la figura alta de Lucky, cubierta por el traje espacial, emergió de la nave, Bigman dio una larga zancada, gritando de alegría, y ambos estuvieron juntos.

Conway y Henree fueron menos efusivos en su bienvenida, pero no estaban menos contentos. Ambos estrujaron la mano de Lucky, como si necesitaran confirmar con una personal presión muscular la real existencia, en carne y hueso, del joven.

Lucky se echó a reír.

—¡Eh, ya está bien! ¡Dejadme respirar…! ¿Qué sucede? ¿Pensabais que no regresaría?

—Oye —dijo Conway—, será mejor que nos consultes antes de adoptar alguna otra de tus alocadas decisiones.

—Oh, no lo haré si es muy alocada, porque tú no me darías autorización.

—Cállate. Podría castigarte por lo que has hecho. Podría hacerte aprehender en este mismo instante. Puedo suspenderte, echarte del Consejo.

—Y de todo eso, ¿qué es lo que vas a hacer?

—Nada, jovencito súper-desarrollado y tonto. Pero *puedo* vaciarte el cráneo uno de estos días.

Lucky se volvió hacia Augustus Henree.

—No se lo permitirás tú, ¿verdad?

—Por cierto que le ayudaré.

—Bien, renunciaré anticipadamente. Quiero presentarles a este señor.

Hasta ese instante Hansen había permanecido unos pasos atrás, y escuchaba con evidente regocijo el intercambio de palabras. Los dos viejos miembros del Consejo habían estado tan pendientes de Lucky Starr que ni siquiera habían notado su presencia.

—Doctor Conway —dijo Lucky—, doctor Henree, les presento a Joseph Patrick Hansen, dueño de la nave espacial que me ha traído de regreso. Me ha prestado una ayuda inapreciable.

El viejo ermitaño estrechó la mano de los científicos.

—No creo que usted conozca a los doctores Conway y Henree. —Apuntó Lucky. El ermitaño sacudió la Cabeza negativamente. El joven prosiguió—: Pues bien, son importantes funcionarios del Consejo de Ciencias. Luego que haya comido y descansado, usted hablará con ellos y, estoy seguro, le prestarán su ayuda.

Una hora más tarde, los dos consejeros enfrentaban a Lucky con expresión sombría. El doctor Henree prensaba tabaco en su pipa;

luego, durante el relato de las aventuras de Lucky y su encuentro con los piratas, fumó en silencio.

—¿Le has contado esto a Bigman? —preguntó Henree.

—He hablado con él durante unos minutos.

—¿Y no te ha despellejado por no llevarlo contigo?

—Pues… no estaba complacido —admitió Lucky.

Pero las ideas de Conway tenían una dirección mucho más seria.

—Una nave de diseño sirio, ¿eh? —musitó.

—Sí, sin duda —repuso Lucky—. Al menos tenemos ese elemento de información.

—Esa información no valía el riesgo que has corrido —aseguró Conway, con tono seco—. Estoy mucho más preocupado por otra información que ahora tenemos. Es evidente que la organización de Sirio se ha infiltrado en el Consejo de Ciencias.

Henree asintió con aire serio.

—Sí, también yo me he dado cuenta. Es grave.

—¿Cómo lo habéis comprobado? —preguntó Lucky.

—¡Por la Galaxia! Está claro, muchacho —gruñó Conway—, aunque yo admito que hemos tenido una gran cantidad de gente trabajando en el equipamiento de la nave y aún, con la mejor de las intenciones, se pueden deslizar informes. Sin embargo, es cierto que la existencia de la trampa para bobos y en particular la exacta forma del fundente era conocida por los miembros del Consejo y, además, por muy pocos de ellos. En ese pequeño grupo hay un espía, y yo podría haber jurado que todos ellos eran de confiar. —Sacudió la cabeza—. Y es que aún no lo puedo creer.

—Pues no lo creas —dijo Lucky.

—¿Cómo?, ¿por qué no?

—Porque el contacto con el consulado Sirio fue muy eventual, pasajero. La Embajada de Sirio obtuvo esa información a través de mí, precisamente.

8. BIGMAN SE HACE CARGO

—En forma indirecta, por supuesto, a través de uno de sus espías conocidos —explicó Lucky mientras los dos consejeros lo observaban paralizados de asombro.

—No logro comprenderte —dijo Henree en voz apenas audible. Conway, evidentemente, estaba incapacitado para hablar.

—Era necesario. Tenía que presentarme ante los piratas sin despertar sus sospechas. Si me hubiesen hallado en una nave a la que creyeran en misión cartográfica, me habrían asesinado sin alternativas. Por otra parte, si me hallaban en una trampa para bobos, cuyo secreto conocían a través de un presunto golpe de suerte, me considerarían como un polizón. ¿No lo veis? En una nave cartográfica sólo sería un miembro de la tripulación que no logró huir a tiempo. En una nave preparada para estallar, no sería más que un pobre tipo que no sabía en qué lío se había metido.

—Podían haberte asesinado aun así. Podrían haber pensado que les tendías una trampa, que era un espía. Y, de hecho, casi ha sucedido así.

—Es verdad. Casi ha sucedido así —admitió Lucky.

Y, entonces, Conway estalló:

—¿Y qué ha ocurrido con el plan original? ¿Íbamos o no a explotar en una de sus bases? Cuando pienso en los meses que invertimos en la construcción del *Atlas,* en el dinero que se gastó…

—¿De qué habría servido que explotara en una de las bases? Hablamos de un inmenso hangar de naves piratas, pero, en realidad, no era más que la expresión de un deseo. Una organización asentada en los asteroides por fuerza estará descentralizada. Los piratas tal vez no tengan más de tres o cuatro naves en cada lugar. No ha de haber espacio para instalar más. Hacer estallar tres o cuatro naves significaría muy poco, comparado con lo que se podría haber hecho si yo me hubiera infiltrado en la organización pirata.

—Pero no has tenido éxito —dijo Conway—. A pesar de todos los riesgos absurdos que has corrido, no lo has logrado.

—Por desgracia el capitán pirata que abordó el *Atlas* era demasiado suspicaz o, tal vez, demasiado inteligente para nosotros. Trataré de no volver a subestimarlos. Pero no todo es negativo. Ahora ya es un hecho para nosotros que Sirio está detrás de ellos. Además, tenemos a mi amigo el ermitaño.

—No nos significará gran ayuda —observó Conway—. Por lo que has dicho acerca de él, me ha parecido que sólo estaba interesado en mezclarse con los piratas lo menos posible, así que bien poco será lo que sepa.

—Quizá pueda decirnos más cosas que las que él mismo cree —opinó Lucky secamente—. Por ejemplo, hay una cierta información que podrá darnos y que me permitirá continuar con mis esfuerzos trabajando contra la piratería desde dentro.

—No irás allá otra vez —dijo Conway con tono terminante.

—Eso no es lo que me propongo —repuso Lucky.

—¿Dónde está Bigman? —preguntó Conway, los ojos llenos de desconfianza.

—Aquí, en Ceres. No te preocupes. En realidad —y una sombra atravesó las facciones de Lucky—, ya tendría que estar aquí El retraso ya comienza a molestarme un poco.

John Bigman Jones utilizó su pase especial para franquear el puesto de guardia en la puerta de la Torre de Control. Mientras corría, casi, a lo largo de los pasillos, murmuraba palabras incoherentes.

Un rubor pronunciado en su cara nariguda había disminuido la intensidad de sus pecas y los mechones de su pelo rojizo parecían las estacas de una cerca. Muchas veces Lucky le había dicho que hacía crecer su cabello verticalmente para ganar algunos centímetros de estatura, pero él siempre negaba el hecho con gran énfasis.

La puerta de acceso a la Torre se abrió tan pronto como Bigman interceptó el rayo de la célula fotoeléctrica y luego de trasponerla, el hombrecito echó una mirada alrededor.

Dentro había tres hombres. Uno de ellos tenía puestos los auriculares y estaba a cargo del receptor sub-etérico; otro estaba frente a la calculadora y el tercero vigilaba la pantalla visora del radar.

—¿Quién ha sido el cerebro que me ha llamado chiquitín? —preguntó airado Bigman.

Perplejos y ceñudos, los tres se volvieron hacia él, al mismo tiempo.

El individuo de los auriculares se quitó uno, el de la oreja izquierda.

—¡Por el espacio! ¿Quién eres tú? ¿Cómo diablos te has metido aquí?

Bigman se irguió sacando pechó.

—Me llamo John Bigman Jones; mis amigos me dicen Bigman. Todos los demás me aman señor Jones. Nadie puede llamarme chiquitín y seguir entero y tan fresco. Quiero saber quién de vosotros ha cometido ese error.

El hombre de los auriculares repuso:

—Me llamo Lem Fisk y puedes llamarme como te plazca, siempre que lo hagas en cualquier otro lugar. Vete de aquí o me bajaré, te cogeré de una pierna y te echaré fuera.

El individuo que atendía la calculadora dijo:

—Eh, Lem, éste es el pobre diablo que corría por la pista hace unos minutos. No tiene sentido que perdamos el tiempo con él. Llama a los guardias para que lo echen.

—Tonterías —respondió Lem Fisk—, no necesitamos a los guardias para ocupamos de este tío.

Se quitó los auriculares, reguló el receptor sub-etérico en el punto de señal automática, y luego dijo:

—Bien, hijo, has venido y nos has hecho una pregunta amable de un modo amable. Yo te daré una respuesta amable. Yo te he llamado chiquitín, pero aguarda, no te enfurezcas. Es que ha habido una razón. Mira, tú eres un tipo alto de veras, eres como un trago largo de agua. Y mis amigos se han reído con ganas cuando yo te he dicho chiquitín.

De uno de sus bolsillos Fisk cogió una cigarrera de plástico. En su rostro se dibujaba una sonrisa suave.

—Ven aquí —aulló Bigman, baja y te levantaré el sentido del humor con un par de puñetazos.

—Calma, calma —dijo Fisk, chasqueando la lengua—. Mira, muchacho, coge un cigarrillo. Largos, ¿lo ves? Casi tanto como tú. Me parece que se puede llegar a crear una situación confusa, si lo piensas. Tal vez no podremos decir si tú estás fumando o si el cigarrillo te fuma a ti.

Los otros dos hombres de la Torre se echaron a reír a carcajadas.

Bigman estaba rojo de furia. Las palabras se le atascaban en la lengua:

—¿No quieres pelear?

—Prefiero el tabaco. Es una pena que no me imites. —Fisk se echó hacia atrás y extendió el cigarrillo frente a sus ojos, como si estuviese admirando su longitud y blancura—. Y, además, no puedo permitirme pelear con niños.

Con una amplia sonrisa se llevó el cigarrillo a los labios y se halló con que el cigarrillo ya no estaba.

Su pulgar, índice y medio aún se mantenían separados a la justa medida, pero no había cigarrillo entre ellos.

—¡Cuidado, Lem! —gritó el hombre que se hallaba a cargo de la pantalla de radar—. Tiene una pistola de agujas.

—No es una pistola de agujas —gruñó Bigman—, no es más que un zumbador.

La diferencia era muy importante, pues los proyectiles de un zumbador, aun siendo similares a las agujas, eran frágiles y no explosivos. Se los utilizaba para práctica de tiro al blanco y para algunos juegos. Si una bala de zumbador rozaba la piel humana, no hacía ningún daño serio, aunque escociera como el demonio.

La sonrisa de Fisk desapareció por entero.

Furioso, gritó:

—Cuidado con eso, bobo. Puedes dejar ciego a alguien.

Bigman seguía apuntando. El caño delgado del zumbador asomaba entre los dedos de su mano derecha.

—No te dejaré ciego —repuso—, pero te daré donde no te puedas sentar por un mes. Y como ya has visto, mi puntería no es tan mala. Y en cuanto a ti —se dirigió ahora al individuo que estaba junto a la calculadora—, si te mueves un solo centímetro más hacia la alarma, te meteré una aguja de zumbador en la mano.

—¿Pero qué quieres? —preguntó Fisk.

—Baja y pelea.

—¿Contra el zumbador?

—No, a puño limpio. Pelea limpia. Tus compañeros serán testigos.

—No puedo liarme a golpes con un tipo más pequeño que yo.

—Entonces tampoco tienes derecho a insultarlo. —Bigman alzó el zumbador—. No soy más pequeño que tú. Tal vez por fuera lo parezco, pero por dentro soy tan grande como tú. Tal vez más grande. Contaré hasta tres.

Con un ojo cerrado, hizo puntería.

—¡Galaxia! —juró Fisk—. Ya bajo. Muchachos, vosotros sois testigos: me veo forzado a hacerlo. Trataré de no lastimar demasiado a este tonto.

De un brinco bajó de su asiento. El hombre que atendía la calculadora se hizo cargo del receptor sub-etérico.

Fisk medía más de un metro setenta, o sea que superaba a Bigman por toda una cabeza o tal vez más; junto a él el diminuto marciano parecía un niño, más que un hombre. Pero los músculos de Bigman eran muelles de acero bajo perfecto control; con el rostro inexpresivo aguardó a que el otro se aproximara.

Fisk ni siquiera levantó su guardia; sólo extendió la mano derecha, con la intención de coger a Bigman del cuello y arrojarlo por la puerta aún abierta.

Bigman evitó el brazo de su oponente; su izquierda y su derecha se estrellaron contra el ancho plexo solar del otro en un rápido uno-dos y, casi al mismo tiempo, bailoteó para ponerse fuera del alcance de los puños del otro.

Fisk se puso verde y se sentó con una mano sobre el estómago, entre gruñidos de dolor.

—De pie, muchacho —le dijo Bigman—. Te estoy aguardando.

Los otros dos hombres de la Torre parecían congelados en una total inmovilidad ante la marcha de las cosas.

Con lentitud Fisk se puso en pie. Su rostro estaba congestionado de ira, pero se acercó con precaución.

Bigman se hizo a un lado.

Fisk arremetió. Bigman ya estaba a cinco centímetros del lugar. Fisk arrojó un fuerte golpe de derecha, que fue a dar a un centímetro de la mandíbula de Bigman.

El hombrecito se contoneó como un corcho en una superficie agitada de agua. Ocasionalmente sus brazos detuvieron un golpe.

Fisk, aullando sin coherencia, se precipitó enceguecido contra su rival que, a su lado, parecía un mosquito. Bigman lo esquivó una vez más y su mano abierta abofeteó la mejilla rasurada del otro; el golpe resonó como un disparo, como si un meteoro atravesara las primeras capas de aire denso en torno a un planeta. Roja, la marca de los cuatro dedos se dibujaba sobre la mejilla de Fisk.

Por un instante el operador del receptor sub-etérico permaneció en pie, anonadado. Como una serpiente, Bigman se deslizó hacia adelante y sus puños se estrellaron contra las mandíbulas de Fisk, que se dobló por la mitad.

De pronto Bigman oyó el repiqueteo distante de la alarma general.

Sin demora giró sobre sus talones y se precipitó hacia la puerta. Esquivó con agilidad a un trío de guardias que avanzaba a la carrera por el corredor, ¡y desapareció!

—¿Y por qué aguardas a Bigman? —preguntó Conway.

—Te explicaré cómo veo la situación —repuso Lucky—. Nada hay que necesitemos con mayor urgencia que una información detallada acerca de las actividades de los piratas. Y me refiero a información que provenga de dentro; ya he tratado de infiltrarme y las cosas no se produjeron tal como yo suponía. Ahora soy un hombre marcado, porque ellos me conocen. Pero no conocen a Bigman, y él no tiene conexión oficial con el Consejo. Ahora, si pudiéramos inventar un cargo contra él, la acusación de algún crimen, para que resulte más realista, sabes, Bigman se iría de Ceres en la nave del ermitaño…

—¡Oh, espacio! —gruñó Conway.

—Escúchame, ¿quieres? Irá al asteroide del ermitaño. Si los piratas están allí. ¡Estupendo! Si no están, dejará la nave a la vista y aguardará a que lleguen a la casa del ermitaño. Es un lugar muy cómodo.

—Y cuando ellos lleguen —intervino Henree— lo matarán.

—No lo matarán. Por eso irá en la nave del ermitaño. Querrán saber dónde está Hansen, y ni qué decir de mí, de dónde ha llegado Bigman, cómo se ha apoderado de la nave. Ellos *necesitan* saber todo eso. Y le darán tiempo para que hable.

—¿Y justificar cómo eligió el asteroide de Hansen en medio de todas las rocas de la creación? Para explicar eso sí que le darán un largo tiempo.

—No; eso es muy sencillo. La nave del ermitaño estaba en Ceres,

cosa que es verdad; la he dejado fuera, sin guardia, de modo que él podrá cogerla fácilmente. Hallará las coordenadas espacio-tiempo del asteroide de origen en el libro de bitácora. Para Bigman no se trata sino de un asteroide, no muy alejado de Ceres y tan bueno como cualquier otro, y sólo tendrá que describir una línea recta para ir hasta allí y aguardar a que la conmoción en Ceres se amortigüe.

—Es arriesgado —adujo Conway.

—Bigman lo sabe. Y te lo diré una vez más: *debemos* correr riesgos. La Tierra ha subestimado la amenaza de los piratas tanto…

Lucky se interrumpió, pues la señal luminosa del tubo comunicador centelleó con rápidas alternancias.

Conway, con un movimiento impaciente de la mano, dio paso a la señal del analizador y luego se enfrentó al aparato.

—Está en la longitud de onda del Consejo —dijo— y, por Ceres, es uno de esos revuelos del Consejo.

La diminuta pantalla visora, sobre el tubo comunicador, mostraba la característica señal de ajuste en la que alternaban dibujos de luz y sombra.

De un manojo que cogió de su maletín.

Conway extrajo una pequeña varilla metálica y la introdujo en una hendidura del tubo comunicador. La varilla era un ordenador de cristalita, cuya porción activa consistía en una estructura especial de diminutos cristales de tungsteno encajados en una matriz de aluminio. El aparato tenía la función de filtrar la señal sub-etérica a través de un canal específico. Lentamente Conway ajustó el ordenador moviéndolo hacia fuera y hacia dentro del tubo, hasta tanto se correspondiese con exactitud con un ordenador similar por su naturaleza, pero opuesto por su función, que se hallaba al otro lado de la señal.

El momento del ajuste perfecto fue anunciado por el enfoque total en la pantalla visora.

Lucky se puso en pie.

—¡Bigman! —dijo—. ¿Dónde estás? ¡Por el espacio!

La carita de Bigman les hacía gestos traviesos en la pantalla.

—Pues, precisamente, estoy en el espacio. A ciento ochenta mil kilómetros de Ceres. Estoy en la nave del ermitaño.

Furioso, Conway preguntó con los dientes apretados:

—¿Será ésta otra de tus triquiñuelas? ¿No me has dicho que estaba en Ceres?

—Es que he creído que aquí estaba —respondió Lucky—. ¿Qué ha ocurrido, Bigman?

—Pues tú me has dicho que había que actuar de prisa, de modo que he cogido al toro por los cuernos. Uno de esos tipos de la Torre de Control me estaba dando guerra. Así que le puse la mano encima un poco, y aquí estoy. —Bigman rió con placer—. Habla con los guardias

y pregúntales si no están buscando a un tipo como yo por el cargo de agresión contra uno de la Torre.

—Esto no es lo más brillante de todo lo que podrías haber hecho —observó Lucky con tono grave—. Tendrás más de un problema para convencer a los hombres de los asteroides de que eres capaz de una agresión. No quiero herirte en tus sentimientos, pero se te ve un poco diminuto para eso.

—Pues pondré fuera de combate a unos pocos —respondió Bigman—. Me creerán, pero no es por eso que he llamado.

—Bien, ¿por qué has llamado?

—¿Cómo llegaré hasta el asteroide de este tipo?

Lucky frunció el entrecejo.

—¿Has mirado en el libro de bitácora?

—¡Gran Galaxia! He mirado en todas partes. Hasta bajo el colchón. No hay ningún registro de ninguna clase de coordenadas.

El sentimiento de intranquilidad de Lucky aumentaba.

—Es extraño, y peor que extraño. Mira, a Bigman —habló con voz incisiva, de prisa— iguala la velocidad de Ceres. Dame tus coordenadas con respecto a Ceres ahora mismo y mantenlas así, sea como fuere, hasta que yo te llame. Estás demasiado cerca de Ceres para que los piratas te molesten, pero si te alejaras un poco más, tal vez llegarías a enfrentarte con problemas. ¿Me oyes?

—Sí, te he oído. Déjame calcular mis coordenadas.

Lucky tomó nota y cortó la comunicación.

Con tono preocupado masculló:

—¡Por el espacio! Alguna vez aprenderé **a** *no* dar nada por supuesto.

Henree se mostraba inquieto:

—¿No sería mejor hacer regresar a Bigman? Es un plan muy arriesgado y, ya que no tienes las coordenadas, tendrías que cancelario.

—¿Cancelarlo? —preguntó a su vez Lucky—. ¿Dejar a un lado el único asteroide que conocemos como base pirata? ¿Sabes de algún otro? ¿De uno solo? Debemos hallar ese asteroide. Es nuestra única clave para deshacer el nudo.

—Tiene razón, Gus —intervino Conway—; allí hay una base.

Lucky pulsó una tecla del intercomunicador y aguardó.

La voz de Hansen, soñolienta y alarmada a la vez, respondió:

—¡Hable! ¡Hable!

—Aquí Lucky Starr, señor Hansen. Lamento molestarlo, pero le ruego que baje al despacho del doctor Conway lo más pronto que le sea posible.

Luego de una pausa, la voz del ermitaño respondió:

—Sí, por supuesto, pero no sé el camino.

—El guardia que está a su puerta se lo indicará. Ya mismo me pondré en contacto con él. ¿Puede estar aquí dentro de dos minutos?

—Dos y medio, quizá —dijo Hansen, de buen humor. Ahora su voz sonaba más normal.

—¡Estupendo!

Hansen cumplió su palabra; cuando llegó, Lucky aguardaba; con la puerta aún abierta, interrogó al guardia:

—¿Ha habido algún problema en la base esta tarde? ¿Alguna agresión, tal vez?

El guardia pareció sorprenderse.

—Sí, señor. El individuo agredido, sin embargo, se niega a presentar una acusación. Asegura que fue una pelea limpia.

Lucky cerró la puerta y comentó:

—Es lógico; a cualquier hombre normal le disgustaría despertar en la guardia y admitir que un tipo del tamaño de Bigman lo ha vapuleado. Luego me comunicaré con las autoridades y haré que el cargo quede registrado por escrito, de todos modos; para el archivo…

Señor Hansen.

—Sí, señor Starr.

—Debo preguntarle algo y no he querido que la respuesta quedase flotando en el sistema de intercomunicación. Dígame, por favor, cuáles son las coordenadas de su asteroide. Las de espacio y las de tiempo, por supuesto.

Los ojos azules de Hansen, fijos y redondos, arrojaron una mirada perpleja sobre Lucky en aquellos mismos momentos.

—Pues bien, tal vez les resulte difícil creerlo, pero, de verdad, no podría decírselo a ustedes.

9. EL ASTEROIDE INEXISTENTE

Los ojos de Lucky horadaron el rostro de su interlocutor.

—Es difícil creerlo, señor Hansen. Yo pensaba que usted sabría sus coordenadas tan bien como un habitante de nuestro planeta sabe las señas de su casa.

El ermitaño se miró las puntas de los pies y luego, suavemente, asintió:

—Sí, creo que es así. Y ésas son las señas de mi casa. Sin embargo, las desconozco.

Conway intervino:

—Si este hombre, en forma deliberada…

—Un momento —interrumpió Lucky—. Seamos pacientes. El señor Hansen podrá darnos alguna explicación.

Todos estaban pendientes del ermitaño.

Las coordenadas de los distintos cuerpos en la Galaxia constituyen la corriente sanguínea de los viajes espaciales. Cumplen la misma función que las líneas de latitud y longitud en la superficie bidimensional de un planeta. Pero el espacio es tridimensional y, ya que en él los cuerpos se mueven en todo sentido, las coordenadas necesarias son muy complejas.

Básicamente hay una posición inicial común a la que se denomina posición cero. En el caso del Sistema Solar, la posición del Sol es la posición cero. A partir de este punto de partida, se necesitan tres números. El primero representa la distancia de un objeto o una posición hasta el Sol. El segundo y tercer número son dos mediciones angulares que indican la posición del objeto con referencia a una línea imaginaria que conecta el Sol con el centro de la Galaxia. Si se conocen tres series de estas coordenadas, correspondientes a tres momentos distintos y separados en el tiempo, la órbita de un cuerpo puede ser calculada y conocer así su posición relativa al Sol en cualquier momento dado.

Las naves espaciales pueden calcular sus propias coordenadas con respecto del Sol o, si fuese más conveniente, con respecto del más cercano de los cuerpos mayores, cualquiera que sea. En las Líneas Lunares, cuyas naves hacían la trayectoria entre la Tierra y la Luna, la Tierra constituía el «punto cero». Las coordenadas propias del Sol se calculaban con respecto del centro de la Galaxia y con respecto del meridiano galáctico principal, pero esto sólo era importante en los viajes interestelares.

Algunas de estas ideas atravesaron la mente del ermitaño mientras permanecía bajo la mirada atenta de los tres consejeros. Era complicado explicarlo. Sin embargo, de pronto, Hansen dijo:

—Sí, puedo explicarlo.

—Estamos aguardando —puntualizó Lucky.

—Jamás en quince años tuve necesidad de utilizar las coordenadas. En los dos últimos años no abandoné mi asteroide ni siquiera por unas horas; antes de ello, todos los viajes que he hecho, uno o dos por año, fueron breves: a Ceres o a Vesta, para comprar provisiones o algún recambio. Cuando lo hacía, utilizaba coordenadas locales, calculadas siempre en el momento. Nunca organicé una tabla general porque nunca tuve necesidad de hacerlo.

»Sólo me alejaba por un día o dos, tres a lo sumo, y mi roca no iría a dar muy lejos en ese lapso, porque se traslada con la corriente de asteroides, un poco más lentamente que Ceres o Vesta cuando está lejos del Sol y un poco más deprisa cuando está más cercano. Cuando me dirigía hacia la posición que había calculado, mi roca podía haberse deslizado quince o hasta ciento cincuenta mil kilómetros con respecto de su posición anterior, pero siempre estaba al alcance del telescopio de la nave. Por tanto, siempre me era posible ajustar mi trayectoria a simple vista. Jamás utilicé las coordenadas solares comunes porque nunca tuve necesidad de hacerlo, y eso es todo.

—Lo que usted está diciendo —resumió Lucky— es que no puede regresar a su roca ahora. ¿O ha calculado las coordenadas locales antes de partir?

—Ni siquiera pensé en ello —dijo el ermitaño, con tono apesadumbrado— Mi último viaje fue hace dos años y no he puesto atención en el hecho hasta el instante en que usted me ha llamado aquí.

El doctor Henree intervino:

—Un momento. Un momento. —Había encendido una nueva pipa y la chupaba con fuerza—. Tal vez esté equivocado, señor Hansen, pero cuando usted tomó posesión del asteroide, debió haber presentado papeles a la Oficina Terrestre del Mundo exterior, ¿no es verdad?

—Sí —respondió Hansen—, pero era sólo una formalidad.

—Puede ser. No discuto ese punto. Pero aún así las coordinadas de su asteroide deben estar registradas allí. Hansen pensó durante algunos segundos y luego negó, sacudiendo la cabeza.

—Me temo que no, doctor Henree. Sólo asentaron la coordenada-tipo para el primero de enero de ese año. Era para identificar el asteroide, con un número de código, en caso de litigio de posesión. No se preocupaban más que por eso y no es posible trazar una órbita con una sola serie de coordenadas.

—Pero usted mismo debe de haber obtenido valores orbitales. Lucky nos ha dicho que en un principio usted utilizó al asteroide como lugar de vacaciones. De modo que usted debía saber cómo hallarlo

año tras año.

—Eso era quince años atrás, doctor Henree. Y *obtuve* entonces los valores, sí. Y esas cifras están en algún libro de anotaciones en el asteroide, pero no las he memorizado.

Los ojos oscuros de Lucky estaban cubiertos por una nube de preocupación; luego de una pausa, el joven dijo:

—Esto es todo, por ahora, señor Hansen. El guardia le acompañará hasta su habitación y le llamaremos luego, si es necesario. Mister Hansen —agregó mientras el ermitaño se ponía de pie—, si recuerda algo acerca de las coordenadas, háganoslo saber.

—Así lo haré, señor Starr —repuso Hansen con tono grave.

Nuevamente quedaron solos los tres consejeros. La mano de Lucky pulsó un control del tubo comunicador.

—Active la transmisión —pidió.

La voz del operador de la Central de Comunicaciones le respondió:

—¿El mensaje anterior era para usted, señor? No me fue posible cortar la comunicación, de modo que…

—Está bien; transmisión, por favor.

Lucky ajustó el ordenador y utilizó las coordenadas de Bigman como punto cero en la onda sub-etérica.

—Bigman —dijo, en cuanto apareció su rostro en la pantalla—, abre el diario de navegación nuevamente.

—¿Tienes las coordenadas, Lucky?

—Aún no. ¿Has abierto el diario?

—Sí.

—¿Ves un trozo de papel suelto, lleno de anotaciones y cálculos?

—Aguarda. Sí. Aquí está.

—Ponlo frente a tu transmisor. Necesito verlo.

Lucky cogió un folio y copió las cifras.

—Está bien, Bigman, quítalo de la pantalla. Oye ahora, quédate donde estás, ¿comprendes? Quédate donde estás, ocurra lo que ocurra, hasta que yo vuelva a llamarte. Cortaré la transmisión. Fuera.

El joven se volvió hacia Conway y Henree y explicó:

—Desde la roca del ermitaño hasta Ceres hice mi trayectoria a ojo. Corregí la trayectoria tres o cuatro veces, utilizando el telescopio de la nave y los nonios de observación y medición. Esos son mis cálculos.

Conway asintió con la cabeza:

—Supongo que ahora te propones hacer los cálculos en orden inverso para hallar las coordenadas de la roca.

—Es una tarea bastante simple, sobre todo si disponemos del Observatorio de Ceres.

Conway se puso de pie, pesadamente.

—No puedo menos que pensar que has puesto demasiadas esperanzas en esto, pero nos dejaremos llevar por tu instinto por ahora. Vayamos al Observatorio.

Pasillos y ascensores los acercaron a la superficie de Ceres, mil metros por encima de las oficinas del Consejo de Ciencias, en las entrañas del asteroide. El ambiente era frío, ya que el Observatorio trataba por todos los medios posibles de mantener una temperatura constante y tan cercana a la de la superficie como el cuerpo humano pudiese soportar.

Con gran lentitud y cuidado un joven matemático iba desenmarañando los cálculos de Lucky, alimentaba con ellos el computador y controlaba las operaciones.

En una silla muy incómoda, el doctor Henree acurrucaba su cuerpo delgado; parecía buscar un poco de calor en su pipa a la que mantenía casi cubierta entre sus largos dedos; de pronto, en medio de la tensa espera, el científico murmuró:

—Tengamos la esperanza de que todo esto conduzca a algo positivo.

—Así tendrá que ser —respondió Lucky.

El joven estaba sentado, con los ojos fijos y pensativos, abarcando en una mirada indefinida la pared opuesta.

—Oye, tío Héctor, hace unos minutos has hablado de mi «instinto». Pero ya no se trata de instinto; ya no. Esta carrera de la piratería hoy es bien distinta de la que hubo veinticinco años atrás.

—Sus naves espaciales son más difíciles de detener, si te refieres a eso —respondió Conway.

—Sí, ¿pero no es muy extraño que sus correrías estén limitadas al cinturón de asteroides?

—Son prudentes. Veinticinco años atrás, cuando sus naves espaciales recorrían toda la trayectoria hasta Venus, nos vimos forzados a montar una ofensiva y atacarlos de frente. Ahora se han instalado en los asteroides y el gobierno no se decide a adoptar medidas demasiado costosas.

—Hasta ahí todo es lógico —comentó Lucky—, pero ¿cómo obtienen lo necesario para mantener su organización? Siempre se ha dicho que los piratas no hacen sus incursiones por el puro placer de hacerlas, sino para coger naves, alimentos, agua, recambios, todo tipo de abastecimiento. Ahora se diría que más que nunca esto les es imprescindible. El capitán Antón se jactó ante mí de sus cientos de naves y miles de mundos. Bien podría haber sido una mentira para impresionarme, pero no dudó en disponer del tiempo necesario para el duelo de pistolas impelentes, deslizándose abiertamente por el espacio durante horas, como si no tuviera temor alguno de una interferencia gubernamental. Y, además, Hansen dijo que los piratas se han

apropiado de distintos asteroides de ermitaños como lugares de aterrizaje. Hay cientos de rocas pertenecientes a ermitaños. Si los piratas mantienen tratos con ellos, ya sean todos o sólo una parte, también esto significa la existencia de una importante organización.

»Ahora bien, ¿de dónde obtienen alimentos para mantener tan amplia organización, si al mismo tiempo hacen menos incursiones que las que llevaban a cabo veinticinco años atrás? El pirata Martín Maniu, un tripulante, me habló de mujeres y familias. Me dijo que había trabajado en los tanques. Tal vez ha trabajado en el cultivo de la levadura. Hansen tenía comida de levadura en su asteroide y no era levadura de Venus. *Yo sé* cuál es el gusto de la levadura de Venus.

»Hagamos una síntesis de todo: los piratas cultivan sus propios alimentos en pequeños huertos de levadura, distribuidos entre las cavernas de los asteroides. Pueden obtener bióxido de carbono directamente de las rocas calizas y agua y oxígeno extra de los satélites jupiterianos. Maquinaria y generadores pueden ser importados desde Sirio o bien los cogerán en algún atraco. Y sus incursiones también les dan la posibilidad de reclutar más gente, tanto hombres como mujeres.

»Y la conclusión de este cuadro es que Sirio está organizando un gobierno independiente contra nosotros. Utiliza el descontento de muchas personas para construir una sociedad tan diseminada en el espacio, que será difícil o imposible hacerla desaparecer, si aguardamos demasiado tiempo.

»Los jefes, como el capitán Antón, están, sobre todo detrás del poder, y de buena gana entregarán a Sirio la mitad del Imperio Terrestre, si logran quedarse con la otra mitad para sí mismos.

Conway sacudió la cabeza:

—Es una estructura tremenda para la pequeña base objetiva que tienes. Me parece dudoso que logremos convencer al gobierno. Y ya sabes que el Consejo de Ciencias puede actuar por sí mismo sólo hasta cierto punto. Nosotros no poseemos una escuadra propia, desgraciadamente.

—*Lo sé* y por esto, justamente, necesitamos más información. Si pudiéramos, mientras aún hay tiempo, hallar sus bases más importantes, capturar a sus jefes, exponer la existencia de conexiones con Sirio…

—¿Sí?

—Pues creo que se podría neutralizar el movimiento. Creo con firmeza que el hombre medio de los asteroides, para utilizar la denominación que ellos se adjudican a sí mismos, no tiene idea de que está convertido en un títere de Sirio; tal vez ese hombre medio puede tener quejas contra la Tierra. Quizá piense que se le abren posibilidades nuevas, que no se le ha permitido desempeñar una tarea

adecuada ni lograr un ascenso, que no tenía las condiciones de vida que se ha merecido. También puede haberse sentido interesado por saber cómo era esa vida a la que ve más colorida; Todo esto es posible. Pero hay mucha distancia desde aquí a decidirse por el partido del peor enemigo de la Tierra. Cuando comprenda que sus jefes lo han inducido a hacer esto, la amenaza pirata podrá desaparecer.

Lucky se detuvo en su vehemente reflexión en voz alta al ver que el matemático se acercaba, con una ficha transparente en la mano, impresa con los signos del código del computador.

—Oye —dijo—, ¿estás seguro de que las cifras que me has dado son correctas?

—Estoy seguro. ¿Por qué? —preguntó entonces Lucky.

El joven sacudió la cabeza.

—Hay algo mal aquí. Las coordenadas finales sitúan tu asteroide en las zonas prohibidas. Y allí no es posible que haya muchos asteroides, aun considerando el movimiento lógico. O sea que no puede ser.

Las cejas de Lucky se alzaron en un gesto de perplejidad. El técnico tenía razón en cuanto a las zonas prohibidas. Allí no había asteroides; esas zonas constituían porciones del cinturón asteroidal en las que, de existir, los asteroides tendrían órbitas en torno al Sol cuya duración sería una fracción exacta del período de doce años que dura la revolución de Júpiter. Esto significa que, con intervalos constantes y regulares de pocos años, el asteroide y el planeta se aproximarían en el mismo lugar del espacio. El repetido arrastre gravitacional de Júpiter, lentamente, liberó la zona de asteroides: en los dos mil millones de años transcurridos desde que los planetas se habían formado, Júpiter expulsó a todos los asteroides fuera de las zonas prohibidas.

—¿Estás seguro de que tus cálculos son correctos? —preguntó Lucky.

El matemático hizo un gesto que parecía significar «yo conozco mi oficio». Pero en voz alta ofreció:

—Lo podemos comprobar a través del telescopio. El de veinticinco metros está en servicio. Pero, de todos modos, no es adecuado para el trabajo a corta distancia. Utilizaremos uno de los pequeños. Ven conmigo, por favor.

El Observatorio en sí era casi un santuario, y los distintos telescopios, los altares. Los hombres estaban absortos en sus tareas y no se distrajeron de ellas para observar al técnico y a los tres hombres del Consejo, cuando éstos llegaron.

El joven matemático se encaminó hacia una de las alas en que estaba dividido el enorme salón.

—Charlie —dijo a un joven prematuramente lisiado—, ¿puedes poner en acción al «Berta»…?

—¿Para qué? —Charlie levantó la vista de una serie de fotografías de estrellas que había estado observando.

—Quiero examinar el lugar determinado por estas coordenadas — y le tendió las fichas del computador.

Charlie examinó las fichas y frunció el entrecejo:

—¿Para qué? Eso es parte de la zona prohibida.

—De todos modos, ¿podrías enfocar el punto? —preguntó el matemático—. Es un asunto del Consejo de Ciencias.

—¡Oh! Sí, por supuesto. —De pronto su actitud era mucho más complaciente—. Llevará unos pocos minutos.

Oprimió un interruptor y un diafragma flexible emergió de la parte superior del cubículo, cerrado en tomo al tubo del «Berta», telescopio de tres metros, que se utilizaba para observación a corta distancia. El diafragma estaba sellado al vacío y por encima de él, Lucky pudo advertir que el orificio de superficie giraba con suavidad. El amplio ojo del «Berta» se deslizó hacia arriba, con el diafragma suspendido de él, y quedó expuesto a la magnificencia del firmamento.

—Por lo común —explicó Charlie utilizamos al «Berta» para obtener fotografías. La rotación de Ceres es demasiado veloz para observaciones ópticas adecuadas. El punto que ustedes quieren enfocar está sobre el horizonte, lo cual es favorable.

Tomó asiento cerca del visor y manejó el tubo del telescopio como si fuera la trompa flexible de un gigantesco elefante. El telescopio describió un ángulo y el joven astrónomo fijó en posición; con gran cuidado ajustó el foco.

Bajó de su butaca y luego descendió por los escalones de una escalera que bordeaba la pared. Al toque de sus dedos, una placa, debajo del telescopio, se deslizó hacia un costado y dejó visible un pozo de negrura. En una serie de espejos y lentes se enfocaba y ampliaba la imagen captada por el telescopio.

Sólo negrura. Charlie dijo:

—Aquí está. —Utilizó una pequeña vara para señalar—. Ese punto diminuto es Metis, que es una roca bien grande. Tiene unos cuarenta kilómetros de diámetro, pero está a millones de kilómetros de distancia. Aquí hay unos pocos puntos más, dentro del millón y medio de kilómetros con respecto del punto en que ustedes se interesan, pero están a un lado, fuera de la zona prohibida. Ya he filtrado mediante polarización la imagen de las estrellas; de lo contrario no veríamos nada.

—Gracias —dijo Lucky. Se sentía anonadado.

—A ustedes. Ha sido un placer.

Ya se hallaban en el ascensor, descendiendo hacia las oficinas del

Consejo, cuando Lucky habló. Con voz apenas audible susurró:

—No puede ser.

—¿Por qué no? —inquirió Henree—. Tus cifras eran equivocadas.

—¿Pero cómo es posible? Con ellas he llegado a Ceres.

—Tal vez hayas pensado en una cifra y luego hayas anotado otra, por error, y luego harás hecho una corrección a ojo y te has olvidado de corregir en el papel.

—No —Lucky sacudió la cabeza—, no puede ser que haya hecho tal cosa. No he… Espera. *¡Gran Galaxia!* —con expresión airada miró a sus acompañantes.

—¿Qué ocurre, Lucky?

—¡Es lógico! ¡Por el espacio! Es perfecto. Oíd, me he equivocado. Ya no hay tiempo; es terriblemente tarde. Tal vez sea demasiado tarde. Creo que he vuelto a subestimarlos.

El ascensor se detuvo; las puertas se abrieron y Lucky, casi de un brinco, se halló fuera.

Conway se precipitó tras él, le cogió del brazo y le hizo girar.

—¿De qué hablas?

—Saldré al espacio. Ni penséis en detenerme. Y si no regreso, por el amor de la Tierra, *forzad* al gobierno a iniciar preparativos bélicos importantes. De otro modo los piratas podrán controlar todo el Sistema en el término de un año. Quizá antes.

—¿Por qué? —inquirió Conway con tono violento—. Porque tú no has podido hallar un asteroide.

—Exactamente —fue la respuesta de Lucky en aquel mismo momento.

10. EL ASTEROIDE EXISTENTE

Bigman había llevado a Conway y a Henree a Ceres en la nave espacial de Lucky, la *Shooting Starr, y* Lucky sintió alivio al saberlo. Le sería posible salir al espacio en su propia nave, sentirla bajo sus pies, dirigir los controles con sus manos.

Shooting Starr era una nave para dos personas, construida unos meses atrás, luego de los sucesos en Marte y de la intervención de Lucky en la solución del problema. La apariencia de la nave era tan engañosa como le había sido posible hacerla a la ciencia moderna. Tenía el aspecto de un yate espacial por sus líneas graciosas y su longitud era doble de la longitud de la diminuta nave de Hansen.

Cualquier viajero del espacio, al cruzarse con la *Shooting Starr,* pensaría que se trataba de algo similar a un capricho de hombre rico, veloz quizá, pero de exterior débil, poco resistente a los choques fuertes. Por cierto que nadie la habría considerado el tipo de nave adecuada para penetrar en el peligroso espacio del cinturón de asteroides.

Sin embargo, una observación del interior de la nave bien podía hacer cambiar algunas de estas ideas. Los motores hiper-atómicos centelleantes eran iguales a los de cruceros espaciales blindados diez veces más pesados que la *Shooting Starr.* Sus reservas de energía eran tremendas y la capacidad de su escudo histerético era suficiente para detener el proyectil de mayor calibre que se pudiera enviar desde cualquier nave espacial de guerra. Ofensivamente su masa limitada le impedía un alto nivel de eficacia, pero en condiciones de igualdad de peso, podía abatir a cualquier nave.

No era extraño, pues, que Bigman ejecutara unas cabriolas de puro placer luego de atravesar la cámara de aire y quitarse el traje espacial.

—¡Por el espacio! —dijo el hombrecito—, me siento muy complacido de haber abandonado esa tina. ¿Qué haremos con ella?

—Pediré que envíen una nave desde Ceres para que la lleven a remolque hasta el asteroide.

Ceres estaba a espalda de ellos, a cientos de miles de kilómetros. En ese momento su diámetro parecía la mitad del que muestra la Luna vista desde la Tierra.

Bigman, lleno de curiosidad, preguntó:

—¿Por qué me has metido en esto, Lucky? ¿Por qué ha habido este cambio repentino de planes? Según lo que habíamos hablado, yo iría solo a ese lugar.

—No hay coordenadas para enviarte allá —dijo Lucky preocupado.

En pocas palabras le relató lo sucedido en esas pocas horas. Bigman silbó en señal de asombro:

—¿Y hacia dónde iremos, pues?

—No estoy seguro —dijo Lucky—, pero comenzaremos por el lugar en que ahora tendría que hallarse la roca del ermitaño. —Luego de estudiar los cuadrantes de los instrumentos de medición añadió—: Y lo haremos a toda velocidad.

Y fue a *toda* velocidad. La aceleración en la *Shooting Starr* aumentaba junto con la velocidad. Bigman y Lucky estaban sujetos a sus sillones acolchados dia-magnéticamente y la presión creciente se distribuía de modo uniforme sobre toda la superficie de sus cuerpos.

La concentración de oxígeno en la cabina iba aumentando gracias a los controles del purificador de aire, sensible a la aceleración, y permitía aspiraciones más profundas sin el peligro del desgaste total del oxígeno. Los aparejos que ambos llevaban puestos eran livianos y no entorpecían sus movimientos; bajo las condiciones de creciente velocidad, esas ataduras entraban en tensión y protegían los huesos, en especial la columna vertebral, de cualquier fractura. Una malla especial de nylon, a modo de cinturón, les protegía el abdomen, para evitar lesiones internas.

En todos los aspectos, los accesorios de la cabina habían sido diseñados por los expertos del Consejo de Ciencias para permitir a la *Shooting Starr* una aceleración que superara en un veinte y hasta en un treinta por ciento la que podían obtener las más avanzadas naves espaciales de la armada oficial.

Así y todo, en este caso, la aceleración había sido sólo la mitad de lo elevada que podía ser.

Cuando la velocidad se estabilizó, la *Shooting Starr* estaba a ocho millones de kilómetros de Ceres y, si Lucky y Bigman hubiesen experimentado alguna curiosidad por mirar el asteroide, lo habrían visto convertido, en apariencia, en un simple punto de luz, más borroso que muchas estrellas.

—Oye, Lucky —dijo Bigman— hace días que quiero preguntarte algo. ¿Tienes tu escudo de luz?

Lucky asintió y Bigman hizo un gesto de alivio.

—Y dime, grandísimo bruto, ¿por qué no lo has llevado cuando has ido a la caza de los piratas?

—Lo llevaba conmigo —respondió Lucky, calmoso—. Lo he llevado conmigo desde el día en que los marcianos me lo entregaron.

Como Lucky y Bigman sabían, pero nadie más en toda la Galaxia, los marcianos a los que el joven consejero se refería no eran los horticultores y habitantes humanos de Marte, sino una raza de criaturas inmateriales, descendientes directos de las antiguas inteligencias que una vez habitaron la superficie de Marte en tiempos

en que el planeta no había perdido aún su oxígeno y su agua. Luego de excavar inmensas cavernas bajo la superficie de Marte, destruyendo kilómetros y kilómetros cúbicos de roca, convirtiendo la materia así destruida en energía y almacenando esa energía para su utilización futura, vivían ahora en un aislamiento total y confortable. Y ya que habían abandonado sus cuerpos materiales y vivían como pura energía, su existencia ni siquiera era sospechada por la humanidad.

Sólo Lucky Starr había penetrado en sus dominios y como recuerdo de ese viaje fantástico había obtenido lo que Bigman denominaba el «escudo de luz».

La turbación del hombrecito era muy evidente.

—¿Y si lo tenías contigo, por qué no lo has utilizado? ¿Qué tienes en la cabeza?

—No sabes muy bien qué es el escudo, Bigman. No puede hacerlo todo. No puede darme de comer ni enjugarme los labios cuando lo llevo.

—Ya he visto yo qué puede hacer. Y es mucho.

—Así es, en cierto modo. Es capaz de absorber cualquier tipo de energía.

—Como la energía de un proyectil desintegrador, ¿es cierto?

—Sí, admito que he sido inmune a los disparos de desintegrador. El escudo puede absorber energía potencial, también, si la masa de un cuerpo no es demasiado grande ni demasiado pequeña. Por ejemplo: un cuchillo o un proyectil común no pueden atravesarlo, aunque el proyectil podría hacerme también caer. Un mazo de grandes dimensiones podría hacer sentir su fuerza a través del escudo, sin embargo, y su impulso podría llegar a dañarme. Y más aún: las moléculas de aire pueden atravesar el escudo con facilidad, porque son demasiado pequeñas para ser detenidas. Y te explico todo esto porque quiero que comprendas que si yo hubiese llevado el escudo y Dingo hubiera roto el visor de mi casco, cuando estábamos luchando en el espacio, yo habría muerto, de cualquier modo. El escudo no habría impedido que el aire de mi traje se colara hacia fuera en una milésima de segundo.

—Si lo hubieras llevado desde el primer momento, Lucky, no habrías tenido ningún inconveniente. ¿Recuerdas lo que sucedió en Marte? —Bigman ahogó una risita aguda—. Brillaba alrededor de tu cuerpo, como el humo, sólo que luminoso, y se te veía como entre una bruma. Y no se te distinguía la cara, que parecía una mancha de luz blanca.

—Sí —dijo Lucky, secamente—. Y a éstos los asustaría. Querían quitarme de en medio con sus desintegradores y ni siquiera me herirían. Entonces, habrían salido del *Atlas y* desde veinte kilómetros habrían destrozado la nave. Y yo sería una piedra muerta a estas

horas. No olvides que el escudo es sólo un escudo. No me otorga poderes ofensivos, de ninguna manera.

—¿Y no piensas llevarlo nunca más? —preguntó Bigman.

—Cuando sea necesario. No antes. Si lo utilizo demasiado a menudo, se perderá el efecto. Se conocerían sus puntos débiles y yo me convertiría en el blanco de cualquiera que se me enfrente.

Lucky observó el instrumental de medición. Con serenidad advirtió:

—Preparado para una nueva aceleración.

—¡Eh! —exclamó Bigman.

Luego, cuando se sintió oprimido contra su asiento, cuando tuvo que luchar para mantener su respiración, ya no le fue posible decir nada más. Una luminosidad rojiza cubría sus ojos y sintió que la piel se le estiraba hacia atrás, como si intentara abandonar sus huesos.

Esta vez la *Shooting Starr* llevó su aceleración al máximo, durante quince minutos.

Hacia el final, Bigman apenas estaba consciente. Luego, cuando el período de aceleración terminó, la vida volvió a latir en ambos.

Lucky sacudía la cabeza y respiraba en forma entrecortada. Bigman le dijo:

—¡Eh! No es nada divertido.

—Lo sé —convino Lucky.

—¿Y qué ocurre? ¿No teníamos bastante velocidad?

—No la suficiente. Pero ya está bien. Nos los hemos quitado de encima.

—¿Quitado a quién?

—A quienes nos seguían. Alguien nos ha seguido, Bigman, desde el instante en que has puesto un pie en la *Shooting Starr*. Mira el ergómetro.

Bigman echó una mirada al aparato. El ergómetro se parecía al del *Atlas* sólo por el nombre; en esa nave, el ergómetro era un modelo primitivo, diseñado para registrar radiaciones de otro motor con la finalidad de liberar los cohetes salvavidas. Ese era su único objetivo. El ergómetro de la *Shooting Starr* podía registrar el esquema de radiación de motores hiper-atómicos en naves no mayores que un cohete salvavidas normal, y a distancias de más de tres millones de kilómetros.

Aun en ese mismo instante la línea negra en el folio cuadriculado indicaba una débil pero periódica variación.

—Eso no es nada —comentó Bigman.

—Lo era, hace unos momentos. Míralo tú mismo —Lucky desenrolló el cilindro de papel ya impreso por la aguja; las oscilaciones de la línea se veían más pronunciadas, y su origen era inequívoco—. ¿Lo ves, Bigman?

—Pudo haber sido cualquier nave espacial. Pudo haber sido una nave de carga de Ceres.

—No. Por una sola razón: ha intentado seguimos y, hasta cierto punto, lo ha logrado, lo cual significa que tiene un ergómetro excelente. Además, ¿has visto alguna vez un esquema de radiación similar a éste?

—No, Lucky, no exactamente igual a éste.

—En cambio yo sí lo he visto: el de la nave que abordó al *Atlas.* Este ergómetro realiza un análisis mucho más completo de la radiación, pero la semejanza es definitiva. El motor de la nave que nos ha seguido era de diseño sirio.

—O sea que era la nave de Antón.

—U otra similar. En este caso no es importante. De todos modos, los hemos dejado atrás.

—En este momento —dijo Lucky— estamos en el preciso punto en que tendría que hallarse la roca del ermitaño; o, al menos, dentro de un radio de unos cuarenta mil kilómetros.

—Pues aquí no veo nada —comentó Bigman.

—Así es, no hay nada. El registro de gravedad no indica la cercanía de ninguna masa asteroidal. Estamos dentro de lo que los astrónomos denominan la zona prohibida.

—Aja —asintió Bigman prudentemente—, ya veo.

Lucky sonrió: no había nada que ver. Una zona prohibida en el cinturón asteroidal no se veía muy distinta de una parte del cinturón que estuviese sembrada de rocas, al menos a la observación directa, sin instrumental óptico. A menos que un asteroide se hallara a una distancia cercana a los ciento ochenta kilómetros, la vista de conjunto era la misma.

Estrellas o cuerpos que semejaban estrellas cubrían el firmamento; no era posible asegurar cuáles de ellos eran asteroides y no estrellas, a menos que se hiciese una observación muy prolongada, para ver qué presuntas «estrellas» variaban su posición relativa, o a menos que se utilizara un telescopio.

Bigman inquirió:

—Bien, ¿qué haremos?

—Observar las cercanías. Y esto tal vez nos llevará un par de días.

La trayectoria de la *Shooting Starr se* tornó errática; la nave se dirigió hacia la región exterior del Sistema Solar, abandonando la zona prohibida en dirección a las agrupaciones más cercanas de asteroides. El registro de fuerza de gravedad mostró, con el salto de sus agujas, la aproximación a masas aún distantes.

Uno detrás de otro, los pequeños cuerpos se deslizaron por la pantalla visora, permanecieron en ella mientras su capacidad de movimiento lo permitía y luego desaparecieron.

La velocidad de la *Shooting Starr* había disminuido hasta convertirse en un relativo deslizamiento, pero aun así los kilómetros recorridos superaban los cientos de miles y alcanzaban los millones. Transcurrieron varias horas; una docena de asteroides apareció y quedó atrás.

—Será mejor que comas —dijo Bigman.

Pero Lucky se contentó con un bocadillo y unos sorbos de agua mientras él y Bigman se alternaban para observar la pantalla visora, el registro de gravedad y el ergómetro.

De pronto, a la vista de un asteroide, Lucky dijo con voz tensa:

—Ahora descenderé.

Bigman, sorprendido, preguntó:

—¿Es ése el asteroide? —advirtió sus angulosidades—. ¿Lo has reconocido?

—Creo que sí, Bigman. Sea como fuere, tenemos que investigarlo.

Media hora más tarde, Lucky había conducido la nave hasta la zona sombreada del asteroide.

—Mantente aquí —ordenó Lucky—. Uno de los dos debe quedarse en la nave y tú eres el indicado. No lo olvides: no es imposible detectar la presencia de la nave, pero si te mantienes en la sombra, con las luces apagadas y los motores al mínimo, será muy difícil para ellos localizarte. Según el registro actual del ergómetro, ahora no hay ninguna nave en las cercanías. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo!

—Lo que debes recordar como cosa principal es esto: no vayas en mi busca por ninguna razón; cuando yo haya cumplido mi objetivo vendré hacia aquí. Si no regreso dentro de doce horas y tampoco he llamado durante ese tiempo irás a Ceres con un informe, después de tomar fotografías de este asteroide desde todos los ángulos posibles.

La expresión del rostro de Bigman denotaba claramente hosquedad y obstinación:

—¡No!

—Aquí está el informe —dijo Lucky con voz inalterable, a la vez que cogía de un bolsillo interno una cápsula personal—. Esta cápsula está especialmente sellada para el doctor Conway. Él es el único que puede abrirla, y debe tener esta información en su poder, prescindiendo de lo que pueda ocurrirme a mí, ¿comprendes?

—¿Qué hay dentro? —preguntó Bigman, sin tender la mano para cogerla.

—Sólo teorías, me temo. No he hablado de ellas con nadie, porque quería venir aquí, reunir pruebas y regresar con hechos. Si no lo logro, al menos las teorías irán de regreso. Tal vez Conway crea en ellas y pueda forzar al gobierno a que actúe según ellas.

—No lo haré —protestó Bigman—. No te abandonaré.

—Bigman: si no puedo confiar en que tú harás lo que corresponde, más allá de lo que nos ocurra a ti y a mí, tampoco podré confiar en ti luego, si regreso sano y salvo.

Bigman tendió su mano y la cápsula quedó sobre su palma.

—Está bien —dijo el hombrecito.

Lucky se deslizó a través del vacío hacia la superficie del asteroide, ayudándose con las pistolas impelentes de su traje espacial. Sabía que el asteroide tenía un tamaño aproximadamente igual al del ermitaño, que la forma era similar a la que él recordaba, que su superficie era escarpada e irregular y, a la luz del Sol, su color era el mismo, poco más o menos. Pero todo esto, sin embargo, podría ajustarse a la descripción de cualquier asteroide.

Pero había otro elemento. Y era el único que no debía repetirse en muchos casos más.

De un pequeño saco, suspendido de su cintura, extrajo un instrumento diminuto, similar a un compás: en realidad se trataba de una unidad de radar de bolsillo. Su fuente blindada de emisión podía poner en el aire ondas cortas de casi cualquier frecuencia. Algunas octavas podían ser parcialmente reflejadas por la roca y parcialmente transmitidas a distancias razonables.

Frente a un estrato rocoso sólido, la reflexión de las radiaciones activaba una aguja dentro de un cuadrante. Frente a un cuerpo rocoso no totalmente sólido, por ejemplo, una superficie bajo la cual se hallara una cavidad o un agujero, parte de la radiación era reflejada en forma directa, en tanto que otra porción penetraba en el hueco y era reflejada por la pared más lejana. De este modo se producía una doble reflexión, uno de cuyos componentes era más débil que el otro. De acuerdo con esa doble reflexión, la aguja vibraba con un movimiento doble característico.

Lucky observó el instrumento al moverse con libertad por entre los picos rocosos. Suavemente, la aguja vibraba con dos movimientos distintos: primero el más débil, luego el de mayor intensidad. El corazón de Lucky latía con fuerza. El asteroide era hueco. Si hallaba el lugar en que los movimientos subsidiarios fuesen más intensos, estaría en el lugar en que el agujero era más cercano a la superficie: la compuerta de aire.

Por unos minutos todas las facultades de Lucky se concentraron en la aguja. El joven no advirtió el cable magnético que serpenteaba hacia él desde el horizonte cercano.

Y no lo advirtió hasta que estuvo prisionero en él, espiral tras espiral, en ajustado lazo que lo elevó de la superficie del asteroide y luego lo depositó en lo hondo de la roca, como un cuerpo sin peso, totalmente indefenso.

11. FRENTE A FRENTE

Tres luces surgieron en el horizonte y avanzaron hacia el cuerpo yaciente de Lucky. En la oscuridad de la noche asteroidal era imposible ver las figuras que acompañaban a esas luces.

Luego, una voz resonó en sus oídos, y era la voz ronca e inconfundible del pirata Dingo, diciendo:

—No llames a tu compinche allá arriba. Aquí tengo un aparato que puede detectar tu onda de transmisión. Si lo intentas, te taladraré el traje inmediatamente, chivato.

Su última palabra fue casi escupida; era el término despectivo con que todos los malhechores se referían a quienes consideraban espías de las instituciones oficiales.

Lucky guardó silencio. Desde el preciso instante en que sintió que su traje temblaba al contacto del cable magnético, tuvo la certeza de que había caído en una trampa. Llamar a Bigman, antes de saber algo más acerca del tipo de peligro que le amenazaba, habría significado arriesgar a la *Shooting Starr,* y sin que ello le reportase ninguna posibilidad de auxilio.

Dingo estaba de pie a su lado, con la mole de su cuerpo proyectada hacia el firmamento.

Un resplandor de luz permitió a Lucky observar la pantalla facial del casco de Dingo y las gafas voluminosas que cubrían la zona correspondiente a sus ojos. El joven sabía que ésos eran convertidores infrarrojos, capaces de cambiar cualquier radiación calórica común en luz visible. Aun desprovistos de luces, pensó Lucky, habrían sido capaces de verlo en medio de la oscuridad del asteroide, gracias a la radiación de sus propias unidades calefactoras, incorporadas a su traje espacial.

Dingo preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Tienes miedo, chivato?

El pirata alzó una pierna recubierta por el traje metálico y bajó el talón en un movimiento veloz hacia la placa visora de Lucky; el joven desvió de prisa su cabeza para que el golpe recayera sobre la sección metálica del casco, pero el pie de Dingo se detuvo a mitad de su recorrido; con una risotada repugnante, el pirata aseguró:

—No será tan fácil para ti, basura.

El tono de su voz fue muy distinto cuando Dingo habló a los otros dos piratas:

—Idos de aquí y dejadme la compuerta libre.

Por un instante los hombres no reaccionaron. Luego uno de ellos dijo:

—Pero, Dingo, el capitán ha ordenado que tú…

—¡Andando!, o de lo contrario él será el primero y le seguiréis vosotros.

La amenaza surtió efecto y los hombres se alejaron. Dingo se volvió hacia Lucky:

—Pues bien, ahora, ¿qué tal si vamos a la compuerta?

En la mano sostenía el cabo del cable metálico; oprimió un interruptor con lo cual cortó la corriente que magnetizaba las ataduras.

Tras hacerse a un lado tiró del cable con fuerza en dirección a su pecho; el cuerpo de Lucky se arrastró por el suelo rocoso del asteroide, brincó hacia un lado y se desprendió de algunas de las espirales desmagnetizadas que lo sujetaban. Dingo oprimió el interruptor nuevamente y el lazo volvió a cerrarse, magnetizado otra vez. El pirata imprimió al cable un movimiento de látigo y, junto con el cabo opuesto a su mano, vio el cuerpo de Lucky elevándose mientras él se movía con gran habilidad para mantener su propio equilibrio.

Lucky flotaba en el espacio y Dingo marchaba como lo haría un niño que sostuviese una cuerda con un globo atado en un extremo.

Las luces de los otros dos hombres se hicieron visibles cinco minutos más tarde. Brillaban en medio de una mancha oscura cuya forma regular denunciaba que allí estaba la compuerta de aire.

Dingo gritó:

—¡Cuidado! ¡Que aquí va un paquete!

Desmagnetizó una vez más el cable y le imprimió un movimiento serpenteante; al hacerlo se elevó quince centímetros por encima del suelo. Lucky, en un veloz movimiento de rotación, quedó libre de sus ataduras.

Dingo, de un ágil brinco, lo cogió en el aire. Con la habilidad de un hombre habituado a la ingravidez, evitó los esfuerzos de Lucky por liberarse de su abrazo y lo arrojó hacia la compuerta; luego detuvo su propia caída hacia atrás con un par de disparos de la pistola impelente de su traje espacial y se enderezó a tiempo para ver a Lucky trasponiendo con limpieza la compuerta de aire.

Lo que ocurrió a continuación fue bien visible a la luz de las lámparas de los piratas.

Dentro del campo artificial de gravedad existente en la compuerta, Lucky se precipitó de pronto hacia el piso rocoso, donde golpeó con tanta violencia que le faltó el aliento. Las risotadas de Dingo, verdaderos aullidos, llenaron el ambiente.

La puerta externa se cerró; luego se abrió la interna. Lucky se puso de pie, agradecido, a pesar de todo, de regresar a la gravedad normal.

Dingo empuñaba un desintegrador.

—Entra, chivato.

Lucky se detuvo en cuanto cruzó la puerta hacia el interior del asteroide. Sus ojos se deslizaron, veloces, de uno a otro lado en tanto que el hielo se formaba en los bordes de su placa visora. Y lo que vio no fue la biblioteca de Hansen, alumbrada suavemente, sino una inmensa galería, cuyo techo se apoyaba en una larga hilera de pilares. No le fue posible ver el otro extremo. A intervalos regulares, sobre las paredes, se abrían puertas que daban a otras salas. Muchos hombres iban y venían, de prisa, por los corredores, y se advertía un fuerte olor a ozono y a aceite en el aire. A la distancia, se dejaba oír el característico rum-rum de los que debían ser gigantescos motores hiper-atómicos.

Era evidente que no estaban en la morada de un ermitaño, sino en una gran planta industrial *dentro de un asteroide.*

Lucky se mordió el labio inferior, pensativo, y se preguntó con cierta angustia si toda esa información habría de morir con él.

Dingo ordenó:

—Allá, basura. Métete allá.

Le indicaba la puerta de un depósito, cuyos anaqueles y cajones estaban llenos, pero donde no había ningún ser humano, excepto ellos mismos.

—Oye, Dingo —dijo uno de los piratas con voz nerviosa—, ¿por qué le estamos haciendo ver todo esto? No pienso…

—No hables, pues —interrumpió Dingo y se echó a reír—. No temas, a nadie podrá hablarle de nada de lo que ve aquí. Te lo aseguro. Pero ahora tengo que ajustarle una pequeña cuenta. Quítale el traje.

Mientras hablaba, el pirata se había quitado su traje espacial, del que emergió su mole imponente. Con una mano acarició el dorso peludo de la otra: saboreaba el momento con intensidad.

Lucky dijo con firmeza:

—El capitán Antón no te ha dado órdenes de matarme. Lo que quieres es zanjar una disputa personal y sólo lograrás meterte en un lío. Yo soy un hombre valioso para el capitán y él lo sabe.

Dingo se había sentado sobre el borde de un cajón lleno de pequeños objetos metálicos, con una mueca en la cara.

—Quien te oyese, basura, pensaría que tienes algo de razón. Pero no nos has engañado. Cuando te dejamos en la roca con el ermitaño, ¿qué crees tú que hacíamos nosotros? *Vigilábamos.* El capitán Antón no es ningún tonto, y me envió de regreso; me dijo: «Observa la roca y regresa para informar qué ocurre.» Os he visto cuando partíais en la nave del ermitaño y os podía haber destrozado, pero la orden era seguiros.

»He permanecido cerca de Ceres durante un día y medio y he visto que la nave del ermitaño volvía a salir al espacio. Aguardé unas

horas más y luego he visto que esa otra nave le salía al encuentro. El tipo que estaba en la nave del ermitaño pasó a la otra nave, y luego os he seguido.

Lucky no pudo reprimir una sonrisa:

—Has intentado seguirnos, querrás decir.

La cara de Dingo se convirtió en una mancha encarnada; con verdadera furia reconoció:

—De acuerdo. Has sido más veloz. Tu máquina es buena para la carrera. ¿Y qué? No debía darte caza. Sólo he tenido que venir aquí y aguardar. Sabía muy bien hacia dónde te encaminarías. Y ahora te he cogido, ¿no?

Lucky arguyó:

—Bien, ¿pero qué sabes tú, en realidad? En la roca del ermitaño yo estaba desarmado. Yo no tenía una sola arma y el ermitaño tenía un desintegrador y me he visto obligado a hacer lo que él decía. Estaba empeñado en ir a Ceres y me ha forzado a acompañarlo para poder engañaros si nos sorprendíais diciendo que yo le había raptado. Tú mismo has admitido que me he marchado de Ceres tan pronto como he podido para regresar aquí.

—¿En una bella y brillante nave del gobierno?

—La he robado, ¿y qué? Esto sólo significa que tendréis una nueva nave para vuestra flota. Y una de las buenas.

Dingo buscó la mirada de los otros piratas antes de comentar:

—Pues sí que nos baña con polvo de cometa, ¿eh?

—Te lo advierto nuevamente —dijo Lucky—, el capitán te hará responsable a ti de cualquier cosa que me suceda.

—No, no lo hará —gruñó Dingo—, porque él sabe muy bien quién eres tú y yo también lo sé, señor David Lucky Starr. Venga, muévete hacia aquí.

Dingo se puso de pie, y dijo a sus dos compañeros:

—Quitad esos cajones de ahí, quitadlos de en medio.

Ambos hombres observaron por un instante su rostro duro, congestionado, y luego hicieron lo que se les ordenaba. El cuerpo voluminoso, casi deforme, de Dingo estaba apenas encorvado hacia adelante, la cabeza hundida entre los hombros musculosos y sus gruesas piernas combadas se asentaban en el suelo rocoso con fuerza. Sobre su labio superior resaltaba la cicatriz, más blanca que nunca.

—Hay formas fáciles de liquidarte y hay formas hermosas de hacerlo. No me gustan los espías y sobre todo no me gusta un chivato que me juega sucio en un duelo de pistolas impelentes. Así pues, antes de terminar contigo te haré pedazos.

Comparado con su oponente, Lucky parecía alto y delgado.

—Dime, Dingo, ¿eres bastante hombre como para vértelas conmigo solo o tus amigos te ayudarán?

—No necesito ayuda, bonito. —El pirata rió con grosería—. Pero si intentas escapar, te detendrán, y si sigues intentado escapar, ellos tienen látigos neurónicos que te detendrán *por completo.* —Alzó la voz en ese momento—: Y vosotros, utilizadlos si es preciso.

Lucky aguardó a que el otro hiciera algún movimiento. Allí, frente a frente con su enemigo, sabía que la táctica menos indicada sería la de buscar una lucha a corta distancia.

Si permitía que el pirata le rodeara el pecho con sus poderosos brazos, en pocos instantes tendría todas las costillas rotas.

Con el puño derecho recogido, Dingo se adelantó. Lucky se mantuvo en su lugar y, en el momento exacto, dio un paso a la derecha, cogió el brazo izquierdo de su contrincante, lo forzó hacia atrás y, aprovechando el impulso, le echó una zancadilla.

Dingo cayó pesadamente y se deslizó por el suelo, un par de metros. Sin embargo, se incorporó de inmediato; tenía una mejilla arañada y brillos fugaces de locura destellando en los ojos.

El pirata cargó contra Lucky, que se había retirado, ágil, hacia uno de los cajones que se alineaban contra la pared.

Lucky se apoyó en un borde del cajón y describió con sus piernas un semicírculo que fue a dar al medio del pecho de Dingo; por un segundo el pirata se detuvo; Lucky giró con rapidez y volvió a plantarse en medio del salón.

Uno de los piratas aconsejó:

—Eh, Dingo, déjate de tonterías.

—Lo mataré, lo mataré —jadeó Dingo.

Pero se comportó con cautela; sus ojillos estaban casi ocultos entre las bolsas de sus párpados. Se acercó lentamente, estudiando a Lucky, aguardando el momento favorable para su ataque.

El joven se burló:

—¿Qué sucede, Dingo? ¿Me tienes miedo? Para ser tan fanfarrón, te has asustado muy pronto.

Tal como Lucky lo había supuesto, Dingo gruñó furioso y se precipitó de cabeza hacia él, en línea recta; no fue difícil evadir la acometida; su mano derecha, de lado, se abatió fuerte y veloz sobre la nuca de Dingo.

Lucky había visto a muchos hombres quedar inconscientes luego de ese golpe especial; también había visto a más de uno muerto de ese modo. Pero Dingo apenas se tambaleó, y luego de sacudir la cabeza, se volvió, bramando.

Pesado en sus movimientos, el pirata se adelantó hacia Lucky, que bailoteaba sin cesar. Cuando estuvieron frente a frente, el joven consejero castigó la mejilla arañada de su rival con un vigoroso puñetazo. La sangre comenzó a manar, pero Dingo no hizo ningún gesto para detener el golpe, ni parpadeó siquiera al recibirlo.

Lucky, luego de unas fintas, aplicó dos golpes más en el rostro del pirata, pero éste no pareció advertirlos. Dingo avanzaba, avanzaba siempre.

De pronto, en forma inesperada, cayó al suelo; en apariencia había tropezado, pero sus brazos se adelantaron y una de sus manos se cerró sobre el tobillo derecho de Lucky quien, a su vez, cayó al suelo.

—Ahora te he cogido —masculló Dingo.

El pirata estiró su otra mano hasta la cintura de Lucky y, en un instante y estrechamente abrazados, ambos rodaban por el piso.

Lucky sintió la presión que crecía y le estrechaba, sintió el dolor que estallaba dentro y avanzaba como una llamarada. El fétido aliento de Dingo lo invadía y su jadeo sonaba junto al oído del joven.

El brazo derecho de Lucky estaba libre, pero el izquierdo había quedado preso en el abrazo implacable de su rival en torno a su pecho. Con el último ímpetu de sus fuerzas, Lucky lanzó su puño derecho hacia arriba; a unos diez centímetros, el puñetazo estalló contra la mandíbula de Dingo, con una intensidad que le colmó de dolor todos los músculos de su brazo.

La presión de Dingo sobre el pecho de Lucky se debilitó y éste, con una rápida contorsión, quedó fuera del abrazo feroz y se puso de pie.

Dingo se incorporó con lentitud; sus ojos se veían vidriosos y un hilo de sangre había comenzado a brotar de su boca.

—¡El látigo! ¡El látigo! —Dingo escupió, más que dijo, las palabras.

De inmediato se volvió hacia uno de los piratas que estaban de pie, inmóviles, con una mirada turbia y confundida, y arrancó de sus manos el arma, mientras lo empujaba con furia.

Lucky intentó evitar el latigazo, pero ya la correa estaba restallando en el aire; cuando el golpe llegó a su costado derecho, todos los nervios de esa zona respondieron al estímulo, envolviéndole en una onda de agudo dolor. El cuerpo del joven perdió su rigidez y cayó al suelo.

Por un instante sus sentidos le obedecieron sólo confusamente y un resto de conciencia le hizo pensar que su muerte estaba muy cercana. Entre las brumas de su cerebro traspasado por el efecto del látigo neurónico, oyó la voz de uno de los piratas:

—Oye, Dingo, el capitán ha dicho que esto debía parecer un accidente. Es un hombre del Consejo de Ciencias y…

Fue todo lo que Lucky logró oír.

Cuando recobró el sentido llevaba otra vez el traje espacial. El costado derecho le escocía con la sensación lacerante de mil agujas clavadas a todo lo largo de sus músculos. En ese instante le ajustaban el casco. Dingo, con los labios hinchados, la mejilla y la mandíbula

enrojecidas, observaba lleno de placer maligno.

Comenzó a oírse una voz a través de la puerta. Deprisa, hablando atropelladamente, un hombre entró en el cuarto. Lucky oyó que decía:

—… Para el puesto 247. La cosa se ha puesto de tal forma que no *puedo* rastrear todos los encargos. Ni siquiera me es posible mantener nuestra órbita dentro de las correcciones de las coordenadas de…

La voz se debilitó primero para luego callar. Lucky giró la cabeza y vio un hombrecillo con gafas y cabellos grises. Apenas había franqueado el umbral y con una mezcla de asombro e incredulidad contemplaba la escena que sus ojos habían sorprendido.

—¡Fuera! —vociferó Dingo.

—Pero es que tengo que cumplir con un encargo…

—¡Luego!

El hombrecito se marchó; el casco de Lucky ya estaba en la posición correcta sobre su cabeza.

Le llevaron afuera nuevamente, a través de la compuerta de aire, hacia una superficie, que ahora estaba apenas iluminada por el resplandor débil del lejano Sol. Una catapulta estaba a la espera, sobre un plano rocoso. Su funcionamiento no era un misterio para Lucky. Un cabestrante automático ponía en tensión una gran palanca metálica que se inclinaba, con lentitud, más y más, hasta llegar a la línea horizontal, a partir de la posición de reposo, que había sido oblicua. Los piratas ataron el extremo de la palanca con correas que luego enlazaron en la cintura de Lucky.

—Quédate quieto —advirtió Dingo. Su voz sonaba lejana y poco clara en los oídos del hombre del Consejo de Ciencias, que comprendió que su receptor estaba averiado—. Estás malgastando tu oxígeno. Y para que te sientas más tranquilo: enviaremos naves que atacarán a tu amigo y le harán trizas antes de que él pueda ganar velocidad, si es que se le ocurre huir.

Un instante más y Lucky percibió la vibración seca y potente de la palanca al ser liberada. Con fuerza aterradora, la catapulta volvió a su posición original y el lazo de su cintura se abrió suavemente. El cuerpo de Lucky saltó al espacio, a una velocidad de dos kilómetros por minuto, o más, sin fuerza de gravedad que pudiera detener su loco vuelo. Tuvo una visión fugaz del asteroide y de los piratas con las cabezas inclinadas hacia él, mirándole.

Pero todo se desvaneció casi inmediatamente, mientras su cuerpo se elevaba.

Lucky revisó su traje espacial. Sabía ya que su aparato radiorreceptor estaba averiado; sin duda el control de sensibilidad no funcionaba. Esto significaba que su voz tendría un alcance de pocos kilómetros en el espacio. Probó la pistola impelente del traje, pero sin resultado: los depósitos de gas habían sido vaciados.

Estaba indefenso por completo. Sólo el contenido de un cilindro de oxígeno lo separaba de una lenta, horrible muerte.

12. NAVE CONTRA NAVE

Con una opresión ominosa en el pecho, Lucky analizó su situación. Estaba seguro de interpretar correctamente los planes de los piratas. Por un lado, su deseo era quitarle de en medio sin que él llegara a saber demasiado.

Por otro, querían que fuese hallado muerto de modo que el Consejo de Ciencias no pudiera probar en forma concluyente que su muerte había sido ocasionada por los piratas.

Veinticinco años antes los piratas habían cometido el error de matar a un funcionario del Consejo y la correspondiente reacción casi los había exterminado. Esta vez serían más prudentes.

«Atacarán a la *Shooting Starr* —pensó Lucky—, la aislaran con una interferencia, para impedir que Bigman emita un mensaje de socorro. Podrán barrenarla con un cañón, para que el choque en la nave se asemeje a un golpe con un meteorito, y hasta serían capaces de enviar a bordo a sus propios ingenieros, para que averiasen los activadores del escudo.» Así parecería que un defecto del mecanismo habría impedido que el escudo cubriera el casco de la nave en el instante en que el meteorito se acercaba.

Lucky también sabía que los piratas conocían su propia trayectoria en el espacio; nada podía desviarlo de los ángulos originales de su vuelo y, cuando estuviese muerto, cogerían su cuerpo y lo enviarían describiendo una órbita en torno de la *Shooting Starr,* ya destrozada. Quienes la descubriesen (y tal vez una de las naves piratas enviaría un mensaje anónimo para hacer conocer su situación) tendrían que llegar a una conclusión evidente.

Bigman en los controles, atento a la maniobra hasta el fin, muerto en su puesto. Afuera, Lucky girando, con su traje espacial y el radiorreceptor averiado por no haber sabido conservar la calma en el momento de peligro. La excitación le habría impedido emitir un mensaje de socorro; pensarían que había gastado el gas de su pistola impelente en el intento cobarde e inútil de hallar su propia salvación.

Y él también estaría muerto.

Pero no podía ser. Ni Conway ni Henree llegarían jamás a creer que Lucky se había preocupado sólo por su propia seguridad, mientras Bigman permanecía lealmente sentado ante los controles. Pero en ese momento la fisura del plan representaría una pobre satisfacción para Lucky Starr, ya muerto. Y aún había algo peor: junto con Lucky Starr moriría toda la información, de vital importancia, que estaba registrada en su cerebro.

Durante unos segundos se maldijo a sí mismo con verdadera pasión: ¿por qué, antes de partir, no había transmitido todas sus

sospechas a Conway y a Henree? ¿Por qué no había preparado la cápsula personal antes de embarcarse en la *Shooting Starr?* Luego recobró el dominio de sí; nadie le habría creído sin pruebas contundentes.

Y por todo esto tenía que regresar.

¡Tenía que hacerlo!

¿Pero cómo? ¿De qué valía el «tener» si estaba solo e inerme en el espacio, con apenas unas horas de oxigeno y nada más?

¡Oxígeno!

«Tengo oxígeno», pensó Lucky. Cualquiera que no fuese Dingo habría dejado en el cilindro muy poca cantidad, para que la muerte fuese casi inmediata. Pero si no se equivocaba, si conocía la mente maligna de Dingo, el pirata debía haberle provisto de un cilindro bien cargado, sólo para prolongar su agonía.

¡Estupendo! En sus manos estaba cambiar el curso de la situación. Utilizaría el oxígeno con otros fines. Si no lograba su objetivo, al menos la muerte llegaría antes, a pesar de Dingo.

Sólo que no debía fallar.

Mientras describía su órbita en el espacio, Lucky había advertido que en forma periódica el asteroide cruzaba la línea de su visión. En un primer momento, era una roca lejana, cuyos picos irregulares se veían iluminados por los rayos sesgados del sol, en medio de la negrura del espacio. Luego se había convertido en una brillante estrella, en una línea delgada de la luz. Ahora el brillo se debilitaba de prisa. Una vez que el asteroide llegara a verse como una más entre la miríada de estrellas, todas sus posibilidades habrían desaparecido; Lucky sabía que para ello restaban unos pocos minutos.

Sus dedos entorpecidos por el guante metálico ya buscaban a tientas el tubo flexible que conectaba la toma de aire, por debajo de la placa visora del casco, con el cilindro de oxígeno, que pendía sobre su espalda. Con esfuerzo hizo girar el tornillo que fijaba el tubo de aire al cilindro.

Y el tornillo cedió. Lucky permitió que su casco y el resto del traje espacial se llenaran de oxígeno. Habitualmente el oxígeno fluía con lentitud del cilindro, de acuerdo con el ritmo respiratorio de los pulmones. El bióxido de carbono y el agua que se formaban como resultado de la respiración eran absorbidos, en su mayor parte, por los elementos químicos contenidos en botes especiales, provistos de válvulas y colocados en la parte interna de las placas pectorales del traje espacial. El oxígeno se mantenía a un quinto de la presión atmosférica normal en la Tierra, lo cual era perfecto, pues las cuatro quintas partes de la atmósfera terrestre son nitrógeno, que es un gas irrespirable.

Sin embargo, existía un margen para concentraciones mayores,

ligeramente por encima de la presión atmosférica normal, antes de que se produjese la posibilidad de peligro por efectos tóxicos. Lucky hizo que el oxígeno colmara su traje.

Cuando el traje estuvo lleno, cerró por completo la válvula bajo su placa visora, y desprendió el cilindro.

En sí mismo, el cilindro era una especie de pistola impelente: muy poco común, por cierto. Para un individuo abandonado en el espacio, utilizar el precioso oxígeno que lo separaba de la muerte como fuente energética, arrojarlo al vacío, significaba desesperación. O bien una decisión férrea.

Lucky accionó la válvula reductora del cilindro y dejó que surgiese un chorro de oxígeno. Esta vez no se produjo la línea de cristales. A diferencia del bióxido de carbono, el oxígeno se congela a temperatura bajísima, y antes de que pudiese perder calor suficiente como para solidificarse ya se había esparcido en el espacio. De todos modos, ya fuese gas o sólido, la tercera ley de Newton sobre el movimiento se cumplía: mientras el gas era expelido en una dirección, Lucky era impulsado en dirección opuesta por el efecto natural de retropropulsión.

Su rotación se tornó lenta; con gran cuidado aguardó a que el asteroide estuviese por completo dentro de su campo visual, antes de detener el movimiento rotatorio por completo.

Aún estaba alejándose de la roca, que casi no se distinguía por su brillo entre las estrellas cercanas. Era posible que hubiera errado su objetivo, pero, ante la incertidumbre, cerró su mente.

Fijó sus ojos con obstinación en el punto de luz que, según sus presunciones, debía ser el asteroide y produjo otra descarga de gas del cilindro, en dirección opuesta. Se preguntó si tendría suficiente oxígeno como para cubrir todo el trayecto que lo separaba de la roca.

Pero no tenía posibilidad de calcularlo en ese momento.

Y, por supuesto, debía reservar cierta cantidad para maniobrar en torno al asteroide, llegar a su cara oscurecida, hallar a Bigman y a la nave, a menos que…

A menos que la nave ya se hubiese alejado o hubiese sido destruida por los piratas.

Lucky creyó advertir que la vibración de sus manos, ocasionada por la salida del gas, disminuía su intensidad. Podía ser que el cilindro se estuviese agotando o bien que su temperatura bajaba. En ese momento estaba sosteniendo el cilindro lejos de su traje, de modo que no le estaba transmitiendo calor.

Los cilindros de oxígeno adquieren del traje espacial la temperatura necesaria para que el contenido sea respirable y otro tanto ocurre con el bióxido de carbono de las pistolas impelentes, que de ese modo se mantiene en estado gaseoso. En el vacío del espacio el

calor sólo puede transmitirse mediante radiación, un proceso lento: aun así el cilindro de oxígeno había tenido tiempo de enfriarse.

Cogió el cilindro entre sus brazos, lo apoyó contra su pecho y aguardó.

Aunque le parecieron horas, sólo transcurrieron quince minutos hasta que creyó ver que la intensidad de la luz del asteroide aumentaba. ¿Se aproximaba a la roca? ¿O sería su imaginación? Luego de transcurridos otros quince minutos el brillo era más intenso, ya no cabía duda. Lucky se sintió agradecido al azar que lo había arrojado hacia la porción iluminada de la roca y por el que había logrado verla con claridad y convertirla en su blanco.

Ahora le resultaba difícil respirar. Y no se trataba de asfixia por bióxido de carbono: ese gas era eliminado tan pronto como se producía. Pero en cada aspiración absorbía una pequeña parte de su precioso oxígeno. Intentó respirar poco, cerrar los ojos, descansar. Además, no podía hacer otra cosa hasta alcanzar y sobrepasar el asteroide. Allá, bajo la cara oscura, Bigman tal vez se hallaría a la espera.

Si lograba acercarse a Bigman lo suficiente, si le era posible enviarle un mensaje, a pesar de la avería de su radiorreceptor, antes de alejarse demasiado, tal vez habría una posibilidad.

Lentas y torturantes transcurrieron las horas para Bigman. Sentía verdaderas ansias de descender, pero no se atrevía. Razonó consigo mismo: si el enemigo estaba allí, ya se habría mostrado en todo ese tiempo. Luego rebatió en su mente ese razonamiento y se dijo con amargura que el silencio mismo y la inmovilidad en el espacio implicaban una trampa y que Lucky había sido cogido en ella.

Colocó la cápsula personal de Lucky al alcance de su vista y se preguntó cuál sería su contenido. Si hubiese algún medio de abrirla, leer el diminuto microfilme allí encerrado.

De ser posible, radiaría el contenido a Ceres, así tendría las manos libres para lanzarse hacia la roca, destrozarlos a todos, arrancar a Lucky de cualquier jaleo en que se hubiese metido.

¡No! En primer lugar, no se atrevía a utilizar la onda sub-etérica. Sin duda los piratas no lograrían descifrar el código, pero podrían localizar la fuente de emisión y él tenía órdenes de no hacer nada que delatase la posición de la nave.

Por otra parte, ¿qué sentido tenía pensar en la manera de abrir una cápsula personal?

Un horno solar podría fundirla, destruirla, un proyectil atómico la desintegraría, pero nada podría abrirla dejando intacto el mensaje en ella encerrado, excepto el contacto vivo de la persona para la cual había sido «personalizada». Así pues, no había alternativas.

Más de la mitad del período de doce horas había transcurrido cuando el registro de gravedad le envió una clara señal de atención.

Bigman emergió de sus ensoñaciones; lleno de asombro observó el ergómetro. Las pulsaciones de los motores de varias naves espaciales se confundían en curvas complejas, que cambiaban de una a otra configuración, como si se tratara de serpientes reptando.

La *Shooting Starr* llevaba su escudo a un nivel rutinario de potencia que le permitía rechazar cualquier impacto casual de un «debris», que en el lenguaje espacial es el término técnico que se aplica a los meteoritos errantes de menos de dos centímetros de diámetro;

Bigman elevó su potencia al máximo y al mismo tiempo el suave zumbido de unos segundos antes se convirtió en ruido estridente. Una a una, activó las pantallas visoras de corto alcance, reunidas en dos líneas.

Sus ideas se hicieron confusas. Las naves despegaban del asteroide, ya que no lograba detectar a ninguna de ellas. Lucky debía de estar prisionero, pues; quizá muerto. Ya no le importaba cuántas naves le atacasen: las enfrentaría y vencería a todas, a cada una de ellas.

Se acercó. Un primer rayo de sol atravesó una de las pantallas visoras; sin quitar los ojos de las rayas que se cruzaban en el centro ajustó el enfoque. Luego oprimió un objeto similar a una tecla de piano y, cogida en una invisible explosión de energía, la nave pirata brilló violentamente.

La incandescencia no era resultado de alguna acción sobre su casco, sino de la absorción de energía por parte de la defensa de la nave enemiga. La intensidad del brillo aumentó más y más; luego fue disminuyendo a medida que la nave viró en redondo y se alejó del lugar.

Una segunda y una tercera nave surgieron en las pantallas. Un proyectil se precipitaba hacia la *Shooting Starr*. En el vacío del espacio no hubo fogonazo ni sonido, pero el Sol iluminó su trayectoria y lo mostró como un relámpago de luz. Dentro de la pantalla el proyectil se convirtió en un círculo diminuto, en principio, luego se agrandó y por último salió fuera del campo que abarcaba el visor.

Bigman podía haber intentado escabullirse, quitar de en medio a la nave de Lucky, pero pensó; «Déjales que disparen.» Quería que los piratas supieran con qué estaban jugando. La *Shooting Starr* podía parecer un juguete de hombre rico, pero no la pondrían fuera de combate con unos pocos disparos.

El proyectil se estrelló con violencia contra el escudo histerético de la *Shooting Starr* que, como Bigman sabía, debió fulgurar en ese instante. La nave misma se movió suavemente al absorber el impulso

que el escudo dejara pasar.

—Venga, enviad otro —murmuró Bigman.

La *Shooting Starr* no llevaba proyectiles ni explosivos, pero su depósito de proyectores de energía era variado y poderoso.

Su mano acariciaba los controles cuando en una de las pantallas advirtió algo que le hizo fruncir el ceño; en su rostro diminuto y de expresión decidida apareció un gesto de preocupación: algo similar a un hombre dentro de un traje espacial se insinuaba en la pantalla.

Era extraño que una nave espacial fuese más vulnerable frente a un hombre en traje espacial que ante la mejor de las armas de otra nave. Una unidad enemiga podía ser detectada con facilidad por el registrador de gravedad a kilómetros de distancia y por el ergómetro a miles de kilómetros. Un hombre solo adentro de su traje espacial era detectado por el registro de gravedad a una distancia menor de cien metros; el ergómetro, en cambio, no daba reacción alguna.

Por otra parte, el escudo histerético actuaba con mayor efectividad cuanta mayor fuese la velocidad del proyectil; enormes trozos de metal lanzados a kilómetros por segundo podían ser detenidos por completo. Un hombre, sin embargo, deslizándose a menos de veinte kilómetros por hora, ni siquiera se percataría de la presencia del escudo, a no ser por una mínima elevación de la temperatura dentro de su traje.

Si una docena de hombres se precipitaba contra la nave al mismo tiempo, sólo una destreza incomparable podía lograr evitarlos. Si dos o tres de ellos llegaban hasta la nave y barrenaban la compuerta de aire, con armas manuales, la avería podía ser irreparable.

Y ahora Bigman observaba ese pequeño punto que sólo podía ser el primero de los integrantes de un escuadrón suicida; cogió un arma menor para iniciar la defensa y cuando la figura solitaria quedó centrada y Bigman estaba dispuesto a disparar, su radiorreceptor emitió un extraño sonido.

Por unos segundos el hombrecito quedó paralizado. Los piratas habían atacado sin advertencias previas y no habían intentado comunicarse con él, ni exigirle la rendición, ni hacer un pacto a cualquier otra cosa. ¿Y ahora qué?

Mientras dudaba, el sonido se convirtió en una palabra, repetida una y otra vez:

—Bigman… Bigman… Bigman…

Y Bigman brincó de su asiento, olvidado del hombre en el traje espacial, del ataque, de todo lo que no fuese esa voz.

—¡Lucky! ¿Eres tú?

—Estoy cerca de la nave… el traje… aire… casi consumido…

—¡Gran Galaxia! —Bigman; con el rostro blanco, maniobró la nave para acercarla a esa figura en el espacio; a esa figura a la que

había estado a punto de destruir.

Bigman se inclinó sobre Lucky que, sin el casco, respiraba anhelante aún.

—Tendrás que descansar, Lucky.

—Luego —respondió el joven, y se puso de pie para quitarse el traje espacial—. ¿Han atacado ya?

Bigman asintió:

—No tiene importancia. Sólo han logrado romperse los dientes contra la coraza de la *Shooting Starr*.

—Pues tienen dientes mucho más fuertes que los que han sacado a relucir hasta ahora —aseguró Lucky—. Debemos alejarnos y deprisa. Estarán a punto de enviar su artillería pesada e incluso *nuestros* depósitos de energía pueden agotarse.

—¿De dónde sacarán artillería pesada?

—¡Esta es una de las bases piratas importante! Quizá la *más* importante.

—*¿No es* la roca del ermitaño, dices?

—He dicho que debemos alejamos.

Con el rostro pálido, luego de la dura prueba sorteada, Lucky empuñó los controles. Por primera vez la roca que estaba por encima de ellos cambió su posición en las pantallas. Durante el ataque, Bigman había respetado la orden de su compañero: permanecer allí mismo por doce horas.

El asteroide creció.

Bigman preguntó con tono de protesta:

—Si debemos alejarnos, ¿por qué estamos aterrizando?

—No estamos aterrizando.

Lucky observaba la pantalla con total concentración y con una mano empuñó los controles del lanzarrayos más pesado que tenía la nave. Deliberadamente amplió el foco del arma hasta que vio cubierta un área muy amplia, pero redujo la intensidad de la energía hasta los límites de la de un rayo común de calor.

Por razones que Bigman no lograba desentrañar, Lucky aguardó unos segundos interminables y luego disparó. Hubo un resplandor incandescente en la superficie del asteroide, que se convirtió casi de inmediato en un rojo ardiente y en un par de minutos desapareció por completo y todo fue negrura.

—Ahora, andando —dijo Lucky en el momento en que nuevas naves surgían de la base pirata, describiendo amplias trayectorias en espiral. Y se inició la aceleración.

Media hora más tarde el asteroide había desaparecido y todas las naves que se lanzaran a perseguirlos habían quedado atrás. Lucky, entonces, ordenó:

—Ponme en comunicación con Ceres, debo hablar a Conway.

—De acuerdo, Lucky. Oye, aquí tengo las coordenadas de ese asteroide. ¿Las debo radiar? Podríamos hacer enviar una flota y…

—No serviría de nada —respondió Lucky— y además no es necesario.

Los ojos de Bigman se desorbitaron casi.

—¿No querrás decir que con ese disparo has destruido la roca?

—Por supuesto que no. Apenas la he tocado —explicó Lucky—. ¿Ya te has comunicado con Ceres?

—Hay problemas aquí —dijo Bigman con aspereza. Sabía que Lucky estaba en uno de sus momentos de mantener la boca cerrada y que no le explicaría nada—. Espera, aquí está, pero… ¡Eh! ¡Están emitiendo una alarma general!

No era preciso explicarlo: la alarma era estridente y no se transmitía en código:

—«Llamada general a todas las unidades de la flota que estén más allá de Marte. Ceres bajo ataque de una fuerza enemiga, tal vez piratas… Llamada general a todas las unidades de la flota…»

—¡Gran Galaxia! —exclamó Bigman.

Con los dientes apretados, Lucky masculló:

—Nos llevan ventaja, hagamos lo que hagamos. Tendremos que regresar, ¡y de prisa!

13. ¡INVASIÓN!

Un enjambre de naves perfectamente coordinadas se precipitaba hacia Ceres, Toda un ala completa de la formación se precipitó contra el observatorio. Como respuesta casi inevitable, las fuerzas defensivas de la base terrestre concentraron su poderío en ese punto.

El ataque se produjo en forma alternada.

Nave tras nave fueron arrojando rayos de energía contra un escudo de evidente invulnerabilidad. Pero no hubo un solo intento de barrenar las plantas subterráneas de energía, cuya situación debía ser, sin duda, conocida por los agresores: era demasiado arriesgado. Las naves de la flota gubernamental salieron al espacio y las baterías de tierra abrieron fuego.

Hacia el final de la batalla, dos naves piratas fueron destrozadas, pues sus escudos habían sido averiados; ambas unidades se incendiaron convirtiéndose luego en una nube rojiza de vapor. Una tercera nave, con sus reservas de energía consumidas casi por entero, estuvo a punto de ser capturada y luego de una breve persecución, pero estalló en el último momento, tal vez por obra de su propia tripulación.

En los momentos más encarnizados de la batalla, algunos de los defensores de Ceres pensaron que se trataba de un ataque simulado. Sólo más tarde, por supuesto, tuvieron la certeza de que no había sido así. En tanto que el Observatorio estaba en peligro, tres naves descendieron en el asteroide, a ciento ochenta kilómetros de distancia. Los piratas desembarcaron con armas individuales y un cañón portátil desintegrador, y desde trineos espaciales atacaron la compuerta de aire que había en el lugar.

Tras barrenar los accesos, un numeroso grupo de piratas en sus trajes espaciales se dispersaron por los corredores de los que se perdió totalmente el aire. Los extremos de esos corredores desembocaban en factorías y oficinas cuyos ocupantes fueron evacuados a la primera alarma. Los puestos habían sido cogidos por miembros de la milicia local que, provistos de armas y trajes espaciales, lucharon con bravura, aunque les fue imposible contener el avance pirata.

En los niveles inferiores, en las viviendas pacíficas de Ceres, retumbaban los disparos de desintegradores y el ruido de la pelea; innumerables pedidos de auxilio fueron enviados a las bases cercanas. Transcurrido un lapso relativamente breve, y en forma tan repentina como la de su llegada, los piratas se retiraron.

Cuando cesó la lucha, las autoridades hicieron el recuento de las bajas: quince de los habitantes de Ceres habían muerto; muchos más estaban heridos graves; los cadáveres de los piratas ascendían a cinco.

Los daños materiales eran importantes.

—Y ha desaparecido un hombre —explicaría más tarde Conway, furioso, a Lucky, luego de la llegada del joven—. Sólo que no está en la nómina de habitantes y hemos tenido que mantener su nombre fuera de los informes.

Lucky se halló en Ceres con un foco de excitación histérica, a pesar de que la invasión había concluido. Este era el primer ataque contra un centro terrestre de gran importancia, llevado a cabo por fuerzas enemigas en el curso de la última generación. Y la *Shooting Starr* tuvo que atravesar tres inspecciones antes de que se le permitiese descender.

Lucky, sentado en las oficinas del Consejo, junto a Conway y a Henree, comentó con amargura:

—¡Y Hansen ha desaparecido! Todo se reduce a esto, pues.

—En favor del viejo ermitaño —intervino Henree—, debo decir que ha demostrado que tiene valor. Cuando los piratas descendieron, insistió en ponerse el traje espacial, coger un desintegrador e ir allá, junto con las milicias.

—No era imprescindible; no nos faltaban milicianos —observó Lucky— y si se hubiera quedado aquí, nos habría prestado un servicio mucho más importante. ¿Por qué no le habéis detenido? ¿En estas circunstancias era él la persona indicada para tomar tal actitud?

La voz de Lucky Starr, tranquila habitualmente, estaba temblando de ira reprimida. Pacientemente, Conway explicó:

—No estábamos a su lado. El guardia que le vigilaba tuvo que presentarse a su puesto en la milicia. Hansen insistió en unírsele y el guardia pensó que de ese modo podría cumplir con los dos cometidos a la vez: pelear contra los piratas y vigilar al ermitaño.

—Pero no lo hizo.

—Dadas las circunstancias, no se le puede reprochar nada. El guardia ha visto cómo Hansen atacaba a un pirata. Luego advirtió que no había nadie a la vista, que los piratas se retiraban; el cuerpo de Hansen no ha sido recuperado. Los piratas han de tenerlo, vivo o muerto.

—Así debe ser —dijo Lucky—. Ahora os diré algo importante; os diré exactamente por qué éste es un error tremendo. Estoy convencido de que todo el ataque contra Ceres ha sido tramado tan sólo para capturar a Hansen.

Henree cogió su pipa y se dirigió a Conway;

—Mira, Héctor, estoy tentado de decir que Lucky tiene razón en lo que ha asegurado. El ataque contra el Observatorio ha sido miserable. Una evidente falsa alarma para distraer nuestras fuerzas ofensivas. Y lo único que han hecho es llevarse al ermitaño.

Conway estalló:

—La información que pudiera darnos Hansen no se merece arriesgar treinta naves espaciales.

—¡Pero si ésa es la cuestión! —exclamó con vehemencia Lucky—. Y éste podría ser el momento. Ya os he descrito el asteroide en que he estado, el tipo de planta industrial que debe de haber allí. ¿No es posible que estén a punto de llevar a cabo su gran ofensiva contra nosotros? ¿No es posible que Hansen sepa la fecha exacta para la que está preparado el ataque? ¿No es posible que sepa el método exacto que utilizarán?

—¿Y por qué no nos lo ha dicho? —preguntó Conway.

—Tal vez —intervino Henree— ha querido servirse de esos datos para comprar su propia inmunidad. En realidad no hemos tenido un momento para hablar con él del tema. Tendrás que admitir, Héctor, que si él poseía esa información, se merecía arriesgar cualquier número de naves espaciales. Y también tendrás que admitir que Lucky esté quizá en lo cierto cuando dice que ellos pueden estar preparados para su gran ofensiva.

Lucky observó a ambos consejeros con mirada inquieta.

—¿Por qué dices eso, tío Gus? ¿Qué ha ocurrido?

—Díselo, Héctor —pidió Henree.

—¡Para qué decírselo! —gruñó Conway—. Ya estoy saturado de viajes «unipersonales». Luego querrá ir a Ganímedes.

—¿Qué hay con Ganímedes? —preguntó Lucky, con voz fría.

Por lo que él sabía, en Ganímedes no sería fácil hallar algo de interés: era el satélite mayor de Júpiter, pero su gran cercanía con respecto al planeta hacía que la maniobra de naves espaciales fuera muy difícil, o sea que los viajes espaciales en ese ámbito se consideraban inútiles.

—Díselo —repitió Henree.

—Oye, Lucky, nosotros sabíamos que Hansen era importante. El motivo por el que no lo hemos tenido bajo una guardia más cuidadosa, el motivo por el cual Gus y yo no estábamos con él, ha sido que dos horas antes del ataque pirata nos llegó un informe desde el Consejo: hay pruebas de que fuerzas provenientes de Sirio han descendido en Ganímedes.

—¿Qué clase de pruebas?

—Se han captado señales sub-etéricas de rayos herméticos. Es una larga historia, pero lo fundamental es que, más que nada por mero accidente, lograron interpretar algunos elementos del código. Los expertos dicen que se trata de un código sirio y, desde luego, en Ganímedes no hay nada terrestre que pueda emitir señales *tan* herméticas. Gus y yo nos disponíamos a regresar a la Tierra con Hansen, cuando los piratas atacaron; esto es todo. Aun ahora es preciso que regresemos a la Tierra. Con Sirio en escena, podrá haber

guerra en cualquier instante.

—Comprendo —asintió Lucky—. Antes de partir hacia la Tierra, hay algo que quiero comprobar. ¿Habéis filmado el ataque pirata? ¿O debo suponer que las defensas de Ceres han estado tan desorganizadas que ni siquiera han pensado en filmarlo?

—Sí, lo hemos filmado. ¿Crees que te servirán de algo esas vistas?

—Te lo diré una vez que las haya analizado.

Hombres con uniforme de la armada espacial e insignias que indicaban sus importantes rangos, proyectaron para los consejeros el filme secreto de lo que más tarde la historia denominaría «Invasión a Ceres».

—Veintisiete naves han atacado el Observatorio, ¿no es verdad? —inquirió Lucky.

—Así es —respondió un comandante—. Ese es el número exacto.

—Bien. Veamos ahora si me he formado una buena idea de las acciones. Dos de las naves fueron destruidas durante la lucha y una tercera durante la persecución. Las otras veinticuatro se alejaron, pero acabo de ver una o más tomas de cada una, durante la retirada.

El comandante sonrió.

—Si quiere usted decir que alguna de las naves que han descendido en Ceres está aún aquí, escondida, se equivoca por completo.

—En cuanto a estas veintisiete naves, tal vez. Pero otras tres naves *han aterrizado* en Ceres y sus tripulaciones atacaron la Compuerta Principal. ¿Dónde están las tomas de esas naves?

—Desafortunadamente no hemos obtenido todas las deseables —admitió el comandante con cierta incomodidad—. Nos han cogido por sorpresa. Pero ya le he hecho ver las tomas de la retirada de esas naves.

—Sí, así es. Y he visto sólo dos naves en esas tomas. Y testigos presenciales han dicho que tres fueron las que han descendido.

Obstinado, el comandante aseguró:

—Y tres han sido las que se han retirado. También hay testigos presenciales que lo afirman.

—Pero ¿usted tiene vistas de sólo dos de ellas?

—Pues… sí.

—Gracias.

De regreso en su despacho, Conway preguntó:

—Bien, Lucky, ¿qué supones?

—Creo que la nave del capitán Antón ha de ser un lugar interesante. Los filmes lo han probado así.

—¿Dónde estaba?

—En ninguna parte. Por eso es interesante. Su nave es la única

nave pirata que yo podría reconocer y ninguna, siquiera similar, ha intervenido en la invasión. Es muy extraño, porque Antón debe de ser uno de sus mejores hombres; de lo contrario no le hubieran enviado a la caza del *Atlas*. También es extraño que siendo treinta las naves atacantes, sólo haya veintinueve en el filme. La trigésima, la nave que ha desaparecido, era la de Antón.

—Oh, sí, yo puedo suponerlo también —dijo Conway—. ¿Y qué hay con ello?

—El ataque contra el Observatorio —explicó Lucky— era ficticio. Esto lo han admitido hasta las naves de la defensa, ahora. Las tres naves que atacaron la compuerta de aire eran las importantes y han operado bajo las órdenes de Antón. Dos de esas naves se han unido al resto de la escuadra, en su retirada: una trampa dentro de la trampa mayor. La tercera nave, la mandada por el mismo Antón, la única que no hemos visto, ha llevado adelante el plan principal, partiendo con una trayectoria por entero distinta. Los testigos la han visto elevarse en el espacio, pero, una vez arriba, ha virado de modo que ni siquiera nuestras naves, mientras perseguían el núcleo más importante de la flota enemiga a toda velocidad, han logrado capturarla en el filme.

—Nos dirás que se ha dirigido hacia Ganímedes —dijo Conway con expresión desolada.

—¿Pero no comprendéis que es lógico? Los piratas, aun cuando están bien organizados, no pueden atacar la Tierra y sus bases, pero sí pueden organizar un ataque para distraer nuestra atención. Son capaces de hacer que muchas naves terrestres patrullen el extremo más lejano del cinturón de asteroides, para permitir que la armada de Sirio derrote a las restantes unidades de la Tierra. Por otra parte, Sirio no podría sostener una guerra a ocho años luz de su propio planeta, con posibilidades de vencer, a menos que cuente con apoyo en los asteroides. Ocho años luz, después de todo, significan más de ochenta billones de kilómetros. La nave de Antón se dirige hacia Ganímedes para asegurar a los de Sirio que contarán con la ayuda pirata y para indicarles que ya pueden iniciar las acciones bélicas. Sin declaración previa, por supuesto.

—Si tan sólo pudiésemos dejarnos caer en esa base de Ganímedes antes —murmuró Conway.

—Aun sabiendo lo que sucede en Ganímedes —dijo Henree—, no nos haríamos cargo de la gravedad de la situación de no mediar los dos viajes de Lucky a los asteroides.

—Lo sé y te pido disculpas, Lucky. Entretanto, nos resta muy poco tiempo para tomar decisiones. Debemos dar un golpe de gracia en este mismo momento. Una escuadra de naves enviada al asteroide-base del que nos has hablado, Lucky…

—No —interrumpió el joven—, no tendría sentido.

—¿Por qué lo dices?

—No es nuestra intención iniciar la guerra, aun cuando haya de finalizar con una victoria, Eso es lo que *ellos* quieren. Oye, tío Héctor, Dingo, el pirata, podría haberme liquidado en el asteroide, pero tenía orden de dejarme flotando en el espacio. En un primer momento, creí que querrían presentar mi muerte como un hecho accidental. Ahora comprendo que se trataba de irritar al Consejo; ellos podrían hacer público que habían matado a un miembro del Consejo y, al no ocultarlo, obligarían casi a la concreción de un ataque prematuro. Una de las razones para la invasión de Ceres puede haber sido asegurarse mediante una provocación más.

—¿Y si iniciáramos la guerra con una victoria?

—¿Aquí? ¿A este lado del Sol? ¿Y dejar a la Tierra al otro lado, desprovista de sus unidades de flota más importantes? ¿Con la armada de Sirio aguardando en Ganímedes, también de aquel lado del Sol? Te aseguro que sería una victoria muy costosa. La solución no es iniciar una guerra, sino prevenirla.

—¿Cómo?

—Nada ocurrirá hasta que la nave de Antón descienda en Ganímedes. Tal vez podamos interceptarla e impedir que se produzca la reunión entre ambas fuerzas.

—Es una posibilidad muy endeble —dijo Conway con un gesto de duda.

—No si *yo* voy. La *Shooting Starr es* más veloz y tiene mejores ergómetros que cualquier otra nave de la flota.

—¿Que tú irás? —gritó, más que dijo. Conway.

—Sería peligroso enviar unidades de nuestra escuadra. Las fuerzas de Sirio en Ganímedes pensarían, quizá, que es un ataque. Podrían contraatacar y entonces estaríamos en medio de esa guerra que intentamos evitar. La *Shooting Starr* les parecerá inofensiva: una sola nave; se quedarán tranquilos.

—Te equivocas, Lucky —dijo Henree—. Anton tiene una ventaja de doce horas. Ni siquiera la *Shooting Starr* podrá darle caza.

—Eres tú el que se equivoca. Sí podrá darle caza. Y una vez que haya cogido a Antón, tío Gus, creo que forzaré a los asteroides a la rendición. Sin ellos Sirio no atacará y no hará guerra.

Los dos científicos lo miraron, silenciosos.

—Ya he regresado dos veces —insistió Lucky, obstinadamente.

—Y las dos veces casi por milagro —refunfuñó Conway.

—Antes no sabía qué tenía entre manos; debía abrirme camino. Pero ahora lo sé. Lo sé con exactitud. Oídme: calentaré los motores de la *Shooting Starr* y me pondré al habla con el Observatorio de Ceres mientras tanto. Vosotros podríais comunicaros con la Tierra por la onda sub-etérica. Pedidle al coordinador…

Conway le interrumpió:

—Ya me ocuparé yo, hijo. He lidiado con el gobierno desde antes de que tú nacieras. Pero tú, ¿te sabrás cuidar a ti mismo, Lucky?

—¿No lo he hecho siempre, tío Héctor? ¿No es así, tío Gus?

Lucky estrechó las manos de ambos y se alejó de prisa.

Bigman pateó el polvo de Ceres con un gesto de desconsuelo y protestó como un niño.

—Es que llevo puesto el traje…, todo…

—No puedes ir, Bigman —dijo Lucky— y créeme que lo siento.

—¿Por qué no?

—Porque cogeré un atajo hacia Ganímedes.

—Bien, ¿y qué… y qué atajo es ése?

Lucky sonrió apenas:

—¡El del Sol!

Se dirigió hacia la *Shooting Starr* a través de la pista, dejando a Bigman de pie allí mismo, con la boca abierta.

14. HACIA GANÍMEDES VÍA EL SOL

Un mapa tridimensional del Sistema Solar tendría el aspecto de una planicie. En el centro, se halla el Sol, miembro dominante del Sistema; y *realmente* lo es, ya que contiene el 99,8 % de toda la materia del Sistema Solar. En otras palabras: su peso es quinientas veces mayor que la suma de todo el resto de los elementos integrantes del Sistema.

En torno al Sol, los planetas describen sus órbitas; todos ellos se mueven casi en un mismo plano: el plano denominado Eclíptica.

Al viajar de planeta a planeta, las naves espaciales comúnmente siguen la eclíptica. Y esto las mantiene dentro de los principales rayos de la comunicación planetaria, de modo que pueden hacer alto en medio de su trayectoria hacia el punto de destino prefijado. En ciertas ocasiones, cuando una nave necesita desarrollar velocidad o eludir posibles detecciones, se separa de la eclíptica, sobre todo cuando debe viajar hacia el otro lado del Sol.

Y Lucky pensaba que la nave de Antón debía estar intentando hacer precisamente eso.

Sin duda se deslizaría fuera de la «llanura» del Sistema Solar, describiría un arco o puente enorme por encima del Sol y regresaría a la «llanura», al otro lado, en las cercanías de Ganímedes. También era indudable que Antón debía haber iniciado su trayectoria de ese modo, porque de lo contrario las fuerzas defensivas de Ceres habrían logrado captar su nave en la filmación. Para los hombres hacer las observaciones espacio-náuticas dentro de la eclíptica, antes que ninguna otra, era casi un reflejo automático. En el instante en que podrían haber pensado en observar fuera de la eclíptica, Antón ya se habría alejado tanto que cualquier observación habría sido inútil.

Con todo, pensó Lucky, existía la posibilidad de que Antón no abandonara la eclíptica en forma permanente. Podía haberse alejado en un primer momento, como si se tratara de una trayectoria regular, pero podría regresar en cualquier otro momento. Las ventajas de reingresar en la eclíptica eran muchas. El cinturón de asteroides se extiende a ambos lados del Sol en forma completa, ya que los asteroides se hallan distribuidos de modo relativamente uniforme en torno al Sol. Si se mantenía dentro del cinturón, Antón se encontraría, durante toda su trayectoria de casi ciento ochenta millones de kilómetros hacia Ganímedes, dentro de la zona de asteroides, y esto implicaba seguridad para él. El gobierno terrestre había hecho una abdicación virtual de sus poderes sobre los asteroides y, exceptuadas las rutas hacia los cuatro cuerpos mayores, las naves del gobierno no se aventuraban en esa zona. Además, y sobre todo, sí alguna lo hacía,

Antón tendría siempre la posibilidad de pedir refuerzos a cualquier base asteroidal cercana.

Sí, concluyó Lucky, Antón permanecería dentro del cinturón. En parte porque había pensado todo esto y en parte porque ya había hecho sus propios planes, Lucky condujo a la *Shooting Starr* fuera de la eclíptica en un arco suave.

El Sol era la clave; era la clave del Sistema entero. Constituía un escollo que implicaba, a su vez, un rodeo para cualquier nave que el hombre pudiese diseñar y construir. Para trasladarse de uno a otro lado del Sistema, una nave debía describir una amplia curva para evitar el Sol; ninguna nave de pasajeros se acercaba a una distancia menor de noventa y seis millones de kilómetros, es decir la distancia aproximada entre el Sol y Venus, y aun así eran imprescindibles los sistemas de refrigeración para que los pasajeros se sintieran confortables.

Podían diseñarse naves para fines técnicos, para que hiciesen el viaje hasta Mercurio, planeta separado del Sol por una distancia oscilante entre los setenta y los cuarenta y cinco millones de kilómetros, según la posición en que se hallara dentro de su órbita. Las naves descendían en el planeta cuando se encontraba en la zona de su trayectoria más alejada del Sol, ya que a menos de cincuenta millones de kilómetros muchos metales se fundían.

Vehículos espaciales aún más especializados se habían construido en ciertas ocasiones, para efectuar estudios de la superficie solar desde una mayor cercanía. Los cascos de esas aves estaban recorridos por un potente campo eléctrico de naturaleza peculiar que, mediante inducción, producía un fenómeno denominado «seudo-licuefacción» en la superficie molecular externa. La reflexión del calor a partir de esa especial superficie externa era casi total, de modo que muy pocos eran los grados de temperatura que lograban atravesar el casco de la nave. Desde fuera, este tipo de vehículo se veía como un espejo perfecto; aun así penetraba calor suficiente dentro de la nave como para elevar la temperatura por encima del punto de ebullición del agua, a distancias de ocho millones de kilómetros del Sol, que era la mayor aproximación registrada. Aunque los seres humanos pudiesen sobrevivir a esa temperatura, no podrían sobrevivir a la radiación de onda corta que fluía desde el Sol hacia la nave a esa distancia: en pocos segundos cualquier ser vivo moriría.

Las desventajas derivadas de la posición relativa al Sol en los viajes espaciales eran bien claras en la presente circunstancia, ya que Ceres estaba a un lado, en tanto que la Tierra y Júpiter se hallaban al otro lado del Sol, en posición casi diametralmente opuesta. Para quien se encontrara en el cinturón de asteroides, la distancia entre Ceres y Ganímedes era de aproximadamente mil ochocientos millones de

kilómetros. De ser posible ignorar al Sol, una nave podría describir una trayectoria recta por sobre él y, en ese caso, la distancia sería de apenas algo más de mil millones de kilómetros, o sea menor en un cuarenta por ciento.

Lucky intentaría hacer esto último, en la medida de lo posible.

Condujo a la *Shooting Starr* en forma exigente, permaneciendo atado casi en forma constante con su g-aparejo, comiendo y durmiendo allí, continuamente bajo la presión de la aceleración. Se permitía sólo un descanso de quince minutos por hora.

Su trayectoria se elevó muy por encima de Marte y la Tierra, pero nada había que ver allí y ni siquiera el telescopio de la nave logró captar algo. La Tierra estaba al otro lado del Sol y Marte se hallaba en una posición casi en ángulo recto con la del mismo Lucky.

Ahora el Sol se veía del tamaño con que se mostraba a la Tierra y el joven sólo podía observarlo a través de las pantallas visoras, que habían sido polarizadas con más intensidad.

En poco tiempo más tendría que utilizar el dispositivo estroboscópico.

Los detectores de radiactividad comenzaron a sonar por momentos. Dentro de la órbita de la Tierra, la densidad de las radiaciones de onda corta también se elevaban hasta valores respetables. Dentro de la órbita de Venus tendría que adoptar precauciones especiales, como por ejemplo llevar un traje semi-espacial con una impregnación de plomo.

Tendré que utilizar algo mejor que el plomo, pensó Lucky; al acercarse al Sol tanto como él debía hacerlo, el plomo no le valdría de nada. Ningún material conocido brindaría la protección necesaria.

Por primera vez desde su aventura en Marte, un año atrás, Lucky extrajo de un diminuto saco especial, prendido a su cintura, el suave y casi transparente objeto que le entregaban los seres energéticos de Marte.

Muchos meses habían transcurrido desde que Lucky abandonara toda especulación acerca del modo de funcionamiento de aquella máscara. Sabía que ese objeto era el resultado del desarrollo de una ciencia que, por caminos aún desconocidos, había proseguido su curso durante un millón de años a partir del estado presente del conocimiento científico humano. Para él era tan incomprensible e imposible de reproducir como lo sería una nave espacial para un troglodita. Pero cumplía sus funciones y eso era lo que contaba.

Se llevó el objeto a la cabeza y, al igual que en ocasiones anteriores, la máscara se adhirió a su cráneo como si poseyera vida propia. En ese mismo instante la luz lo envolvió; por sobre su cuerpo parecieron resplandecer millones de luciérnagas y por esa causa era que Bigman se refería a la máscara denominándola «escudo de luz».

En tomo a su cabeza y a su rostro una sólida masa fluorescente cubría por entero sus facciones, sin llegar a impedir la capacidad visual.

Era un escudo de energía diseñado por los marcianos para las necesidades de Lucky; es decir que resultaba impenetrable para toda forma de energía que su organismo no requiriese, tales como cierta intensidad de luz y cierta cantidad de calor. Los gases lo atravesaban libremente, de modo que Lucky podría respirar, y los gases calientes, al filtrarse a través del escudo, perdían parte de su temperatura y llegaban a él ya convenientemente enfriados.

Cuando la *Shooting Starr* transpuso la órbita de Venus, siempre en dirección hacia el Sol, Lucky llevó el escudo de energía en forma permanente, de modo que no podía comer ni beber, pero a la velocidad que sostenía su nave, la situación no se habría de prolongar durante un período demasiado extenso: un día todo lo más.

Viajaba ahora a una velocidad tremenda, mucho mayor que cualquiera de las que había experimentado hasta ese instante. Sumada al impulso de los motores hiper-atómicos -impulso comparativamente pobre-, estaba la atracción incalculable del gigantesco campo de gravitación del Sol, de modo que la *Shooting Starr* avanzaba a millones de kilómetros por hora.

Lucky activó el circuito eléctrico que convertía la parte exterior del casco de la nave en seudo-licuefactor y se congratuló por haber sido previsor, por haber insistido durante la construcción de la nave para que ese accesorio integrara el equipo. Los termómetros habían registrado temperaturas que superaban los cincuenta y cinco grados centígrados y, comenzaron a indicar un descenso. Las pantallas visoras quedaron cegadas en el momento en que sus protectores metálicos las cubrieron para impedir que las fuertes placas de cristalita resultaran dañadas o se fundieran al calor del Sol.

Al atravesar la órbita de Mercurio los contadores de radiación enloquecieron: su repiqueteo era continuo; Lucky los cubrió con su mano brillante y el ruido cesó. Toda la radiación que penetraba en la nave y la colmaba, incluidos los poderosos rayos gamma, era detenida por la resistencia del aura insustancial que circundaba el cuerpo del joven.

La temperatura, luego de descender hasta una mínima de cuarenta grados, volvía a elevarse, a pesar de la protección exterior de la *Shooting Starr,* superando los ochenta y cinco grados, y aún ascendía. Los registros de gravedad indicaban que el Sol se hallaba a sólo dieciséis millones de kilómetros.

Un cazo lleno de agua, que Lucky había colocado sobre una mesa, y que había comenzado a humear una hora antes, ahora bullía con toda fuerza: el termómetro indicaba el punto de ebullición del agua, cien grados centígrados.

Cada vez más próxima al Sol, la *Shooting Starr se* había acercado hasta los ocho millones de kilómetros y ya no se aproximaría más; en realidad atravesaba ahora las zonas exteriores de la atmósfera más rarificada del Sol: su corona. El Sol es un cuerpo gaseoso por entero, aunque se trata, en su mayor proporción de un gas que no puede existir en la Tierra ni siquiera dentro de las más especiales condiciones de laboratorio. O sea que este cuerpo no posee una superficie propiamente dicha y su «atmósfera» es parte misma del Sol. Al atravesar la corona, en cierto modo, Lucky estaba marchando a través del Sol, tal como le había dicho a Bigman.

La curiosidad le invadía; ningún hombre había estado antes tan cerca del Sol y tal vez ningún hombre volvería a estarlo. Y con certeza ningún hombre que llegara a esa situación podría mirar hacia el Sol con sus ojos, porque la menor de las radiaciones solares, de tremenda intensidad, significaría a esa distancia la muerte.

Pero Lucky llevaba el escudo de energía marciano. ¿Podría soportar la radiación solar a ocho millones de kilómetros? Comprendía que no era prudente arriesgarse, pero el impulso de su curiosidad era poderoso. La principal placa visora de la nave estaba pertrechada con un equipo formado por series de sesenta y cuatro módulos estroboscópicos, que se exponían al Sol durante cuatro segundos cada serie y durante un millonésimo de segundo cada módulo. Para el ojo o la cámara, la exposición parecería continua, pero objetivamente cada módulo de cristal recibía un cuarto de millonésimo de la radiación que el Sol estaba emitiendo. Aun con este mecanismo automático, era imprescindible hacer uso de gafas de diseño especial, casi opacas por entero.

Los dedos de Lucky, sin un deseo consciente, se movieron hacia los controles. No podía tolerar la idea de perder esa oportunidad. Ajustó la placa visora en dirección al Sol, utilizando el registro de gravedad como punto de referencia.

Giró luego la cabeza y oprimió el contacto; transcurrió un segundo, dos segundos… Creyó que sentía un aumento de temperatura en la nuca; aguardó, casi, una radiación letal. Pero no sucedió nada.

Muy lentamente se volvió.

Lo que sus ojos vieron permanecería en él por el resto de su vida. Una superficie brillante, rugosa, rizada, colmó la pantalla. Era una porción del Sol. Sabía que era imposible verlo en su totalidad dentro de la pantalla, porque a esa distancia el Sol tenía un diámetro veinte veces mayor que el visible desde la Tierra y cubría una extensión del firmamento cuatrocientas veces más grande.

Dentro de la pantalla se veían un par de manchas solares, negras contra la masa brillante. Filamentos de blancura incandescente las rodeaban en giros que convergían dentro de ellas. Áreas palpitantes se

movían a través de la pantalla en forma evidente, mientras Lucky observaba. Esto se debía a la tremenda velocidad de la *Shooting Starr* más que al mismo movimiento de rotación solar que, aun en el ecuador, no superaba los dos mil trescientos kilómetros por hora.

Mientras Lucky seguía observando, estallidos de rojo gas llameante se elevaban hacia él, se proyectaban, turbios, contra un fondo inflamado, y luego, al alejarse del Sol y enfriarse, se convertían en negras lenguas humeantes.

Un cambio en los controles y Lucky enfocó con la pantalla visora un sector del borde del Sol; el gas llameante (las denominadas «prominencias», que son gigantescas llamaradas de gas hidrógeno) se destacó con su definido rojo carmesí contra la negrura del espacio. En fantástica y lenta danza, esas prominencias se adelgazaban y adquirían formas insólitas. Lucky sabía que cada una de ellas podría cubrir una docena de planetas del tamaño de la Tierra y que la misma Tierra podría precipitarse dentro de una mancha solar sin siquiera producir una alteración *muy* visible.

Con un movimiento repentino cerró los contactos del dispositivo estroboscópico. A esa distancia, su seguridad física no le impedía sentirse oprimido por la insignificancia de la Tierra y todas las cosas en ella encerradas.

La *Shooting Starr* había descrito una amplia curva en torno al Sol y se alejaba hacia las órbitas de Mercurio y Venus. Ahora iba en plena desaceleración. La proa de la nave se oponía a la dirección del vuelo y los motores principales funcionaban, con todo su poder, como freno.

Luego de dejar atrás la órbita de Venus, Lucky se quitó el escudo de energía y lo guardó. Los sistemas de enfriamiento de la nave se esforzaban por eliminar el exceso de temperatura. El agua potable estaba aún caliente y las comidas enlatadas habían hecho expandir los botes a causa de la presencia de burbujas de gas en su interior.

Caía el Sol. Lucky le echó una mirada: una esfera perfecta, resplandeciente. Sus irregularidades, sus manchas y prominencias móviles no se distinguían ya. Sólo su corona, siempre visible en el espacio, aunque desde la Tierra sólo pudiese observarse durante los eclipses, asomaba en todas direcciones. Lucky se estremeció involuntariamente al pensar que él la había atravesado.

En ese instante navegaba a veinticuatro millones de kilómetros de la Tierra y a través de su telescopio observó los contornos familiares de los continentes, que se asomaban entre desflecadas masas de bancos de nubes. Sintió que le escocía la añoranza y que surgía, fortalecida, su decisión de evitar la guerra, por el bien de los muchos y desprevenidos millones de seres humanos que habitaban ese planeta, cuna de todos los hombres que ahora poblaban las lejanas estrellas de la Galaxia.

También la Tierra quedaba atrás.

Una vez sorteado Marte, nuevamente dentro del cinturón asteroidal, Lucky se dirigió hacia el sistema jupiteriano, ese sistema solar en miniatura, dentro del Sistema Solar Mayor. En el centro se hallaba Júpiter, más grande que todos los demás planetas sumados; a su alrededor giraban cuatro lunas gigantescas, tres de las cuales tenían casi el mismo tamaño que la Luna de la Tierra y la cuarta, Ganímedes, era mucho más grande. En realidad, Ganímedes era mayor que Mercurio y casi igual a Marte. Además de las cuatro lunas, docenas de satélites cuyos diámetros oscilaban entre cientos de kilómetros y centímetros, giraban en torno al planeta central.

En el telescopio de la nave, Júpiter era un globo amarillo, creciente, recorrido por listas estrechas y anaranjadas, una de las cuales se hinchaba configurando lo que alguna vez fue conocido como el «gran punto rojo». Tres de las lunas principales, Ganímedes entre ellas, estaban de un mismo lado; la cuarta se hallaba al lado opuesto.

Durante la mayor parte del día Lucky hala mantenido comunicación constante con las oficinas del Consejo en la Luna. Su ergómetro tentaba el espacio en búsqueda ansiosa. Aunque había detectado varias naves, Lucky sólo se interesaba por aquélla de diseño sirio, aquella cuyo motor describiría las líneas que él habría de reconocer con certeza en el mismo instante en que apareciesen.

Y no se equivocaba. A una distancia de treinta y dos millones de kilómetros las primeras oscilaciones de la aguja ergométrica despertaron sus sospechas. Viró apenas, para marchar en la dirección exacta, y las curvas características fueron aumentando de intensidad.

A ciento sesenta mil kilómetros su telescopio descubrió un punto. A dieciséis mil, el punto tenía forma definida: la nave de Antón.

A mil seiscientos kilómetros -Ganímedes estaba a ochenta millones de kilómetros de ambas naves. Lucky envió su primer mensaje, exigiendo a Antón que virara con su nave hacia la Tierra. A ciento sesenta kilómetros de distancia recibió respuesta: un disparo de energía que hizo vibrar sus generadores y sacudió a la *Shooting Starr* como si hubiera sufrido un choque con otra nave.

El rostro fatigado de Lucky se contrajo en un gesto de preocupación.

La nave de Antón tenía armas mejores que las que él había supuesto.

15. PARTE DE LA RESPUESTA

Durante una hora las maniobras de ambas naves fueron poco significativas. Lucky tenía la mejor y más veloz nave, pero el capitán Antón contaba con su tripulación. Cada uno de los hombres de Antón era un especialista.

Uno podía apuntar, otro disparar, un tercero controlaba los bancos de reactores y el mismo Antón dirigía y coordinaba cada operación.

Lucky, mientras intentaba hacerlo todo a la vez y por sí mismo, se veía obligado a buscar palabras que sonaran fuertes y convincentes.

—No lograrás descender en Ganímedes, Antón, y tus amigos no se atreverán a auxiliarte saliendo al espacio antes de saber qué ha sucedido… Todo es inútil, Antón; conocemos vuestros planes… No intentes enviar ningún mensaje a Ganímedes, Antón; estamos interceptando todo el sub-éter entre tu nave y Júpiter. No superarás la interferencia… Las naves del gobierno estarán aquí de un momento a otro, Antón. Cuenta tus minutos: no te quedan muchos, a menos que te rindas. Entrégate, Antón…, entrégate.

Y todo esto mientras la *Shooting Starr* se escurría por entre el fuego más nutrido que Lucky hubiera visto en su vida, sin alcanzar a eludir los disparos en todos los casos. Los depósitos de energía de la nave comenzaban a indicar agotamiento. El joven consejero quería convencerse de que la nave de Antón sufría los mismos inconvenientes, pero él disparaba muy poco contra el pirata y no daba casi nunca en el blanco.

No se atrevía a quitar sus ojos de la pantalla. Las naves terrestres, que se precipitaban hacia el lugar, aún tardarían horas. En esas horas Antón podría agotar sus reservas de energía, librarse de la persecución y dirigirse sin más hacia Ganímedes, mientras su *Shooting Starr,* claudicante, sólo podría marchar a la zaga sin capacidad ofensiva… Y si otra nave pirata irrumpiese de pronto en la pantalla…

Lucky no se atrevía a seguir desarrollando esos pensamientos. Tal vez se había equivocado al no dejar que fuesen las naves del gobierno las que efectuaran esa tarea, en primer lugar. Pero no, se dijo a sí mismo, sólo la *Shooting Starr* podía haber sorprendido a la nave pirata a ochenta millones de kilómetros de Ganímedes, sólo la velocidad de sus motores y, más importante aún, sólo la sensibilidad de su ergómetro. A esta distancia de Ganímedes la intervención de unidades de la flota en una batalla no era arriesgada; más cerca de Ganímedes sería demasiado arriesgado.

Constantemente abierto el receptor de Lucky se activó de pronto, para quedar colmado con el rostro sonriente de Antón.

—Veo que otra vez te has quitado a Dingo de encima.

—¿Otra vez? —dijo Lucky—. ¿Admites que durante el duelo operaba bajo órdenes tuyas?

En ese momento, un sensor de energía, dirigido contra la nave de Lucky, concretó un rayo de fuerza destructora; el joven lo eludió con una aceleración que le desfiguró el rostro.

Antón rió a carcajadas.

—No te entretengas tanto conmigo. Casi te hemos cogido. Claro que Dingo tenía sus órdenes. Sabíamos muy bien qué estábamos haciendo. Dingo no sabía quién eras tú, pero yo sí. Casi desde el primer momento.

—Es lástima que el saberlo no te haya servido de nada —dijo Lucky.

—A Dingo es a quien no le ha servido de nada. Tal vez te divierta saber que ha sido, digamos, ejecutado. Es malo cometer errores. Pero esta charla está fuera de lugar. Solo me he comunicado contigo para decirte que esto me ha hecho pasar un rato excelente, pero que ahora me iré.

—No tienes dónde ir —dijo Lucky.

—Oh, intentaré ir hacia Ganímedes.

—No llegarás. Te detendremos.

—¿Quiénes? ¿Las naves del gobierno? Pues no las veo aún y aquí no hay ninguna que pueda detenerme a tiempo.

—Yo puedo detenerte.

—Ya lo has hecho. ¿Pero qué puedes hacer contra mí? Por la forma en que peleas, debes ser la única persona a bordo. De haberlo sabido desde un principio, no me habría entretenido tanto tiempo contigo. No puedes vencer a una tripulación completa.

Con voz intensa Lucky amenazó:

—Puedo chocaros, puedo haceros trizas.

—Tú también te harás trizas. Recuérdalo.

—Eso no cuenta.

—Por favor, pareces un *boy scout.* Sin duda, ahora nos recitarás el juramento de los grupos exploradores.

Lucky alzó la voz:

—¡Vosotros, hombres de a bordo! ¡Oídme! Si vuestro capitán intenta dirigirse hacia Ganímedes, chocaré con vuestra nave. Esto representa una muerte segura para todos, a menos que os rindáis. Os prometo un juicio imparcial a todos. Os prometo la mayor consideración posible si cooperáis con nosotros. No permitáis que Antón malgaste vuestras vidas para beneficiar a sus amigos de Sirio.

—Habla, habla, soplón —dijo Antón—. Les estoy permitiendo escuchar. Ellos saben muy bien qué clase de juicio pueden aguardar y también qué clase de consideración. Una inyección de veneno

enzimático. —Sus dedos hicieron el movimiento de insertar una aguja en la piel de otro—. Eso es lo que obtendrán. No te temen; adiós, muchachito del gobierno.

En los cuadrantes de los registros de gravedad, las agujas descendieron en el momento en que la nave de Antón aceleró y comenzó a alejarse. Lucky observó sus pantallas visoras.

¿Dónde estaban las naves del gobierno? ¡Maldito sea todo el espacio! ¿Dónde estaban las naves del gobierno?

Aumentó la aceleración y las agujas se elevaron nuevamente.

La distancia que separaba a una nave de otra disminuyó. La nave de Antón aceleró y también lo hizo la *Shooting Starr,* cuya capacidad de aceleración era mucho mayor.

En el rostro de Antón la sonrisa no se borró tan fácilmente.

—Ochenta kilómetros de distancia —dijo, y continuó—: setenta. —Hubo otra pausa—: sesenta. ¿Has dicho tus oraciones, soplón?

Lucky no respondió. No tenía otra alternativa: tendría que chocar. Antes que permitir que Antón se le escapara, antes que permitir que se precipitase una guerra, detendría a los piratas suicidándose si no había otro remedio. Las dos naves describían amplias curvas convergentes.

—Treinta y cinco —dijo Antón, despreocupado—. No asustas a nadie, te estás portando como un tonto, finalmente. Vira y vuelve a la Tierra, Starr.

—Treinta —respondió Lucky con tono firme—. Tienes quince minutos para rendirte o morir.

«Yo mismo —pensó Lucky—, tengo quince minutos para vencer o morir.»

Por detrás de Antón, en la pantalla, surgió un rostro. Un dedo se elevó hasta los labios pálidos y apretados. Los ojos de Lucky relampaguearon y el joven trató de disimularlo desviando la vista.

Ambas naves estaban en el punto máximo de su aceleración.

—¿Qué ocurre, Starr? —preguntó Antón—. ¿Miedo? ¿El corazón late de prisa? —sus ojos bailoteaban de un lado a otro y su boca estaba entreabierta.

Lucky tuvo la repentina certeza de que Antón se regocijaba con todo lo que ocurría, que consideraba que la situación era un modo excitante de demostrar su poderío. En ese instante comprendió que el pirata jamás se rendiría, que se dejaría embestir antes que dar un paso atrás. Y Lucky sabía que sería una muerte segura.

—Veinte kilómetros —dijo Lucky.

El rostro a espaldas de Antón era el de Hansen. ¡El ermitaño! Y llevaba algo en la mano.

—Dieciséis —contó Lucky—. Seis minutos. Chocaré contigo por el espacio.

¡Era un desintegrador! Hansen empuñaba un desintegrador.

La respiración de Lucky se entrecortaba.

Antón podía girar…

Pero Antón no se perdería la expresión del rostro de Lucky ni siquiera por un segundo, si le era posible. Aguardaba a ver el terror creciente; para Lucky esto estaba perfectamente claro en la expresión del pirata. Antón no giraría ni siquiera por un estrépito mayor que el que podía hacer al disparar un desintegrador a su espalda. El disparo le cogió de lleno; la muerte fue tan repentina que la sonrisa ávida no desapareció de su cara, y aunque la vida ya se había disipado de esas facciones, el cruel regocijo perduraba. Antón cayó sobre la pantalla visora y por un segundo su rostro quedó apoyado allí, más grande que en la realidad, observando a Lucky con ojos muertos.

El joven oyó la voz de Hansen, imperativa:

—¡Atrás, todos vosotros! ¿Queréis morir? Nos entregaremos. Ven, Starr, nos rendimos.

Lucky cambió la dirección sólo dos grados: era suficiente para evitar el choque.

Ahora su ergómetro registraba los motores de naves del gobierno que se acercaban ya.

Por fin llegaban.

En señal de rendición las pantallas visoras de la nave pirata estaban cubiertas por una capa blanca.

Era casi un axioma decir que la armada jamás estaba tranquila cuando el Consejo de Ciencias interfería abiertamente en lo que los jefes de la flota espacial consideraban su propia jurisdicción. Y muy especialmente cuando la interferencia era un éxito. Lucky Starr lo sabía muy bien y estaba preparado para soportar la poco disimulada desaprobación del almirante, que le decía:

—El doctor Conway nos ha explicado la situación perfectamente, Starr, y nosotros le felicitamos por su desempeño. Sin embargo, creo imprescindible hacerle saber que la armada ha estado en conocimiento del peligro de una invasión de Sirio desde hace tiempo y ha desarrollado un programa de acción propio. Estas intervenciones independientes del Consejo pueden llegar a ser peligrosas. Usted debe explicar esto al doctor Conway. Ahora el Coordinador me ha pedido que coopere en los próximos pasos de la lucha contra los piratas, pero —su expresión era obstinada— no puedo aceptar su sugerencia de demorar el ataque contra Ganímedes. Estimo que la armada es capaz de decidir por sí misma una batalla y de cómo vencer.

El almirante era un hombre de cincuenta años y no estaba habituado a consultar con nadie de igual a igual, y menos con un joven al que doblaba, casi, en edad. Su cara de mandíbulas fuertes lo dejaba ver con claridad.

Lucky estaba fatigado. Ahora que la nave de Antón y su

tripulación estaban bajo custodia, sobrevenía el cansancio. A pesar de ello, se esforzaba por mostrarse muy respetuoso, de modo que respondió:

—Creo que si realizáramos una operación de limpieza en los asteroides, antes que nada, los sirianos de Ganímedes, automáticamente, dejarían de representar un problema.

—¡Por la mismísima Galaxia! ¿Cómo cree Usted que sería posible una «operación de limpieza»? Hemos tratado de llevarla a cabo durante veinticinco años, sin éxito. Limpiar los asteroides es como coger plumas que se hayan esparcido. En cambio sabemos muy bien dónde está la base siriana y cuánta es su fuerza —una débil sonrisa le cruzó las facciones—. Puede que para el Consejo sea difícil comprenderlo, pero la armada está tan alerta como ustedes. Y tal vez más aún. Por ejemplo, sé que las fuerzas que responden a mis órdenes bastarán para quebrantar las defensas de Ganímedes. Estamos preparados para dar batalla.

—Eso no lo dudo y tampoco dudo que ustedes podrán derrotar a los sirianos. Pero los que están en Ganímedes no son todos los sirianos existentes. Tal vez la armada está en condiciones de sostener con éxito una batalla, ¿pero está preparada para una guerra larga y costosa?

El almirante se ruborizó.

—Se me ha pedido cooperación, pero no arriesgaré la seguridad de la Tierra. Bajo ningún tipo de circunstancia apoyaré un plan que implique la dispersión de nuestra flota en la zona de los asteroides, en tanto que una expedición siriana ha ingresado al Sistema Solar.

—¿Puede darme usted una hora? —interrumpió Lucky—. Una hora para hablar con Hansen, el prisionero de Ceres que he traído a bordo de esta nave poco antes de que usted llegara, señor.

—¿Servirá de algo?

—¿Puede darme una hora para saberlo, señor?

Los labios del almirante se contrajeron.

—Una hora puede ser valiosa. Puede ser decisiva… Bien, adelante, pero deprisa. Veremos qué sucede.

—¡Hansen! —llamó Lucky sin apartar sus ojos del rostro del almirante.

El ermitaño avanzó desde uno de los camarotes. Se le veía cansado, pero logró dirigir una pálida sonrisa a Lucky. En apariencia, sus horas en la nave pirata no le habían hecho mella.

—He estado admirando su nave, señor Starr —dijo Hansen—. Es una máquina excelente.

—Vamos —dijo el almirante—. No perdamos tiempo. ¡Comience ahora mismo, Starr! Su nave no es lo importante.

—Esta es la situación, señor Hansen —explicó Lucky—. Hemos detenido el avance de Antón, con su valiosísima ayuda, por la que le

estamos agradecidos. Esto significa que hemos retrasado la iniciación de las hostilidades con Sirio. Sin embargo, esto no basta. Debemos alejar el peligro por entero y, como el almirante le dirá a usted, nuestro tiempo es muy escaso.

—¿En qué puedo ayudarles…? —preguntó Hansen.

—Respondiendo a mis preguntas.

—Lo haré con gusto, pero ya le he dicho a usted todo lo que sé. Lamento que haya servido de tan poco.

—Con todo, los piratas creían que usted era un hombre de cuidado. Han corrido un gran peligro para arrebatárnoslo.

—Es inexplicable para mí.

—¿Es posible que usted posea cierto conocimiento de algún detalle importante, aun sin saberlo? ¿Algo que pueda representar la derrota para ellos?

—No, no lo creo.

—Pero ellos han confiado en usted. Según lo que usted mismo me ha dicho, usted es rico: un hombre con dinero invertido en la Tierra. Y por cierto que usted está por encima del nivel común de los ermitaños. Los piratas le han tratado bien o, cuando menos, no le han despreciado ni le han robado; su bien provista casa jamás ha sido saqueada por ellos.

—Recuérdelo usted, señor Starr: les he ayudado, a mi vez.

—No mucho. Me ha dicho usted que les ha permitido descender en su roca, dejar allí alguna persona en ciertas ocasiones, y eso es todo. Si, simplemente, le hubieran asesinado, habrían obtenido todo eso y su roca al mismo tiempo. Además, no habrían tenido que preocuparse de que usted se convirtiera en un informador. Y, en forma eventual, usted se ha convertido en informador, ¿verdad?

Los ojos de Hansen se desviaron.

—Pero, a pesar de todo, ha sido así. Le he dicho la verdad.

—Sí; lo que usted me ha dicho ha sido la verdad. Pero no toda. Y repito que debe haber habido una poderosa razón para que los piratas confiaran en usted tan por entero; han de haber sabido que el gobierno podría alguna vez reclamar su vida.

—Ya se lo he dicho a usted —respondió Hansen, con tono manso.

—Usted me ha dicho que era culpable de prestar ayuda a los piratas, pero ellos confiaban en usted la primera vez que le vieron, *antes* de que se iniciara el trato. Y yo lo explicaría diciendo que, en otro tiempo, antes de convertirse en ermitaño, ha sido usted pirata, Hansen, y que Antón y otros hombres como él lo sabían. ¿Qué responde a esto?

El rostro de Hansen empalideció.

—¿Qué dice usted, Hansen? —insistió con cierta ironía Lucky.

Con voz muy suave, el ermitaño reconoció:

—Así es, señor Starr. En un tiempo he integrado la tripulación de una nave pirata. En una época ya lejana. He intentado borrarlo de mi memoria; me he retirado a los asteroides y he hecho todo lo posible para ser considerado un muerto en cuanto a la Tierra respecta. Cuando ha surgido este nuevo grupo de piratas en el Sistema Solar y me ha embrollado con ellos, no he tenido más opción que la de ponerme de su lado.

»Cuando usted llegó a mi roca, he hallado mi primera oportunidad de salirme de esa situación; mi primera oportunidad de afrontar el riesgo de un proceso. Después de todo, han transcurrido veinticinco años. Y tendría a mi favor el hecho de haber arriesgado mi vida para salvar la vida de un hombre del Consejo de Ciencias. Por eso me he mostrado ansioso por luchar contra los piratas invasores de Ceres. Quería tener otro punto a mi favor. Por último, he matado a Antón, salvando su vida por segunda vez, otorgando a la Tierra un respiro, según usted mismo me ha dicho, y tal vez así se podrá evitar la guerra. Sí, señor Starr: he sido un pirata, pero eso ha pasado y creo que he ofrecido una compensación.

—Sí; hasta este momento. Pero ahora, ¿tiene usted alguna información que no nos haya transmitido antes?

Hansen negó con la cabeza.

—Sin embargo —dijo Lucky—, sólo ahora ha confesado que era un pirata.

—Pero eso carece de importancia. Y usted lo ha descubierto por sí mismo. No he intentado negarlo, siquiera.

—Vaya, veamos si es posible deducir algo más que tampoco negará usted. Porque aún no nos ha dicho toda la verdad.

Hansen pareció sorprendido:

—¿Qué otra cosa ha deducido usted?

—Que usted jamás ha dejado de ser un pirata, que usted es la persona que una vez fue mencionada en mi presencia, por uno de los tripulantes de la nave de Antón, luego de mi duelo con Dingo. A usted es a quien llaman Jefe. Usted, señor Hansen, es el cerebro de los piratas de los asteroides.

16. TODA LA RESPUESTA

Hansen saltó de su asiento y se quedó de pie. Un jadeo agitaba su pecho y sus labios entreabiertos.

El almirante, cogido por sorpresa, exclamó:

—¡Hombre! ¡Por la Galaxia! ¿Qué es esto? ¿Habla usted en serio?

—Siéntese, Hansen —dijo Lucky— y dígame si me equivoco en algo. Veamos cómo encaja todo; si estoy en un error, surgirá alguna contradicción. La historia comienza con el abordaje del *Atlas* por parte del capitán Antón, un hombre inteligente y capaz, aunque su mente haya sido insana. Desconfiaba de mí y de mi historia; así es que tomó una fotografía tridimensional de mí, y no le ha sido difícil hacerlo sin que yo me percatara, y la envió al Jefe, pidiendo instrucciones. El Jefe ha creído reconocerme y, por cierto, Hansen, que si usted es el Jefe, esto tendría sentido, porque en la realidad, al verme, usted me *ha reconocido* luego.

»El Jefe envía un mensaje que ordena mi muerte. Para Antón era un espectáculo divertido que yo me enfrentara con Dingo en un duelo con pistolas impelentes. Dingo tenía instrucciones precisas: debía matarme. Antón lo ha reconocido en nuestra última conversación. Luego, a mi regreso y porque Antón me había dado su palabra de aceptarme a prueba dentro de la organización si sobrevivía, usted se ha visto obligado a hacerse cargo de la situación por sí mismo. Entonces he sido enviado a su roca.

Hansen estalló:

—¡Todo eso es una locura! Yo no le he hecho ningún daño, le he salvado, le llevé a Ceres.

—Así es, y también ha ido a Ceres conmigo. Mi plan era penetrar en la organización pirata y conocer los hechos desde dentro. Usted ha tenido la misma idea y mucho más éxito. *Me* ha llevado a Ceres y allí se ha enterado de nuestra situación: estábamos poco prevenidos, habíamos subestimado la organización pirata. Eso significaba que podía seguir adelante con sus planes a toda marcha.

»Ahora bien, así la invasión a Ceres tiene sentido. Supongo que usted se comunicó con Antón de algún modo. Los transmisores subetéricos de bolsillo son bien conocidos y es muy fácil establecer un código inteligente. Usted ha ido a los corredores *no* para luchar contra los piratas, sino para unirse a ellos, que no le mataron: le secuestraron. Algo muy curioso. Si lo que usted nos ha dicho fuera verdad, sus informes serían peligrosos para ellos, que tendrían que haberlo asesinado en el propio instante en que le vieron. Pero, por el contrario, le embarcaron en la nave de Antón, la nave principal, y le han traído hacia Ganímedes, sin maniatarle y sin vigilancia. Le ha sido

muy fácil aparecer en silencio a espaldas de Antón y matarle.

Hansen protestó:

—Pero le he matado. ¿Por qué, en el nombre de la Tierra misma, habría de matarle si fuese yo quien usted dice que soy?

—Porque él era un maniático. Estaba dispuesto a permitir que chocara con ustedes antes que echarse atrás y perder su ascendiente. Usted tiene planes mucho más ambiciosos y ni siquiera ha pensado en morir para halagar la vanidad de ese hombre. Además, sabía muy bien que aun cuando lográramos impedir que Antón se comunicara con Ganímedes, solo habría una demora. Al atacar la base de Ganímedes, luego, se produciría la guerra de todos modos. Por lo tanto, prosiguiendo con su papel de presunto ermitaño, siempre hallaría la ocasión de huir y retomar su verdadera identidad. ¿Qué podía importar la vida de Antón y la pérdida de una nave frente a todo lo demás?

—¿Qué pruebas tiene usted de todo lo que ha dicho? —inquirió Hansen—. ¡Es una presunción, nada más! ¿Dónde están las pruebas?

El almirante, que había mirado a uno y otro durante toda la conversación, intervino, excitado:

—Óigame usted, Starr, este hombre es mío. Ya le sacaremos toda la verdad.

—No hay prisa, almirante. Mi hora no ha transcurrido aún… ¿Presunción, Hansen? Prosigamos, pues. He intentado regresar a su roca, Hansen, pero usted no conocía las coordenadas, hecho extraño, a pesar de sus complejas explicaciones. Y he obtenido un conjunto de coordenadas a partir de la trayectoria que habíamos recorrido desde su roca hasta Ceres; el punto señalado resultaba estar en la zona prohibida, donde no puede haber asteroides, según el curso natural de esos cuerpos. Pero como yo estaba seguro de que mis cálculos eran exactos, comprendí que su roca se hallaba en ese lugar *contra* las leyes naturales.

—¿Qué? ¿Cómo? —exclamó el almirante.

—Quiero decir que una roca no necesita moverse dentro de su órbita. Se puede equiparla con motores hiper-atómicos y puede salirse de su órbita como una nave espacial. No hay otra explicación para la presencia de un asteroide en la zona prohibida.

Alterado, Hansen preguntó:

—¿Qué es esto? ¿Una trampa? Las cosas no son como usted pretende. No sé por qué me está haciendo esto, Starr. ¿O es que quiere probarme?

—Ni trampa ni prueba, señor Hansen —respondió Lucky—. Yo regresé a su roca porque no creía que se hubiese alejado mucho. Un asteroide que pueda trasladarse posee ciertas ventajas. No importa cuántas veces sea detectado, cuántas veces se anoten sus coordenadas

y se calcule su órbita: siempre existe la posibilidad de desconcertar a observadores y perseguidores sacándolo de su órbita. Pero también presenta ciertos inconvenientes, un astrónomo, desde un telescopio, si lo observara en el instante preciso, se podría preguntar por qué un asteroide se mueve fuera de la elíptica o dentro de la zona prohibida. Y, si estuviese cerca, se preguntaría por qué un asteroide deja una estela en uno de sus extremos, como un reactor.

»Supongo que usted se ha movido para encontrarse con la nave de Antón y para que yo descendiera allí. También supuse que usted no se alejaría mucho tan poco tiempo después, tal vez sólo lo necesario para entrar en un grupo de asteroides y pasar desapercibido. De modo que, al regresar, he buscado entre los asteroides más cercanos uno que tuviese el tamaño y la forma. Y lo he hallado. He hallado al asteroide que en realidad era base, factoría y depósito, todo al mismo tiempo; allí he oído el zumbar de motores poderosos que bien podrían moverlo a través del espacio. Importados de Sirio, creo.

—Pero no *era* mi roca —adujo Hansen.

—¿No? Sin embargo, Dingo me aguardaba allí y me ha dicho que no había tenido necesidad de seguirme, que sabía hacia dónde me dirigiría yo. El único lugar al que él sabía que yo podría encaminarme era a su roca. De aquí deduzco que la misma roca tiene, en un extremo, su casa y, en el otro, la base pirata.

—No, no —interrumpió Hansen—. Dejo esto a criterio del almirante. Hay mil asteroides que pueden tener el tamaño y la forma del mío y no soy responsable de las observaciones eventuales que haya hecho un pirata.

—Existe otra evidencia que tal vez le parezca más concluyente a usted —dijo Lucky—. En la base pirata hay dos picos que encierran un valle; un valle cubierto de botes de lata, abiertos.

—¡Botes abiertos! —exclamó el almirante—. ¡Por la Galaxia! ¿Qué relación tiene eso con nuestro problema, Starr?

—Hansen tiraba los botes abiertos en un valle de su propia roca. Hasta me dijo que no quería que su roca fuera acompañada en el espacio por sus desperdicios; en realidad lo que no ha querido es que esos botes permitieran identificar su asteroide. Al partir de allí he visto el valle con las latas; y las he visto nuevamente cuando me aproximaba a la base pirata: por esa razón he escogido ese asteroide y no otro para investigar. Mire usted a este hombre, almirante, y dígame si es posible dudar de lo que he dicho.

El rostro de Hansen estaba deformado por la ira. No era el mismo individuo, toda su apariencia de pasividad había desaparecido.

—Está bien. ¿Y qué hay? ¿Qué quiere usted?

—Quiero que llame a Ganímedes. Estoy seguro de que usted ha realizado las negociaciones previas con ellos, y que le conocen.

Dígales que los asteroides se han rendido a la Tierra y que se unirán a nosotros para luchar contra Sirio, si es preciso.

Hansen rió.

—¿Por qué habría de hacerlo? Me tienen a mí, pero no han dominado aún a los asteroides. No podrán limpiarlos.

—Podremos si tomamos su roca, la base. Allí están todos los pertrechos, ¿no es así?

—Trate de hallarla —desafió Hansen, con voz ronca—. Intente localizarla en medio de una miríada de rocas. Usted mismo ha dicho que puede moverse.

—Será muy simple: su valle de latas, ¿recuerda usted?

—Adelante. Inspeccione cada roca hasta hallar ese valle. Le llevará un millón de años.

—No; no mucho más de un día. Antes de abandonar la base pirata, tuve tiempo para arrojar un rayo calórico contra el valle; he fundido las latas y se han enfriado: ahora se ven como una reluciente lámina de metal. No hay atmósfera que pueda oxidarlas, de modo que esa superficie se ve como una de las plantas de metal que se utilizan como vallas en los duelos de pistolas impelentes. Cuando el Sol da allí, el reflejo es inconfundible. Todo lo que el Observatorio de Ceres tendrá que hacer es buscar en el firmamento un asteroide diez veces más brillante que lo que le permitiría su tamaño. Les he dejado mientras iniciaban la búsqueda, antes de partir a la caza de Antón.

—No es verdad.

—¿No? Mucho antes de atravesar el Sol, he recibido un mensaje sub-etérico junto con una fotografía. Aquí está. —Lucky extrajo la fotografía de una gaveta—. El punto brillante señalado con una flecha es su asteroide.

—No me asusta usted.

—Pues debería asustarse. Las naves del Consejo han descendido allí.

—¿Cómo? —rugió el almirante.

—No podemos perder tiempo, señor —dijo Lucky—. Ya hemos hallado la casa de Hansen al otro lado y también los túneles que conectan con la base pirata. Tengo aquí algunos documentos sub-eterizados que contienen las coordenadas de sus bases más importantes entre las secundarias, Hansen, y algunas fotografías de las mismas bases. ¿Las reconoce, Hansen?

El pirata estaba paralizado. Su boca se abrió para emitir algún sonido incoherente.

Lucky prosiguió:

—Le he dicho todo esto, Hansen, para convencerle de que está perdido. Está completamente derrotado. Le queda tan sólo su vida. No le prometeré nada, pero si hace lo que le he pedido, tal vez pueda

salvar eso que le ha quedado. Llame a Ganímedes.

Con un gesto de abandono, Hansen se miró las manos.

El almirante, con la voz ahogada de angustia, preguntó:

—¿El Consejo ha limpiado los asteroides? ¿Ellos han hecho el trabajo? ¿No han consultado con el Almirantazgo?

—¿Y bien, Hansen? —insistió Lucky.

—¿Qué importa ahora? Llamaré —dijo Hansen.

Conway, Henree y Bigman estaban en el espaciopuerto para recibir a Lucky, cuando el joven regresó a la Tierra. Cenaron juntos en el Salón de Cristal, en el piso más alto del restaurante Planeta. A través de los cristales curvos de los muros del comedor, distinguían las luces cálidas de la ciudad, pequeñas allá abajo, entre la bruma.

—Ha sido una verdadera suerte —dijo Henree— que el Consejo lograra penetrar en las bases piratas antes de que interviniese la armada. Una acción militar no habría solucionado el problema.

—Tienes razón —asintió Conway—. Los asteroides podrían haber quedado expeditos para una futura banda de piratas. La mayoría de ésa gente no sabía que estaban peleando del lado de Sirio. Es gente sencilla que ha buscado una vida mejor que la que había llevado antes. Creo que podremos persuadir al Gobierno para que les ofrezca una amnistía a todos los que no hayan participado en invasiones. Y éstos últimos no son muchos.

—En realidad —dijo Lucky—, dándoles ayuda para continuar con el desarrollo en los asteroides, financiando la expansión de sus huertos de levadura, proveyéndoles agua, aire y energía, estaremos estableciendo una defensa para el futuro. La mejor protección contra los criminales de los asteroides es una comunidad pacífica y próspera allí mismo. En eso consiste la paz.

Bigman intervino, casi molesto:

—No te engañes. Habrá paz hasta que Sirio se decida a intentar una nueva invasión.

Lucky cubrió la cara enfurruñada del hombrecito con su manaza, con un gesto juguetón:

—Creo que estás enojado porque nos hemos perdido una linda guerra, Bigman. ¿Qué te ocurre? ¿No puedes aprovechar este descanso?

—Oye, Lucky —dijo Conway—, tendrías que habernos prevenido acerca de tus teorías.

—Sí, hasta había pensado en ello, pero era una necesidad para mí enfrentarme con Hansen yo solo. Había razones personales muy importantes.

—¿Pero cuándo sospechaste de él, Lucky? ¿Cómo se delató? —inquirió Conway—. ¿Sólo porque su roca estaba en la zona prohibida?

—Ese fue el indicio final —admitió Lucky—, aunque supe que no era un ermitaño una hora después de habernos encontrado. Entonces supe que ese hombre era más importante para mí que para cualquier otra persona en la Galaxia.

—¿Y por qué? —preguntó Conway mientras masticaba el último trozo de bistec.

—Hansen me reconoció como hijo de Lawrence Starr —respondió el joven—. Me dijo que había visto a mi padre una sola vez, y así ha de haber sido. Los hombres del Consejo no son muy conocidos y era necesario que se hubieran visto en persona para que él pudiera hallar un parecido en mí.

»Pero en ese reconocimiento se daban dos hechos muy particulares. Mi parecido se le hizo evidente cuando yo estaba airado. El mismo me lo ha dicho. Y por lo que vosotros me habéis contado, tío Héctor y tío Gus, mi padre raramente estaba enfadado. "Sonriente" es el adjetivo con que os referíais a él, por lo común. Y luego, al llegar a Ceres, Hansen no os reconoció a vosotros. Ni siquiera vuestros nombres le eran familiares.

—Y bien, ¿qué? —preguntó Henree.

—Mi padre y vosotros dos siempre estabais juntos, ¿no es así? Era difícil que Hansen conociese a mi padre y no a vosotros dos; también era extraño que Hansen hubiese conocido a mi padre en momentos en que él estaba enfadado y en circunstancias que quedasen tan fijas en su mente como para permitirle reconocerme veinticinco años más tarde. La explicación era una sola: mi padre se separó de vosotros para ir a Venus, en su viaje final, y Hansen debía haber intervenido en la matanza. Y no debía ser un miembro más de la tripulación, porque los tripulantes comunes no llegan a tener dinero suficiente para equipar con lujo un asteroide y veinticinco años después de las represalias gubernamentales en los asteroides construir una nueva y mejor organización pirata. Debe de haber sido el capitán de la nave pirata atacante. Por entonces tendría unos treinta años: edad adecuada para ser capitán.

—¡Gran espacio! —exclamó Conway, pálido.

—¡Y no le has matado! —gritó Bigman, indignado.

—¿No habría sido absurdo? Tenía que resolver un conflicto mucho más importante que *mi* venganza personal. Él es el asesino de mi padre y de mi madre, pero aun así tenía que ser astuto en mi trato con él. Al menos por un tiempo.

Lucky bebió un sorbo de café e hizo una pausa para contemplar la ciudad que se expandía allá abajo. Luego prosiguió:

—Hansen transcurrirá el resto de sus días en la prisión Mercurio y ése es un castigo mejor que una muerte rápida, por cierto. Y para mí es una recompensa mejor que su muerte misma y es la mejor ofrenda

a la memoria de mis padres.